

Una novela de
ANTONIO LIZANA DÍAZ

*El invierno
que nos encontró
a mitad
del camino*



ElOtroCuarto
EDITORIAL

*El invierno
que nos encontró
a mitad
del camino*

EL INVIERNO QUE NOS ENCONTRÓ A MITAD DEL CAMINO

© Antonio Lizana Díaz

Primera edición: julio, 2026

Inscripción n.º 2026-A-3489

ISBN 978-956-6277-28-6

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación
Editorial ELOtroCuarto
www.elotrocuarto.cl

*El invierno
que nos encontró
a mitad
del camino*

Antonio Lizana Díaz

Ediciones **ElOtroCuarto**

*A todos aquellos que deciden volver a comenzar,
dejando atrás los miedos y fracasos.
A los amores que nacen y florecen al final de los tiempos,
o que reviven después del invierno.
A quienes construyen puentes para conectar caminos que,
en lo inexorable del tiempo,
nos lleven a la ruta que un día perdimos.*

*Las ganas de resurgir no pasan;
pasan los tiempos y las situaciones
que nos llevan al principio,
para volver a comenzar*

CAPÍTULO I

Los días fríos y grises de invierno iban quedando atrás apresuradamente, y el calor sofocante abrazaba la ciudad desde principios de octubre. Era el verano más cálido de los últimos años.

La muchedumbre iba de aquí para allá en medio del smog capitalino, los olores a fritanga de los boliches, la contaminación acústica y la Alameda sobrecargada de vehículos. Corría cada quien con sus propias diligencias. A lo lejos, la sirena de alguna ambulancia, con sus tonos de emergencia, trasladaba a alguno en desgracia a la Posta Central. Por ahí también pasaba la zalgarda de patrullas policiales, arremetiendo por entre los pasajes en busca de ladrones y narcotraficantes. Especies perdidas en una brutal ciudad del tercer mundo.

A las seis de la tarde, en pleno cataclismo urbano, cada transeúnte se debatía en ese mundo sofocante. Para colmo, la segunda etapa del Transantiago había tomado parte en la ciudad como un diablo con ruedas, que se ríe descaradamente de los pasajeros y de quienes pusieron todas las fichas para hacer de aquel nuevo transporte público uno de los mejores de Sudamérica.

Cada quien luchaba por sobrevivir en un lugar convertido en selva humana. Ya había transcurrido un año desde su puesta

en marcha y no había orden; todo lo contrario: la ciudad estaba colapsada y los usuarios —del bien ponderado transporte— se estaban acostumbrando a vivir a diario con crisis de angustia y pánico.

El metro tampoco era de lo mejor, sobre todo en esa época del año y en ese horario. Corrían de aquí para allá buscando espacio entre la muchedumbre acumulada en los pasillos de las estaciones. Esperaban los carros para huir lo más pronto posible del ambiente caótico y la era suicida. Estaban al borde del espanto.

En una de las montoneras del terror trataba de tomar aliento Laura Martínez, quien, después de haber terminado su jornada laboral en la Universidad Católica, esperaba exhausta el metro. Tendría que luchar para alcanzar un mínimo espacio en el vagón. Aunque tenía su propio vehículo, le era más práctico caminar diez minutos para tomar el metro, que la dejaba casi a la entrada de su trabajo. De regreso hacía el mismo recorrido. Conducir en el centro era un verdadero caos; prefería aguantar los inconvenientes del transporte subterráneo.

Tal como en la superficie externa, ahí abajo reinaba el caos. Las micros orugas y su ineficiencia habían causado un daño colateral en el metro.

Una vez arriba, cada quien luchaba para no sucumbir al terror y respirar en medio de un ambiente asfixiante y tóxico. Las mujeres se mantenían alerta a los agarrones o roces de los inescrupulosos, que aprovechaban la situación para dar paso a actos malintencionados. Oportunistas del balanceo del carro, que les rozaban el trasero o los pechos. La situación daba para eso y mucho más en ese caos infernal. En esos momentos salían a flote los más bajos instintos y las fantasías más oscuras que, por naturaleza, se llevan arraigadas en la sangre.

El calor del verano, adelantado en octubre, era sofocante. Más de alguna persona se caía desmayada en los pasillos. Todos luchaban por un poco de espacio y aire fresco. Se peleaban a puñetazos, producto del pánico y el estrés. Algunos lloraban de frustración al ver repleta la máquina. Por sus rostros y sudor se intuía que creían que, en cualquier momento, el tren subterráneo reventaba o se salía de la línea ferroviaria, ardiendo en llamas.

Más allá ocurrían los carterazos. Abrían bolsos de forma minuciosa y sacaban cuánta cosa pillaban de valor. Otros se abrazaban, besándose, como si el mundo fuera a acabarse. Se acariciaban sin vergüenza frente a todos, sin distinguir el sexo de cada uno, porque ese era un mundo más libre y flexible.

Laura llegó alrededor de las siete de la tarde de aquel viernes ajetreado a su departamento, ubicado en un barrio de Providencia, apartado del bullicio y de las grandes avenidas; lejos del ruido, en una calle adoquinada con árboles ornamentales en ambas veredas y un antiguo edificio residencial de solo diez pisos. A este le seguían un par de casas de estilo contemporáneo con antejardines. Y, al final, por la vereda norte, había un palacete de estilo europeo construido hace un siglo, de dos pisos, con un subterráneo que ocupaba un perímetro importante del sector. Sus dueños originales eran italianos, y los últimos herederos lo conservaron hasta la actualidad. A inicios de los años ochenta, había quedado habilitado con pequeños departamentos de alquiler.

El edificio de Laura tenía un gran pórtico que conducía a una puerta de dos alas de maderas nobles, cubiertas de un barniz brillante y oscuro, con grandes ventanas que daban a la calle en los dos niveles. A la puerta le seguía una mampara de vidrio que daba paso a un salón con grandes estantes de viejas maderas,

palos de agua y chifleras en maceteros. En el centro, colgaba del techo una gran lámpara de lágrimas de tiempos remotos. Dos robustas escaleras subían hacia el segundo piso, dando paso a los departamentos de arriba. Y había un viejo ascensor disponible en un rincón del gran salón.

A la salida exterior trasera, después de una terraza estilo vintage con piso de baldosas blancas y negras, se extendía un extenso y fresco jardín con variedad de plantas y hiedras que subían por las viejas murallas. Parecía que el palacete y su decoración se habían quedado detenidos en el tiempo, además de algunas bancas ubicadas en los contornos del jardín y una fuente de agua antigua al centro.

Ese oasis urbano contrastaba totalmente con el ambiente que Laura había dejado hacía media hora atrás.

Laura pasó por algunas compras en un minimarket que estaba frente a su casa. Compró una bebida y hielo para relajarse; para desaparecer del mundo, por lo menos hasta el lunes siguiente. Saludó cortésmente a la muchacha de la limpieza, que afanada restregaba el viejo piso de parqué de la planta baja.

—¡Victoria, por Dios, qué calor hace aquí!

—Pues ha pasado lo de siempre, doña Laura —respondió la muchacha con un marcado acento caribeño.

—No me digas nada... Otra vez el aire acondicionado, ¿no es verdad? —La muchacha asintió con la cabeza.

Minutos después apareció Agustín Torres con un bolso cruzado y unos libros bajo su brazo derecho. Saludó gesticulando de forma amable, sin cruzar su vista con los otros, y se refirió al tema del aire mientras tomaba la escalera de la mano derecha.

—Ya lo sé —dijo este casi ensimismado—. Otra vez el aire. Puras burradas con este clima de verano que se nos adelan-

tó. Ya mañana viene el técnico a revisar el aparato —comentó y se fue perdiendo por los escalones hacia arriba, escapando del mundo y de las dos mujeres que allí estaban.

Ellas comentaron lo apático que les parecía el hombre. Apenas daba el saludo y era ermitaño. Cuando no trabajaba, se la pasaba encerrado en su piso, como si ese fuera su único mundo.

CAPÍTULO 2

Victoria había llegado a Chile hacía un par de meses desde San Juan de Puerto Rico. A su llegada, se instaló en una residencia cerca del parque Quinta Normal. Días después, se trasladó a uno de los pisos del palacete, tras haber consultado a la corredora de propiedades por los arriendos de los departamentos.

Jamás había cruzado la cordillera de los Andes, pues era su primera visita al país tricontinental. Le habían dicho que Santiago era aburrido y anticuado; sin embargo, le pareció todo lo contrario: no tenía nada que envidiar a las grandes urbes, al menos de los países sudamericanos.

Al paso de los días, se enteró de que en el edificio necesitaban una persona para hacer la limpieza en la primera planta y mantener el orden en general por los pasillos y terrazas. La mujer anterior había renunciado al puesto. Los arrendatarios convocaron a una reunión para hablar sobre el tema y ofrecer el puesto a quien lo necesitara. Con tres días a la semana, el edificio andaría bien. No hacía falta pagar más días, pues los residentes eran responsables con la higiene y el orden. La muchacha no dudó en aceptar el puesto, aprovechando que vivía ahí mismo.

Se veía educada y con bastante roce social. Era bien hablada y de buenos modales. Y, en apariencia, era bella y tenía un porte elegante. Todos se asombraron cuando solicitó el puesto, porque no la creían necesitada de trabajo. Su presencia allí, en el palacete, era un misterio: venía del extranjero, se veía distinguida y elegante. Además, era muy joven. Pero, ante los comen-

tarios de algunos, se adaptó muy bien a sus responsabilidades, en la medida en que se incorporaba a la ciudad y a los modales de vida de los santiaguinos. En realidad, no necesitaba de aquel trabajo; solo lo hacía por un motivo singular.

Le estaba costando acostumbrarse a las estaciones tan extremas de Chile. Cuando llegó era invierno, con temperaturas bajo cero. Luego, el calor santiaguino la comenzó a mortificar. Este clima se diferenciaba mucho del tropical, cálido y soleado de su país, donde las temperaturas anuales solo llegaban a los veinticinco grados Celsius.

Laura, cansada, decidió tomar una de las escaleras sin antes sacarse los zapatos de tacón que le traían los pies a punto de reventar. El viejo y destartado ascensor de la esquina casi sucumbía al paso del tiempo cuando no se paraba por los cortes de electricidad. Sonaba como un cacharro viejo. Sus viejos carriles apenas hacían el trabajo correspondiente: crujían como un catre desgastado.

Allí estuvo, en su piso, dormitando por unos quince minutos en un cómodo futón vintage que conservaba como una reliquia, y que había sido rescatado de la casa de su abuela materna. Había, además, otros muebles de las mismas características que decoraban la sala. Al instante, fue al dormitorio por ropa más cómoda y fresca. Aún, a esas horas de la tarde, el calor era asfixiante. Encendió un pequeño ventilador instalado en una repisa y abrió el ventanal del living, desde el cual se observaban algunos edificios del centro de la ciudad. El aparato y la brisa contaminada de la capital ayudaron un poco y, rápidamente, el espacio quedó fresco.

Otra vez estaba allí: la misma rutina de casi todos los viernes. Preparar la once, ordenar un poco, tal vez abrir una botella de vino y ver una buena película. Desde hacía tiempo había to-

mado la determinación de no llevarse pendientes a la casa, como pruebas o trabajos de sus alumnos —bulliciosos como urracas en las orejas—, en plena búsqueda del ser interior. Bastante tenía con aguantarlos toda la semana. Disponía de un solo día en la tarde para ponerse al día con esos temas, y no sería el viernes ni el fin de semana, aunque le quedaba tiempo libre. Estaba sola y sin compromisos. Tomó la decisión de descansar, por salud mental, para separar los temas laborales de su vida personal.

Además del desgaste provocado por sus estudiantes más difíciles, en el trabajo tenía que alejarse de algunas colegas, de lentes y faldas largas, que la acechaban buscando el más mínimo detalle en ella, de estilo más liberal y pensamientos flexibles, para cuchichear y llevar cuentos a los superiores.

Aun así, amaba su trabajo, pues era su vocación. Amaba tener el control de sus clases. Dominaba la literatura con excelencia y era reconocida por sus colegas y alumnos. Cuando era más joven, con mucho esfuerzo, logró hacer un magíster en literatura latinoamericana y, posteriormente, un doctorado, lo que la llevó a ocupar el puesto de docente en una reconocida universidad. La paga era bastante buena. Gracias a ello se podía permitir llevar una vida económica relajada y darse algunos gustos sofisticados.

Por esos días, realizaba el trámite para comprar un departamento bastante amplio en un edificio en Vitacura. En dos meses más terminaría de pagar su automóvil del año, y había visitado prácticamente todos los países de América Central, junto con un viaje que hizo a Australia.

Desde el otro apartamento, escuchaba unas diáfanas melodías de música clásica, característica del estilo de vida de su vecino Agustín, hombre ensimismado y quitado de bulla. Aun-

que se saludaban y habían compartido un par de veces en las reuniones con los otros arrendatarios, aún no tenía la confianza para invitarlo a compartir alguna buena conversación o tomar algunos tragos, pues él también vivía solo en su piso.

El edificio se componía de unos ocho departamentos. Uno era ocupado por una pareja de ancianos al cuidado de una joven muchacha; otro por unos jóvenes estudiantes universitarios provenientes del norte; y otro por la joven Victoria, de la isla ubicada en el mar Caribe, que, según comentaban, había llegado para resolver un asunto familiar en Chile. En otro se encontraba un músico adulto y joven; y el que habitaban Laura y Agustín. Los otros departamentos estaban desocupados.

El viejo palacete tenía mucho más espacio y habitaciones que no habían sido acondicionadas como departamentos, pero que servían de bodegas a los mismos arrendatarios o de escondite para roedores que frecuentemente andaban al acecho en busca de comida. Por tratarse de una construcción antigua, había rincones en donde estos querían tomar el control. Sin embargo, pagaban a una empresa de fumigación que iba una vez al mes a revisar y a poner veneno en lugares estratégicos.

CAPÍTULO 3

Los noticieros centrales pillaron a la docente comiendo huevos fritos con jamón y tomando una taza de Nescafé, sentada en el sillón escandinavo retro color blanco invierno. «Un gran accidente automovilístico en Plaza Italia hace dos horas». «Sobre las altas temperaturas de calor que ya se imponían en Santiago». «Y siguen los coletazos del Transantiago». «ONU advierte que el cambio climático se está acelerando». Eran algunas de las informaciones que salían del aparato. Posteriormente, apareció un programa informativo sobre abusos sexuales cometidos por un sacerdote en 1980. Las víctimas eran jóvenes de entre quince y diecisiete años, internos en una institución religiosa ubicada en el interior de Osorno.

Hace dos años, un exalumno había denunciado los hechos a las autoridades eclesiásticas pensando que tomarían cartas en el asunto, pero la denuncia no causó ningún efecto, ya que en la actualidad todavía no recibía ninguna respuesta concreta. Solo supo que la investigación estaba en proceso y que había que esperar. Desde el tribunal eclesiástico le señalaban que estaban estudiando el caso e investigando para tomar alguna resolución. Sin embargo, el tiempo pasaba en vano. El denunciante se contactó finalmente con una periodista del canal que veía Laura, para contar todo lo que había sucedido.

Ante la investigación periodística para armar el programa aparecieron dos muchachos más de aquella época del internado, a quienes les había sucedido lo mismo —entre ellos David

Vergara, un joven de esa institución que, una vez graduado de la enseñanza media, se fue a estudiar a la ciudad—, pues estaban en conversaciones para presentar una querrela criminal por abuso sexual en contra de Felipe de León, párroco de la iglesia y director de aquel establecimiento en Osorno.

Posterior al reportaje, la noticia dio inicio a grandes escándalos sociales, con opiniones divididas. Algunas apuntaban directamente a acusar al cura y a dos vicarios que trabajaban junto a él, aunque estos solo eran cómplices de sus fechorías. Otras censuraban la osadía de los hombres denunciantes por hacer acusaciones tan graves al ministerio eclesiástico. Esta situación caló profundamente en el corazón de los feligreses católicos en Chile, mayormente en la región donde sucedieron los hechos. Con esto, la credibilidad del clero poco a poco se fue empañando y, a la vez, su moral decaía en la medida que se iba destapando el caos y otros casos de otras regiones salían a la luz pública. Algunos señalaban que, desde el interior del organismo eclesiástico, el arzobispo de la diócesis y sus subordinados habían sabido de la denuncia y que, sin embargo, por uno u otro motivo, dilataron el tema, sobre todo para que no se hiciera público. Si salía a la luz, se produciría un revuelo social garrafal, y si las acusaciones fueran ciertas y se confirmaban los hechos, todo llegaría a oídos del Vaticano. Aunque trataron de evitarlo, cuando salió el reportaje, el tema fue conocido por el Vaticano en Roma al día siguiente de la transmisión.

Desde hacía un tiempo se rumoreaba con frecuencia, pero nadie se había atrevido a comentarlo de forma tan abierta y acabada. Por algún motivo llegaron comentarios a la universidad donde trabajaba Laura. Por cuestiones administrativas había nexos entre la universidad y la iglesia. Con ello, se llegó a un punto límite tras haber salido el reportaje en televisión. Se hablaba del

asunto entre pasillos, y los alumnos y profesores mantenían conversaciones en secreto. Estaba estrictamente prohibido referirse al tema, pero no se podía evitar. Hubo conversaciones comprometedoras y con fundamento entre profesores y alumnos.

Por tratarse de una institución religiosa, se convocó a una reunión extraordinaria en el auditorio. Se dejó en claro que nadie tenía derecho a juzgar y que, como parte del reglamento interno, estaba estrictamente prohibido referirse al tema. Serían los encargados competentes los que tendrían que investigar. De haber cómplices, culpables o responsables dentro de la institución, estos serían sancionados según sus cargos, asumiendo las consecuencias.

A eso de las once de la noche, Laura había vaciado completamente la botella de vino carmenere comprada en una boutique de licores finos que quedaba más al centro. El vino era de una viña de Isla de Maipo, hacia el sur de Santiago. Como amante de los buenos vinos, se enteró de que en ese pueblo se daban excelentes cepas elaboradas en la localidad. Había recorrido un par de viñedos y bodegas interiores en tours que agendó por internet. De ese lugar obtuvo el dato de aquel vino. Quedó muy satisfecha de haberlo adquirido, pues, con unas aceitunas y un queso gauda que se sirvió, quedaba maravilloso. Era, para ella, una bebida de dioses.

A medianoche, aún permanecía abierta la cortina del ventanal de la sala, desde donde se divisaban algunas avenidas principales. La temperatura había bajado y, por fin, el ambiente se había tornado bastante fresco. Los edificios se alzaban iluminados y la ciudad estaba en pleno movimiento. A lo lejos, se escuchaban carcajadas y voces que se perdían entre bocinazos, boliches y antros. Las luces de colores en movimiento de algunos

salones de baile cercanos cruzaban a ratos por su departamento a media luz. Se levantó a cerrar las cortinas y volvió pausadamente a la cocina a dejar la copa y la botella vacía.

En medio del silencio y de su ambiente, se sentía cómoda y segura. Amaba aquel espacio; lo sentía acogedor. Hace tiempo no tenía una relación amorosa y se había acostumbrado a disponer al cien por ciento de su vida y tomar sus propias decisiones. El hecho de haber salido tan joven de su casa, en condiciones complejas, le sirvió mucho para madurar y forjarse un buen pasar por la vida. Por ahora estaba sola. No le hacía falta un hombre al lado. Intentaba no pensar en eso y no joderse con cursilerías patéticas a esas alturas de su vida. Si el universo tal vez le permitía recomenzar de nuevo, el amor le llegaría a su misma puerta, sin necesidad de andar buscándolo como tonta o llorando como una Magdalena. No, con casi cinco décadas vividas, ya no estaba para eso. Bastante se había mortificado en su matrimonio, luego con la decisión de separarse y después cuando los hijos comenzaron a hacer sus propias vidas. Solo tenía un par de amistades y conocidos, con los cuales, de forma aislada, se reunía de vez en cuando en pro de una buena conversación con buenos tragos o un buen vino, como a ella le gustaba.

Antes de ir a la cama, fue a asegurar la puerta principal. La abrió y se asomó al pasillo. Alcanzó a escuchar el sonido prudente de los televisores y radios de los otros departamentos, junto con conversaciones a media voz. La música clásica aún sonaba desde el estéreo en el otro apartamento, apenas logrando salir del parlante. Puso las dos cerraduras y se fue a su habitación. La cama era confortable: sábanas de seda, cojines y un cobertor de plumas. Pasada la medianoche, puso su serie favorita, *Sex and the City*, que comenzaba en un canal de cable. Entre sus cuatro

protagonistas, una de ellas, la sexy Kim Cattrall, encarnada en el audaz personaje de Samantha Jones, corría casi desnuda por la playa. Era su personaje favorito. Le encantaba cómo se veía con-toneándose de forma sensual, mientras escapaba de un jovencito a torso desnudo que la seguía jadeando más atrás.

CAPÍTULO 4

El colegio San Francisco de Asís, que a la vez funcionaba como internado en esos años, estaba ubicado en Los Robles, un pueblo en el interior de la ciudad de Osorno, en el sur de Chile. Había sido construido a petición de Rosa Markmann Reijer de González, esposa del presidente Gabriel González Videla, en su período de gobierno de 1946-1952. Él era abogado y adherente del Partido Radical. En 1980 contaba con tres sacerdotes: el párroco, llamado Felipe de León, quien era el director del recinto, y otros dos curas vicarios, que a su vez dictaban clases de teología y filosofía. Los otros eran docentes que vivían por los alrededores y viajeros de la misma ciudad que se trasladaban al interior a impartir las clases. Junto a ellos, colaboraban algunos administrativos del plantel, además de auxiliares de aseo y manipuladores de alimentos.

En los alrededores del pueblo de Los Robles, en un terreno de gran expansión que el Estado dispuso para construir el establecimiento, se ubicaba la iglesia parroquial, a la cual le seguía, por detrás, la casa sacerdotal. Por enfrente, se encontraban las dependencias del colegio que imparte, hasta la actualidad, la enseñanza científico-humanista en niveles básico y medio. Atrás, separados por patios, estaban los espaciosos dormitorios y comedores.

El internado era para aquellos alumnos de escasos recursos que llegaban de los pueblos más remotos del sur. El resto de la estancia era ocupado por áreas verdes, extensos jardines, árboles

ornamentales y bancas dispuestas en todos los espacios, de tal manera que los muchachos, tanto los externos al plantel como los internos, pudieran ocuparse de sus asuntos estudiantiles de forma práctica y armoniosa en aquel entorno. De esto disfrutaban mayormente los internos, pues la mayoría de ellos, los fines de semana, se quedaban en el establecimiento debido a los crudos inviernos o porque en sus hogares la economía era precaria y sus padres no podían ser un soporte vital para ellos, sobre todo en los años de pobreza de las zonas rurales de Chile.

Más atrás, el sitio tenía sembrados grandes paltos, naranjos y limoneros. La estancia les daba para mantener un gran huerto, donde los muchachos internos pasaban parte de su tiempo manteniendo las siembras que ellos mismos después cosechaban. Gran parte de la fruta y verdura la vendían en el mercado. El dinero de las ganancias lo utilizaban en los gastos del establecimiento o en necesidades de los propios alumnos. Sin embargo, cuando comenzó el gobierno de Prath, comenzaron a recibir ayudas estatales, aunque de forma solapada y de una manera poco ética tratándose de una entidad religiosa.

A este internado fue que David Vergara llegó con seis años de edad. Las monjas lo llevaron para que los curas se hicieran cargo, pues ya era hora de que el muchacho comenzara con sus estudios formales como correspondía, ya que jamás, en todos esos años, hubo algún indicio sobre el paradero de su padre ni interés de parte de familiares.

Su historia se remonta a 1966, cuando su madre, dispuesta a dar a luz, llegó al consultorio de Los Robles. Fue un lugareño quien la encontró a medio camino aquella tarde y la trasladó en carretón hasta el pueblo. Casi moribunda, entró al diminuto recinto de salud con el alma perdida mientras el hombre la llevaba en brazos. Desde allí, rápidamente la trasladaron en una furgon-

neta adaptada como ambulancia hacia el hospital de Osorno. Le esperaba un parto complicado, en el cual muy probablemente perderían la vida ella o la criatura. Una paramédico la llevó a la sala de preparación para efectuar las rutinas correspondientes antes del alumbramiento. Alguien preguntó por sus familiares y quien la acompañaba, pero no hubo respuesta, ya que el hombre que la asistió en el camino la dejó en la recepción del consultorio y desapareció sin dejar rastro. La mujer pronunció su nombre entre palabras apenas entendibles: Rosa Vergara, se llamaba.

A eso de las once de la noche, inició su trabajo de parto. El niño nació sano, como un yogurt; sin embargo, ella yacía moribunda sobre la cama, debatiéndose entre la vida y la muerte, producto de una fuerte hemorragia que la dejó sin fuerzas. No le quedaba mucho tiempo. Si amanecía con vida, sería solo gracias a un milagro. Eso anunciaron los médicos después de haber hecho todo lo que estuvo a su alcance para salvar su vida.

Al otro día, por la mañana, la mujer no tenía aliento. A eso de las cinco, había dejado de respirar. El niño, con un llanto desgarrador, deseaba estar sobre el regazo de la madre. Ante esto, avisaron a Carabineros para que iniciaran la búsqueda de familiares y así le dieran una cristiana sepultura a la infeliz mujer, pero, por sobre todas las cosas, para que se hicieran cargo del pobre niño, sin madre y con el padre ausente. Sin embargo, no había rastro de familiares; además, la mujer había llegado al hospital sin documentos y, a pesar de que se guiaron por su apellido, buscando por toda la región algún pariente, el trámite fue inútil.

Hallaron a muchas familias de apellido Vergara, pero ninguna había conocido a la mujer, ni siquiera como familiar lejano o amistad. Pasadas algunas semanas, decidieron trasladar su cuerpo a una fosa común en el cementerio parroquial, pues tampoco había mucho espacio en la morgue para mantenerlo

allí. Mientras tanto, al niño lo cuidaban y alimentaban las funcionarias del hospital, a la espera de que se decidiera su suerte, pues tampoco podían tenerlo allí en el establecimiento de salud, y nadie estuvo dispuesto a llevárselo y cargar con tan grande responsabilidad. Mucho menos se atrevieron a llevarlo a los servicios de menores para que estos se hicieran cargo. Esa sería la última instancia, pues le habían tomado cariño y querían buscar otros medios más confortables en donde dejarlo. Ante esto, alguien contactó al convento que estaba en las afueras de Osorno, para llevarlo hasta allá y que las monjas lo tuvieran mientras se decidía el futuro del niño.

Las mujeres aceptaron al bebé; sin embargo, advirtieron que lo tendrían solo hasta que hallaran un lugar definitivo para dejarlo, pues, por reglamento, no estaba permitido. No podían ser tan despiadadas y no prestar ayuda al angelito. Sin embargo, el tiempo pasó y nadie reclamó al pobre, y finalmente las monjas lo inscribieron bajo el nombre de David Vergara Vergara. Las mujeres dijeron que sería artista, porque tenía manos delicadas, de alargados dedos. Creían que, por ese detalle, se convertiría en un gran músico cuando fuera adulto, como el David del Antiguo Testamento que tocaba el arpa. Le dejaron los apellidos Vergara Vergara, por ser el único dato que la mujer, su madre, a duras penas, pudo pronunciar en el hospital. Las religiosas acudieron a un conocido que tenían en el Servicio de Registro Civil de Osorno y así, sin preguntas ni respuestas, quedó registrado con ese nombre en los libros.

Fue así como las monjas lo tuvieron durante todo ese tiempo. Ellas también intentaron buscar a su familia siguiendo el apellido de la madre, pero la búsqueda resultó inútil. También esperaron que alguien llegara reclamándolo, pero eso jamás

sucedió. Ahora les correspondía a los sacerdotes hacerse cargo, pues ellos tenían más recursos que llegaban sin importar de dónde venían. Se comentaba que el padre Felipe tenía muy buena llegada en esos años con el general Manuel Prath y toda su red de colaboradores, quien, a su vez, contaba con la poderosa venia del Vaticano. En esos años, el nuncio Gabriele Rossi era el representante de la Santa Sede en Chile, y poco a poco mantuvo una misteriosa y estrecha cercanía con el mandatario. Tanto así que, en algunas ocasiones, los veían llegar los fines de mes a las dependencias del plantel en autos blindados y un camión militar, desde el cual se descargaban bolsas de alimentos y sacos de frutas y verduras. De parte de los sectores opositores al régimen se rumoreaba que, posiblemente, Felipe tenía negocios fraudulentos con el mandatario y, a la vez, el favor del nuncio, porque, misteriosamente, siempre llegaban por la noche, descargando bultos con dudoso contenido que se llevaban al interior de un galpón que estaba al final del sitio. Eso era lo que algunos lugareños del pueblo comentaban entre sí. Cuando el presidente dejó el poder, y tras un reportaje de un diario nacional, se filtraron algunas fotografías donde, asombrosamente, aparecía el padre Felipe junto a Prath, Rossi y dos de sus ministros veraneando en algún lugar del extremo sur de Chile.

Por esto, en ese tiempo, la institución gozaba de un gran pasar económico, debido a las remesas que eran enviadas directamente por el general hacia la institución. Sin embargo, los católicos del pueblo eran fieles seguidores de los curitas y los defendían a muerte cuando se hablaba sobre esos temas; aparte, hacían una labor solidaria potente con los más necesitados. La caridad de sus feligreses no era menor tampoco. Algunos privados importantes de la región ayudaban con cifras suculentas,

especialmente a las más fieles patronas de fundo, que a cambio de esos aportes recibían del Padre el perdón de sus pecados, sin que ellas hicieran penitencia.

El muchacho fue creciendo entre aquellos religiosos que lo guiaron con mucha estima y protección, y amigos y pares internos, con quienes formó un gran lazo de amistad y compañerismo. Pero, una vez cumplidos los quince años, su estadía con los curas se desajustó producto de situaciones que tuvo que guardar y callar. Por otro lado, comenzó a luchar con su desarrollo físico y emocional, que a su edad era natural.

Aquella mañana de domingo del año 1975 en Los Robles, los niños internos, bien compuestos y ordenados, salieron de sus habitaciones rumbo a la iglesia, junto a otros que llegaban y vivían por los alrededores. Iban a recibir el santo sacramento de la primera comunión, porque ya estaban en edad de cumplir con aquel rito.

El día anterior, por la tarde, cada uno había concurrido a confesar sus pecados de niñez a los curas, para así obtener el favor de Dios. Ante esto, los religiosos les advertían que se mantuvieran en silencio y con la mente en blanco, para que el diablo no les entrara al corazón y, así, no anular el perdón que habían recibido después de hacer penitencia. Vestidos de escolares —pantalón gris, camisa celeste, corbata y chaqueta azul con la insignia distintiva del colegio— y con un engominado casi perfecto sobre sus cabellos, fueron entrando a la iglesia en fila india, desde la sacristía. Cada uno llevaba en sus manos una vela blanca, un rosario, una Biblia y un crucifijo colgado del cuello; objetos que representaban el acercamiento a Dios y la entrada a la vida cristiana. Allí ocuparon las primeras bancas, mientras esperaban al cura párroco que celebraría la liturgia junto a los sacerdotes vicarios que colaboraban con él.

Los feligreses y estudiantes esperaban estáticos en los bancos. Algunas devotas, con paños en la cabeza y acompañadas de sus maridos, con caras de santurronas, miraban al Cristo crucificado en pañales colgado de la pared. Otras aprovechaban para confesar sus pecados de rodillas sobre el suelo, mientras sus hijos esperaban más adelante.

Pronto apareció el cura caminando entre los arreglos florales, mientras los otros dos lo seguían más atrás. Iban vestidos con hábitos propios del domingo y para la ocasión. Se quedaron unos segundos contemplando a la concurrencia tras el altar. Cualquiera habría dicho que, probablemente, venían de la misma Santa Jerusalén, con rostros etéreos, de almas santas y puras, como comentaban un par de viejas más atrás. Para los devotos, estos eran ángeles enviados directamente desde el cielo por hacer un trabajo de ayuda social y pastoral y guiar a muchas familias, especialmente a los jovencitos, en el camino de la fe.

Comenzaron el discurso propio de la ocasión, mencionando que había que cumplir con los santos sacramentos para no caer al fuego eterno, que los padres tenían que ser un buen referente para esos niños que estaban en pleno crecimiento, y que, por sobre todas las cosas, había que protegerlos y cuidarlos de acechadores enviados por el diablo para desviarlos del camino y quebrar su inocencia. El mundo estaba corrompido y el humano en decadencia por causa de su maldad, sin distinguir lo bueno de lo malo. Ellos, como guías espirituales, los protegerían de aquellos lobos vestidos con piel de oveja, pero la mayor responsabilidad era de sus padres, pues ellos, los curas, solo podían protegerlos dentro del establecimiento, no afuera.

Mientras el padre hablaba, inspeccionaba a los muchachos uno a uno con su mirada desde el púlpito, como hijos espiritua-

les que eran amados, y ellos, enviados por Dios, recibían la gran responsabilidad de conducirlos por el buen camino.

Prosiguiendo con el discurso, recalcaron a los padres que durmieran tranquilos, pues rezaban noche y día por los niños. Prometieron que estaban bien resguardados en aquella institución. Acto seguido, prosiguieron con el rito, tirando agua bendita sobre sus cabezas. Después, cada uno recibió de parte del cura ayudante la santa hostia consagrada de un recipiente y el vino del cáliz que sujetaba el otro curita al centro del pasillo. Luego, el cura mayor rezó por los muchachos. Tenía un mensaje de Dios en particular para cada uno de ellos. Así, todos comenzaron a ser llamados. Emocionados, se acercaban al padre espiritual, quien los abrazaba con ternura. Para más de alguno era un verdadero padre carnal, que los contenía en momentos de tristeza y les daba una palabra de afecto. Él era el mismo Dios encarnado en el hombre, que ejercía un gran sentimiento de apego por el cual, muchas veces, quedaban eclipsados: un afecto particular, estrecho y cálido, que recibían de ellos más que de sus propios padres.

«Dios me encargó algo para ti, hijo, en este día tan especial, porque es tiempo de que ya empieces a conocer más la vida y el mundo que te rodea. No todo es bueno, y fuera de aquí todo es más difícil. Hay gente perversa. En la medida que vayas creciendo, te encontrarás con muchos obstáculos en el camino que te harán desfallecer, pero tranquilo: yo estaré contigo y te voy a cuidar».

El muchacho de doce años casi se quedó en llanto con sus palabras y lo abrazó cual hijo a un padre en una cruda despedida. Dichas esas palabras, el cura le habló en susurros al oído. El pequeño David Vergara, aferrado a su regazo y mirándolo hacia

arriba, hizo un gesto de afirmación con la cabeza y después volvió a su puesto.

David pasó toda aquella tarde en ascuas, esperando que llegara la noche para acudir a la cita con su guía espiritual. Hubiese querido contarle a todos sus compañeros que se iba a encontrar con el padre, pero debía guardar el secreto, tal como le había indicado, pues era una sorpresa solo para él.

A la hora del ocaso, caminó por un pasillo que unía la casa sacerdotal con las salas de clases. Tras cruzar una mampara y, posteriormente, una puerta, estaban los dormitorios de los otros dos curas y, al final, el del padre Felipe de León. De pie, emocionado, tocó la puerta que se abrió unos segundos después. Una luz tenue alumbraba la habitación. En el interior había una cama con marquesas de bronce, una gruesa cruz estilo medieval de plata sobre la pared blanca, una mesita con libros —entre ellos destacaba una Biblia de antigua edición— y otros objetos que llenaban el cuarto.

Con disimulo, el padre Felipe, de poco más de cuarenta años, colocó una mano atrás para asegurar el cerrojo y el picaporte, y llevó al niño de la mano hasta una silla. Se sentó al borde de la cama y le habló algunas palabras, tal como en la iglesia: le dijo que lo cuidaría y que estaría cuando lo necesitara, pero que ya era tiempo de abrir los ojos, porque el mundo no era bueno y tenía que prepararse. Le enseñaría algunas cosas, porque era tarea de los padres espirituales guiarlos y ayudarlos a conocerse. Había secretos que, casi adolescente, tendría que saber. Le dijo que a todos los de su edad les pasaba lo mismo, y que los adultos eran responsables de mostrarles el camino.

Mientras le hablaba de forma dócil, lentamente le fue desabrochando los cordones y le quitó las zapatillas para que estu-

viera más cómodo. El niño estaba sobre su cama, a solo unos pocos centímetros de él.

El muchacho tuvo desvaríos toda la noche: pesadillas de hombres sin rostro que le quitaban la inocencia, que tristemente le quebraban el corazón y, sin permiso, irrumpían en sus sentimientos. Sintió que ese gran padre espiritual se le perdía en una nebulosa negra, que finalmente se lo tragaba; luego era condenado y colgado desnudo de un lazo al cuello, prendido en una hoguera.

Este episodio no volvió a suceder. Casi lo bloqueó por completo de su mente. Solo conservaba vagas imágenes de aquello: imágenes que iban y venían y se evaporaban en un segundo de sus recuerdos. Por eso, nunca se atrevió a contar lo que había pasado, al menos durante su adolescencia y juventud. Sin embargo, algo quedó escondido en su mente y lo recordó casi a los cuarenta años, al someterse a sesiones de psicoanálisis con un profesional de salud mental.

Pese a que el episodio completo de aquella noche no se repitió, en su adolescencia comenzó a ser presa de ciertas situaciones que le sucedían a él y a otros muchachos internos de su misma edad. En ellas estaba involucrado el cura. Todo lo que ocurría en ese entonces parecía normal para ellos, debido al entorno y al contexto en que crecieron. No era algo pecaminoso. En ese periodo no tuvieron la capacidad de dilucidar de qué se trataba, por qué pasaba y que, simplemente, tendrían que dejar todo en el olvido: no había preguntas, no había respuestas y, sobre todo, sentían un gran apego a aquella familia que no era de sangre.

Las prácticas iban de besos, muy cerca de la boca, de parte de Felipe, cuando los muchachos conversaban con él en privado en la sacristía; caricias en la entrepierna, estando sentados cerca

de ellos; roces en los genitales, sobre el pantalón, cuando los convocaba a su habitación por la noche con la excusa de hablar de algún tema privado.

Otras prácticas más avezadas fueron sucediendo conforme el tiempo avanzaba. Ante esto, de una forma muy sutil, el cura les hacía entender que ya era hora de que comenzaran a experimentar nuevas cosas; que a la edad de ellos era normal y todos lo hacían, para así no llegar tan cartuchos al matrimonio, o que simplemente eran bromas para matar el tiempo y el aburrimiento.

El muchacho —y tal vez los otros compañeros— tuvo que callar tales acontecimientos, pues nada podían hacer. Por un lado, el colegio era prácticamente todo su mundo, y en muchos veranos también se la pasaban ahí colaborando en obras sociales o misionando por los alrededores, junto a seminaristas jóvenes que llegaban cada verano desde España. Sus hogares los visitaban casi tres o cuatro veces al año, nada más. Todavía conservaban algo de inocencia al creer que aquellas prácticas se debían al cariño que el cura les tenía; un cariño que, para ellos, superaba incluso al de sus propias familias.

En medio del desamor parental de algunos jóvenes y la falta de padres de David Vergara, aquel ambiente era todo para ellos. Después de todo, recibir un par de besos en la cara, caricias y toqueteos del cura de vez en cuando era solo una muestra del cariño y afecto abnegado que este hombre, casi santo, tenía hacia los niños.

En ocasiones, cuando la situación era de más envergadura y la lascivia del cura se pronunciaba más, los mandaba a confesarse con alguno de los otros dos vicarios, para que entendieran que ellos eran los culpables. Solo tenían que decir que habían cometido un pecado de pureza. Luego eran absueltos por sus

faltas, en medio de la confusión y el deseo de que aquello no volviera a pasar.

Sin embargo, esas prácticas continuaron durante años. Pasó el tiempo y la mayoría de la generación estaba por terminar la enseñanza media; pronto viajarían a la capital u otras ciudades del centro del país para realizar estudios universitarios.

David y otro compañero ingresaron con beca de arancel a una universidad estatal de Santiago, gracias a las gestiones que De León había realizado. Ambos habían obtenido un buen puntaje en la Prueba de Aptitud Académica. Eso, sumado a las referencias de quienes habían sido prácticamente sus padres en el sur, les aseguró la posibilidad de estudiar. El internado también les consiguió una residencia estudiantil.

Fue así como los muchachos viajaron con el alma en un hilo debido a la nueva experiencia que se les presentaba. Iban presos del miedo por lo desconocido: la llegada a una ciudad totalmente diferente de aquel lugar donde habían crecido. Nunca habían salido de Osorno. Sin embargo, de una u otra forma, se sentían liberados. En el último tiempo, los abusos habían aumentado en el internado católico y ya tenían edad suficiente para comprender lo que estaba sucediendo. No podían negarlo. Sabían que estaban involucrados y, a conciencia, aceptaban voluntariamente. Sentían vergüenza de ser delatados o que el cura revelara todo. Simplemente, aceptaban su destino, esperando el momento de escapar de aquel lugar. Se habían prometido nunca más volver. Eso fue lo que, por lo menos, David y su amigo se dijeron la tarde en que partieron.

Llevaban consigo maletas llenas de sueños. David cargaba en su espalda una guitarra; a su edad, tocaba muy bien el instrumento. Además, llevaba una flauta de cuando era niño, con una historia muy particular. Dejaron atrás los recuerdos de amigos y

profesores. Iban con sentimientos encontrados: querían escapar, pero a la vez sentían tristeza por dejar el único hogar que habían tenido. Al final comprendieron que no era normal lo que habían sufrido. Nada lo justificaba. De ahora en adelante, dejarían todo eso en el pasado, muy atrás. Sin embargo, se iban con el corazón, en cierta forma, agradecido: en aquel lugar nunca les faltó nada.

Felipe de León los dejó partir, sin antes recordarles todo lo que había hecho por ellos, pero sobre todo recomendándoles que, como buenos hombres de Dios, tuvieran mucho cuidado con lo que hacían o decían. Les mencionó que estaría pendiente, dado que conocía dónde vivirían. Les habló, de manera solapada, de sus contactos poderosos en Santiago; aunque esperaba no tener que utilizarlos. Con voz firme, les recordó su prestigio en la curia chilena y sus conexiones en el gobierno. Por último, les instó encarecidamente a que todo lo vivido durante esos años se quedara solo en sus recuerdos y en Los Robles.

De León era un hombre altivo y de carácter seco; tanto los jóvenes como todos los colaboradores del establecimiento le tenían respeto y cierto temor. Durante sus primeros años en Santiago, no pudieron desligarse del viejo por todo lo sucedido. Sabían que, a pesar de ser un hombre religioso, era altanero y manipulador. Comprendían claramente sus recomendaciones sarcásticas al salir del establecimiento: si hablaban, podrían salir muy mal parados.

Las prácticas de Felipe se daban principalmente los fines de semana o en días festivos, cuando no había personal en el colegio. Solo esos días quedaban unos cuantos internos, incluido David, un auxiliar de aseo y una mujer que atendía a los sacerdotes. Otros muchachos, alumnos del colegio, también participaban de aquellos enredos. Asistían a encuentros los sábados por la tarde en la parroquia y, muchas veces, regresaban bien tarde a

sus casas, pues Felipe los invitaba a almorzar. También asistían a misa los domingos.

Guiándose por una dirección que el cura les anotó, salieron del terminal y caminaron por La Alameda aquella mañana de marzo de 1983. Por la vereda sur, pasaron entre la muchedumbre hasta Estación Central. Desde ahí debían seguir hasta el Barrio República. Iban fatigados, así que decidieron descansar y tomar un refresco que compraron en un kiosco en una esquina. El bullicio y el desorden del centro los abrumó un poco; pronto se vieron invadidos por una turba de civiles que venía en masa desde atrás, protestando en medio de La Alameda con cacerolas y pancartas.

Eran grupos sindicalistas que, valientemente, pese al régimen imperante, habían salido a las calles. Encabezaban las primeras de muchas protestas posteriores de distintos grupos de izquierda que se oponían al gobierno. Pedían mejoras económicas, justicia por las violaciones a los derechos humanos y que el dictador dejara el poder. La protesta culminaría cerca de la casa de gobierno, con serias consecuencias para los manifestantes: algunos terminaron gravemente heridos y otros fallecieron en plena calle.

Desde allí, los muchachos doblaron hacia una avenida por la derecha y se internaron hasta llegar a la dirección señalada: la casona de residentes estudiantiles que albergaba a jóvenes provenientes de otras regiones para estudiar en la capital. La residencia estaba financiada con aportes de privados de familias acomodadas y de ostentosos apellidos pertenecientes al círculo de De León. Estaba destinada a alumnos de pocos recursos y con buenas calificaciones que estudiaran con beca en universidades de Santiago.

Una señora con chancletas y pelo largo los hizo entrar, sin antes cerciorarse de sus identidades y que vinieran de parte de los curas. En la entrada, leía una carta firmada y escrita por De León. Mientras los muchachos esperaban, ella entró a la casa a hacer una llamada telefónica a Osorno para hablar con el mismo Felipe y anunciarle la llegada de los jóvenes. El cura le confirmó sus identidades. Solo después de esto los hizo pasar y los condujo hacia una habitación del segundo piso. Los muchachos no podían quejarse: la residencia era bastante cómoda, con camas acogedoras y ducha con agua caliente.

La mujer, sin preámbulos, les comunicó las reglas de la casa, que eran bastante estrictas: a las nueve de la noche se cerraba con llave la puerta de la calle; los días viernes y sábado se extendía hasta las diez como excepción, y en otros casos, solo si se trataba de un asunto estudiantil. Cada quien se encargaba de su ropa sucia, pues había un cuarto de lavado por un costado de la casa. Los horarios de comida se respetaban al pie de la letra; si alguien se atrasaba, simplemente se quedaba sin comer. Disponían de cinco minutos para la ducha, y de vez en cuando Teresa Cuevas, la mujer que los había recibido, se daba el lujo de cronometrar desde fuera del baño. Si se pasaban un segundo más allá de lo estipulado, bajaba el piloto del calefón y los infelices terminaban de bañarse con agua fría, situación que ocurría con frecuencia.

Entre los muchachos se turnaban para el aseo de la casa, ya que a doña Tere no le alcanzaban ni los pies ni las fuerzas para limpiar, y a Lucy, la muchacha de la cocina, tampoco le alcanzaba el tiempo. Aunque estas labores eran responsabilidad de ellas, la veterana había decidido que los propios jóvenes se hicieran cargo. Quien no cumpliera con las reglas o estuviera en

desacuerdo, simplemente abandonaba la residencia y tendría que arreglárselas por sí mismo.

No fue difícil para David y su amigo acostumbrarse, ya que en el internado también había reglas semejantes. Aunque, antes de llegar, creyeron que el trato podría ser distinto, con un poco más de libertad en el buen sentido de la palabra. Por el momento, era lo que había, así que decidieron cumplir con los protocolos e ir tanteando las cosas con el paso de los días. Eran muy jóvenes y llenos de entusiasmo, lo cual jugaba a su favor: todavía tenían mucho camino por delante para cumplir sus sueños. Tendrían que aguantar a la veterana y acatar las reglas. Más adelante verían qué hacer.

La puerta de la calle quedaba con llave a las nueve de la noche; sin embargo, después de esa hora, muchas veces sentían que se abría el portón de la entrada de la casona. Entraban uno o dos vehículos que se estacionaban en el garaje trasero. Bajaban de ellos dos o tres personajes que desaparecían en la oscuridad, sin encender luz alguna. En ocasiones, permanecían un tiempo corto dentro de la estancia; otras veces, se retiraban a altas horas de la madrugada.

Algunos residentes le hicieron notar esto a doña Teresa, pues más de uno se despertaba cuando los vehículos se marchaban. Nadie sabía a dónde iban ni por qué demoraban tanto en irse. La respuesta de la mujer fue clara y precisa: lo único de lo que debían preocuparse era de estudiar. Todo lo que ocurriera allí no era de su incumbencia, así que no tenían que preguntar ni meterse en asuntos ajenos. Les prohibió cruzar el patio trasero que daba al garaje y les advirtió que quien insistiera sobre el tema tendría que tomar sus pertenencias e irse de inmediato.

CAPÍTULO 5

En plena primavera, el sol de fines de octubre anticipaba un verano más cálido de lo normal, principalmente en Santiago. Laura se despertó casi a las nueve de la mañana, sudorosa, pues la temperatura ya había subido bastante; además, por la noche no había corrido la cortina de su ventanal, solo colgaba el visillo blanco, y la claridad y el calor invadían completamente el cuarto. Se levantó y, algo somnolienta, caminó hacia el baño para mojarse la cara y espabilar un poco.

De regreso, abrió una ventana corredera de la cocina y se asombró al ver, desde arriba, a Agustín echando agua a unas hortensias en las orillas del jardín trasero. Decidió calentar agua para un café y, sin pensarlo mucho, se atrevió a bajar para hacerle un poco de compañía, a ver si el hombre estaba de buen humor. Hace días quería acercarse a él; quizás no era tan malas pulgas y solo era su apariencia. Bajó y también llevó un tazón para él. Aunque sabía que tal vez no le gustaba mucho la vida social, esperaba que al menos aceptara la taza de café. Planeaba hablar sobre las temperaturas tan altas o sobre el gran accidente en Plaza Italia ocurrido la noche anterior.

El hombre llevaba viviendo unos dos años en el edificio. Era ingeniero comercial y, solo unos meses atrás, había sido nombrado director de la Fundación de Amigos TEA Chile. Antes tuvo un trabajo bastante lucrativo en un holding empresarial. Uno de los principales benefactores que solventaba aquella fundación lo había tenido como gerente por muchos años en una de

las empresas de la sociedad. Sin embargo, cansado de lidiar con números y gráficos, decidió tomar el puesto en la fundación. Aunque no le diera tantas ganancias económicas, le haría bien para su alma ayudar a muchos bajo su misma condición.

Hace algunos años, su mujer lo había abandonado de la noche a la mañana por un brasileño mulato, curtido por los veranos de Río de Janeiro, y veinte años más joven que ella. Le dejó una tarjeta de crédito reventada y una cuenta bancaria en cero. Solo logró salvar una, donde tenía algunos ahorros importantes.

Para «bien» de él, la mujer dejó una nota sobre la cama que decía que no perdiera la esperanza, porque, si se aburría del negro, seguramente volvería a buscarlo, una vez más, para intentar arreglar la situación matrimonial que estaba tan desgastada, tediosa y aburrida. Agustín se preguntó si aquella nota era verdadera o solo una grotesca ironía de la muy suertuda.

Muchas veces Laura lo había encontrado en los pasillos donde intercambiaron un par de palabras, pero solo cuestiones domésticas sobre los gastos comunes del edificio y cosas por el estilo. Rara vez se le veía hablando abiertamente con los demás; siempre de pasada y sobre asuntos puntuales.

Esa mañana, sin embargo, decidió bajar y hacerse la desentendida mientras lo abordaba. Una vez allí, recorrió disimuladamente el lugar tomando el café y se sentó en un banco cercano a él. El hombre, ensimismado, no se percató de su presencia; o, si lo hizo, le daba lo mismo. Pero ella, de pronto, lo saludó levantando la mano, aprovechando un instante en que Agustín la alcanzó a mirar de reojo. Él le devolvió el saludo cortésmente. Acto seguido, inesperadamente, se acercó hacia ella y, mientras sostenía la manguera de la que caía el chorro de agua, iniciaron una conversación sobre temas de contingencia.

No aceptó el café porque no era su propio tazón. Le resultaba difícil comer o tomar algo en utensilios ajenos. Se disculpó, y ella dejó la taza sobre la banca. Laura, un poco desconcertada y nerviosa, trataba de seguirle la mirada que se movía a todos lados mientras hablaban. Su voz era pausada y rígida. Casi media hora después, ella lo invitó de forma espontánea a comer esa noche. Él, por sorpresa y sin titubear, aceptó la propuesta, pues, ante todo, era un caballero y no podía ser descortés ante la invitación de una mujer, aunque en el fondo hubiera preferido negarse y pasar el sábado por la noche leyendo un buen libro o viendo una película.

Rápidamente, un poco turbado, vio la hora en su reloj y se disculpó por tener que dejarla, ya que tendría que recibir al técnico del aire acondicionado, quien llegaría pronto a revisar el viejo aparato en la azotea que, desde hacía meses, los estaba fastidiando. Las temperaturas estaban subiendo mucho y el sistema no regulaba como correspondía. Por la noche, los departamentos eran un infierno.

El sistema de ventilación tenía muchos años y funcionaba por conductos que venían desde un gran terminal en el techo de la construcción y se dirigían a las viviendas de cada familia mediante un proceso que permitía, de forma particular, llevar el flujo de aire al gusto de cada residente. Según el profesional, los problemas se debían simplemente a que ya era tiempo de recambiar la unidad manejadora de aire ubicada en la azotea. Debido a los años del edificio, esta ya no cumplía con la misma eficiencia. Lo ideal era instalar un aparato más sofisticado. Los viejos equipos apenas regulaban el aire y los filtros no realizaban su labor al cien por ciento. Aunque seguían funcionando después de una prolija revisión, en cualquier momento podían dejar de hacerlo. Con la mantención, tal vez lograra andar bien hasta el otoño si-

guiente, nada más. Agustín, quien era muy organizado, decidió que, en la próxima reunión de arrendatarios, daría a conocer el asunto para cambiar el viejo aparato antes del próximo invierno y, además, comunicar la falla a la corredora.

Agustín apareció a eso de las ocho de la noche frente a la puerta de Laura, llevando consigo una botella de vino blanco para ella, quien cocinaría al horno salmón a la mantequilla y orégano, con ensaladas.

Se sentía torpe con la botella en la mano mientras en la otra sostenía sus propios utensilios para comer, esperando que le abriera la puerta. Laura le recibió la botella y lo hizo entrar. En principio le costó adaptarse a la situación. Como en la mañana, estaba desorientado, tratando de encajar y preguntándose en qué diablos se había metido. Hubiera querido correr y escabullirse en las cuatro paredes de su apartamento, pero ya estaba allí y no quería quedar en ridículo escapando como un niño. Le comentó que no era habitual en él ese tipo de pasatiempo y que, además, no tenían mucha confianza para comer y charlar como si fueran dos buenos amigos. Sin embargo, aquella noche sería una buena instancia para acercarse, conocerse y comenzar una amistad, le dijo Laura. Al principio se notaba un poco nerviosa, como cuando conversaron horas atrás. A él lo sentía distante y con la mirada puesta en cualquier parte menos en ella.

Los dos eran totalmente opuestos. Aunque ella también era reservada y amante de la soledad y el espacio propio, era una mujer de mundo, un poco sofisticada. Se codeaba con personas de círculos más elevados debido a su trabajo y conocía otras culturas por sus viajes fuera del país. Esas experiencias le habían dado cierta estampa en su entorno más común. Por el contrario, él era un hombre introvertido. Cumplía con ocho horas diarias

de trabajo y el resto del tiempo lo ocupaba en su hogar. Sus hijos con su exmujer ya eran jóvenes y apenas los veía una vez al mes, cuando iban a visitarlo para pedirle dinero.

Mientras comían, la conversación fluía armoniosamente. Al tiempo, ya no quedaba comida en los platos. Pasaron al living y ella sacó un vino de un mueble. Lentamente, lo bebieron. Hablaron con más confianza y comenzaron a reírse con más soltura, especialmente él, aunque hacía esfuerzos sobrehumanos para no perder el hilo de los temas e interactuar fluidamente. Pero llegó el momento en que el hielo se rompió por completo y la conversación se volvió más íntima. Hablaron de sus vidas y de las circunstancias que los llevaron a vivir en el mismo lugar.

Algo singular captaba Laura en él. Era un hombre ensimismado, que habitaba casi una realidad paralela. Algo le hacía ver como un ser fuera de lo ordinario. Laura, por el hecho de trabajar con jóvenes, había desarrollado la habilidad de intuir caracteres, aunque fuera en un grado mínimo. Además, había tomado algunas clases de relaciones interpersonales y otras del mismo estilo. A ratos, Agustín quedaba aislado con la mirada puesta en cualquier lado, lo que le descolocaba. Era como si hablara a la pared, envuelto en su propio mundo. Llegó a la conclusión de que el hombre que tenía enfrente sentía y experimentaba el mundo de forma distinta. Sus modales le parecían familiares; la mirada cortante y el tono singular de su voz la impresionaban. Lo sintió, en todo momento, un poco incómodo, como si hiciera esfuerzos sobrehumanos para sostener la conversación y sentirse relajado. Prácticamente no se conocían y, tal vez, él no quería equivocarse, quería guardar la compostura al extremo. Pese a todo, Laura sintió que había algo peculiar en él mientras repasaba la velada en su habitación antes de dormir.

CAPÍTULO 6

Agustín nació prematuro, sin haber sido planificado, en una familia acomodada del barrio alto de Santiago. Sus padres no estaban muy convencidos de tenerlo, pues ya tenían más de treinta y cinco años y no querían volver a criar.

Tenía apenas unos meses de vida cuando su padre, de forma trágica, perdió la vida en un accidente aéreo. El avión 107 de la línea LAN Chile, en el que viajaba a un asunto de negocios a Montevideo, se estrelló mortalmente en la zona del Cajón del Maipo en 1960.

La madre volvió a contraer matrimonio. Agustín, con dos años de vida, quiso como un verdadero padre al nuevo esposo de su madre. Creció bajo el amparo de Beatriz, la nana, quien fue su cuidadora desde que nació hasta sus seis años, cuando comenzaron sus estudios básicos en un colegio de la comuna de Las Condes. Su padrastro trabajaba a tiempo completo en el Banco Nacional y su madre era dueña de una tienda de joyas finas en una galería del barrio alto, donde pasaba casi todo el tiempo.

Los padres se desentendieron de su crianza. A veces lo encontraban despierto al llegar por la tarde. Estaban con él solo algunos minutos, cuando pasaban a su dormitorio a saludarlo y darle un beso en la frente. De vez en cuando le llevaban algún regalito para consentirlo. Eso era todo. Los fines de semana ellos descansaban en sus habitaciones, salían a fiestas o visitaban amigos. No podían estar pendientes del niño. La hermana mayor

tenía casi diez años y tampoco le prestaba atención. Para eso estaba la nana, que trabajaba puertas adentro y había llegado desde el sur. Pero el niño se quedaba en su habitación, inmerso en sus quehaceres; no les tomaba atención, seguía con sus rutinas bastante marcadas, sin calcular el profundo trecho que se formaba entre sus padres y él, y las carencias afectivas que entorpecerían su vida. Sobre todo si no descubrían a tiempo lo que pasaba frente a sus propios ojos.

Estas situaciones favorecieron que se agudizara una condición neurobiológica que, aunque no se notara a simple vista, marcaría su existencia. Le sería difícil adaptarse. Su estilo de vida sería bastante incomprensible. Con mucho esfuerzo logró sortear la vida con disciplina y fuerza de voluntad, junto a la ayuda que recibió en el colegio de los especialistas que decidieron tratarlo.

El niño, a sus seis años, no conocía nada más que su hogar. Había salido solo unas cuantas veces, y el exterior lo dejaba desconcertado y desorientado. Pasaba desapercibido, ya que era retraído. No daba quehacer cuando no lo molestaban. Ocupaba su tiempo construyendo pequeñas estructuras con cualquier material que encontraba por ahí. También le gustaba escuchar música clásica en su dormitorio. Tenía unos casetes que sus padres habían comprado en el extranjero y que reproducía en una radio rescatada de su casa. Además, se entretenía armando megarrrompecabezas o juegos LEGO que tenía a montones en cajas.

Sus cumpleaños no eran celebrados ante la vergüenza de sus padres de que el muchacho no mostrara ningún interés en la celebración. No tenía amiguitos y, cuando se juntaba con sus primos de su misma edad, no socializaba con ellos; se aislaba por los rincones. Ante su condición, a veces los niños captaban lo que sucedía y se burlaban de él. Por eso sus padres decidían

saludarlo y entregarle regalos sin fiesta de cumpleaños. Le costó mucho adaptarse los primeros meses en el colegio. En ese lugar quedó al descubierto su forma de ser. Antes no, porque en su casa nadie lo molestaba. Era su mundo seguro.

Cuando comenzó el colegio, fue un golpe demasiado grande para él, debido a la presión social de lo que significaba ser parte de una comunidad educativa. En más de una oportunidad, sus compañeros lo hicieron entrar en crisis. Como lo molestaban, por lo general andaba solo por los patios en los recreos, desentendido del mundo que lo rodeaba.

En ocasiones, no quería ir al colegio. Se armaba un tremendo escándalo en la casa. Sus padres daban órdenes a Beatriz para que lo corrigiera y le aplicara un buen castigo. Decían que eran puras mañas del chiquillo, porque se dejaba llevar por sus ideas. Aun así, cumplía con sus tareas y era uno de los niños más aplicados en su curso. En las clases de castellano y matemáticas siempre alcanzaba los primeros lugares.

Mediante el tiempo, fue cursando los niveles escolares y desarrolló la habilidad para escribir. Tanto así que su profesora se sorprendió cuando les encargó elaborar un pequeño reporte sobre sus vacaciones de invierno. El niño llegó el lunes con casi la mitad de su cuaderno escrito, en el cual relataba, coherentemente, un paseo por una playa del litoral junto a su familia.

Cuando estaba en séptimo año básico, ganó un concurso literario que se organizó en su colegio. Ya en segundo año básico, los especialistas comprendieron que el problema concreto del niño era de tipo social y comunicacional: le costaba interactuar con sus pares y expresarse adecuadamente con sus compañeros. Sus profesores notaron que tenía comportamientos muy repetitivos dentro del aula. Sin embargo, aunque carecía de habilida-

des sociales, en la escritura lograba plasmar sus sentimientos y emociones. En definitiva, podía expresarse con facilidad.

Comenzaron a estudiar su caso junto a otros especialistas más competentes y, finalmente, después de un tiempo, concluyeron que el muchacho tenía Síndrome de Asperger, un trastorno del espectro autista. De ahí la dificultad en la interacción social y comunicacional. Agustín lo tenía en un nivel leve, que no inhabilitaba su desarrollo cognitivo ni del lenguaje.

Favorablemente, después de analizar su condición, lograron descubrirla. Esto era algo muy difícil en esos años, puesto que hasta 1980 el diagnóstico no era tan certero como lo sería algunos años más adelante. Muchos niños de aquel entonces jamás fueron diagnosticados, pues la condición no era tan conocida, al menos en Chile. Desde ese momento, fue fundamental comenzar a tratar a Agustín con terapias y programas concretos que favorecieran el desarrollo de sus habilidades. Si bien es cierto que no lo «sanarían», pues los apoyos disponibles en cada nivel no buscan curar, sí serían de gran ayuda para su desenvolvimiento en los diferentes aspectos de la vida. Con ellos, enfrentaría el mundo con mejores herramientas.

Fue atendido en un establecimiento privado para niños TEA, que funcionaba recientemente en Chile siguiendo un modelo de vanguardia de Estados Unidos. Cada cierto tiempo, llegaban profesionales norteamericanos para guiar y enseñar métodos que beneficiaran la vida de estas personas. Sin embargo, más de algún pesimista aseguraba que el pobre muchacho no tendría un buen futuro ni un buen porvenir para enfrentar el mundo y sus cambios. Otros murmuraban que el niño tenía problemas mentales o que sus padres no le enseñaban buenos modales, por lo que era terco y caprichoso.

CAPÍTULO 7

El viernes siguiente, por la noche, volvieron a reunirse los dos, pero esta vez solo compartieron un vino y una tabla de picoteo. Aunque él apenas pasaba de beber una o dos copas, con eso le bastaba para toda la velada. A lo lejos, se escuchaba el suburbio fiestero de sábado por la noche, que se prolongaba hasta el amanecer. Las luces de los otros departamentos se habían apagado y los televisores ya no se escuchaban; solo quedaban los focos prendidos en los pasillos del viejo palacete.

Agustín, sin darse cuenta, le fue contando a Laura todo sobre su condición y cómo había tenido que sortear grandes obstáculos para abrirse paso en la vida. Le explicó que, de adulto, también había sido difícil no quedarse atrás en medio de una sociedad que avanzaba rápidamente. Tenía que demostrar día a día ser una persona capaz y competente para abrirse camino en el mundo laboral y, sobre todo, en los aspectos personales.

Hace un par de años, a petición de sus antiguos terapeutas, había comenzado a investigar más sobre sus orígenes, especialmente sobre su padre biológico, para tener una idea más clara de cómo influía el factor genético. Posiblemente, su progenitor podría haber tenido algún grado de autismo. Los testimonios de los familiares que aún vivían lo describían como un hombre bastante introvertido o ajeno a lo que ocurría a su alrededor, muchas veces sumido en una realidad paralela. Por otro lado, había descubierto investigaciones que indicaban que la condición también podría ser efecto de complicaciones durante la gestación o de la salud de la madre.

El vino lo desinhibió más de la cuenta. Se sentía reconfortado frente a su anfitriona. Laura le inspiraba confianza. Le sorprendió que fuera tan empática con él y su situación. Por lo menos, así lo demostraba en la medida en que se iban conociendo. Esto hizo que racionalmente considerara a Laura como una persona con quien podía establecer amistad.

Por su parte, a ella le fueron calzando muchas cosas referentes a su forma casi antisocial de ser. Para él, las relaciones sociales eran difíciles, obviamente propias de su condición, pero aun así lograba llevar temas de conversación y expresar sus puntos de vista. Sus argumentos tenían fundamentos sólidos, hablaba pausado, sin cortar los temas, y se expresaba con coherencia.

Desde muy pequeño, y al saber de su condición, había recibido el apoyo de profesionales, lo que le ayudó a adaptarse, desarrollarse y desenvolverse correctamente en la sociedad. Claro que este apoyo nunca estuvo pensado para aminorar las conductas propias de su condición, sino más bien para guiarlo y hacer su vida cotidiana más fácil.

La razón por la que, la primera noche que se vieron, Laura se sintió tan intrigada al tratar de dilucidar por qué la actitud de Agustín le resultaba familiar, era su sobrino pequeño, quien padecía esa condición en grado dos. Asistía a una fundación especial donde le entregaban herramientas de apoyo. Pensó que podía ser que su sobrino asistiera al establecimiento que dirigía Agustín, pero no le preguntó.

Habían pasado dos años desde que él llegó a arrendar el departamento y jamás se habían reunido de esa manera, mucho menos para comer juntos y compartir una botella de vino. Esto se debía a que él siempre estaba apurado o no se daba la instancia para hablar de manera más cercana. En otras ocasiones se le veía aislado, haciendo pequeñas tareas en el edificio, desentendido de

su entorno, como aquella mañana en que ella decidió abordarlo en el jardín.

La reunión de aquella segunda noche fue el inicio de una relación más estrecha entre Agustín y Laura. Para él, la situación era extraña: sus días ya no eran tan planos o rutinarios, porque desde que se había separado de su mujer, pocas veces había frecuentado a conocidos, y menos en una situación tan íntima como la de aquella primera comida con Laura, ni como las que continuaron más adelante.

Eran como dos inocentes chiquillos que se encontraban por la vida y, poco a poco, crecía entre ellos una gran amistad; descubrían el mundo y, sin darse cuenta, surgía un sentimiento que, en tan solo unos días, los unía.

Los últimos años de Agustín con su esposa fueron rutinarios. Cuando contrajeron matrimonio, a ella no le importó su condición y estuvo dispuesta a asumir el reto de vivir junto a él, pero, pasado el tiempo, se aburrió. Ninguno de los dos se soportaba. Ella, con los años, se volvió una mujer extrovertida y se convirtió en un cero a la izquierda como ama de casa. Despilfarraba dinero a montones en el mall y se la pasaba con amigas cada fin de semana, ya fuera en su casa haciendo reuniones o saliendo con ellas. Sin más ni menos, dejaba a sus hijos a cargo del padre. Así fueron pasando los años.

Su esposo, aun con su condición, era un hombre común y corriente, trabajador, que cumplía con sus roles como padre de familia y esposo. Aunque era introvertido y muy hogareño, lograba equilibrar muy bien sus roles tanto en su vida laboral como en la de esposo. A pesar de lo que ocurría, amaba a su mujer y la quería tal como era. En un principio, ella había sido una buena esposa, muy comprensible. Formó una familia dejando

el autismo de su esposo en segundo plano. Para ella, eso no le impedía llevar una vida como todos los demás. Lo amaba.

Conforme pasaron los años, adoptó otra postura y personalidad. Quiso algo distinto y, finalmente, se aburrió de tener ese tipo de hombre como esposo, que no la acompañaba en sus deleites personales. Sus conocidos decían que su matrimonio dejaba bastante que desear. Como se entregó a la vida bohemia, sus amigos le llenaron la cabeza de porquerías: era una mujer joven y atractiva. Agustín, prácticamente, la tenía apestanda en la casa.

En una de aquellas salidas de viernes junto a sus amigas, conoció al mulato en un bar del centro cuando él la invitó a bailar. La confundió tanto que se la llevó a su apartamento y pasaron la noche juntos. El hombre estaba de vacaciones en Santiago y quedó fascinado de aquella mujer, dos décadas mayor que él. La esposa de Agustín era de mucho estilo; los años le asentaban bastante bien. Ella también se encantó con él. En esos días andaba como una adolescente buscando al hombre. Sin pensarlo dos veces, algunos días después llenó sus maletas y se fue a Brasil con el mulato. En el vuelo pensaba que no había abandonado a sus hijos porque estos ya sabían valerse por sí mismos.

En el último tiempo, la mujer hostigaba a Agustín para que financiara el setenta por ciento de una cirugía plástica que quería: agrandarse los pechos, además de una liposucción y algunos arreglos faciales. Solo eso, nada más; algo poco, según ella. El treinta por ciento restante saldría de los ahorros que había juntado en una cuenta del banco.

Estaba obsesionada con el tema y le calentaba la cabeza a Agustín para que la complaciera con ese capricho, pues sus amigas, ya cercanas a los cincuenta, habían pasado por el quirófano y solo faltaba ella.

Esto produjo aún más el deterioro de la pareja, porque ella, desde hacía meses, no le daba atención en la cama. Era una forma de castigo porque Agustín no la apoyaba financieramente para que se diera ese gusto. Ella insistía, a pesar de que, a su edad, se veía bastante bien y tenía buenos atributos. Aquella loca obsesión realmente la tenía descontrolada. Se dedicaba a ningunear a las súper modelos de la televisión, diciendo que eran unas flacuchentas de mierda. A veces, se miraba por largo rato en el espejo, para ver si se veía bien entallada, si los pechos se le estaban cayendo, si tenía arrugas nuevas en la cara o canas en el cabello. Daba gritos de espanto cuando se subía a la pesa y descubría, horrorizada, que había ganado cinco gramos de un mes a otro.

Pese a todo ese comportamiento enfermizo, Agustín se negaba rotundamente a malgastar dinero en aquella tontería. Aun así, la esposa se había prometido que, a costa de lo que fuera, se operaría. Por intermedio de una amiga de Río de Janeiro, supo de una clínica que ofrecía un paquete bastante bueno al alcance del bolsillo.

Se le metió en la cabeza viajar hasta allá. Haber conocido al brasileño fue lo que estaba esperando para cometer aquella locura. Pensaba que se había ganado el paquete completo. El hombre la deslumbró. Él estaba dispuesto a cumplir aquel obsesivo capricho y le habló de una clínica en Brasil al alcance de sus ahorros, la misma que le había recomendado su amiga.

Agustín se fue al sur a pasar el trago amargo de la separación de su esposa. De una u otra forma, agradecía que todo hubiese terminado. La relación ya no tenía futuro. Muchas veces pensó en aquella posibilidad sin tener las agallas ni el coraje para hablar con su mujer. Ella, favorablemente, se le adelantó, aunque de forma muy repentina.

Claro que no lograba entender su descaro y, como hombre, se sintió menoscabado. Fue un golpe al corazón, por los años que, a pesar de todo, vivieron juntos. Sin embargo, también estaba harto de calentarse la cabeza junto a ella, quien en los últimos meses le armaba tremendos escándalos cuando dejaba algún pelo en el lavamanos del baño, los zapatos tirados fuera del clóset, si hablaba más de la cuenta durante los fines de semana en la casa o si andaba callado como un burro para que no se molestara.

Una bruja que aún amaba, porque había sido su primera y única mujer. Pero no por eso estaba dispuesto a seguir aguantando y permitir que los años siguieran consumiendo su ser en esa relación de amor y odio que, a esas alturas, lo asfixiaba. En el transcurso de aquel periodo, alquiló el departamento en el palacete y, sin avisarle a nadie, tomó sus pertenencias y se fue de la casa, temiendo que el negro se aburriera de su esposa y la mandara de vuelta.

Por otro lado, los hijos, ya jóvenes e indiferentes a todo, vivían sus propias vidas. A Agustín no le hacía bien seguir viviendo solo en esa casa donde se había amado con su esposa, habían tenido momentos felices y habían nacido y crecido sus hijos. De todos modos, estaría pendiente de los muchachos y de que no les faltara nada, porque eran sus hijos y no tenían la culpa de la separación de sus padres.

Aquella segunda junta con Laura fue distinta. Le pareció una mujer prudente y recatada, que lo escuchaba con atención y respeto. Así fueron pasando los días y, cuando se encontraban, no solo se saludaban, sino que se quedaban varios minutos conversando o tomaban once juntos. Era un placer para ambos reunirse los viernes o sábados por la noche para compartir un buen

vino y charlar como si el mundo se fuera a acabar. Llegaron a echarse de menos cuando pasaban los días y no se encontraban.

Agustín, en todo ese tiempo, no volvió a tener una relación, ni siquiera por diversión. Amaba mucho a su esposa y la separación le produjo un gran desequilibrio emocional que lo tuvo por meses viviendo en el limbo, sufriendo como un pajarro bajo la lluvia, aislado de todo, a la espera de días mejores y con un periodo muy largo de licencia médica. Ante esto, cerró su corazón para no volver a sufrir. Estaba por cumplir medio siglo y volver a enamorarse no lo pensaba ni en sueños.

Pero, singularmente, aquella amistad le hacía muy bien. Se abrían nuevos caminos y nuevas esperanzas. Se sentía inquieto, con ganas de vivir y hacer cosas distintas, comenzando por reordenar aquel lúgubre departamento en el que vivía. Desde poner cortinas más claras para que la luz del día iluminara mejor los espacios, hasta encargar un par de muebles de primera necesidad, ya que, desde que había llegado a vivir ahí, apenas tenía una cama, una mesa para comer y un sillón donde se acostaba a ver televisión. Tampoco había tenido motivación para hacer un buen arreglo, ni mucho menos para ponerse a escribir.

Llamó a un maestro para que le armara una biblioteca donde colocar una montonera de libros que aún tenía embalados en cajas. Así, poco a poco, el lugar fue pareciendo más un hogar. Hasta el gato, al parecer, había renovado sus fuerzas: dejó de andar como sonámbulo por las habitaciones en busca de comida, comenzó a hacer sus necesidades en la caja con arena y dormía todo el día echado en el sillón. Esa era su rutina. A veces arrancaba por la ventana y desaparecía por unos días, para no verle la cara de palo a Agustín cuando llegaba por la tarde después de una larga jornada. Aparecía luego, indiferente, todo rasguñado y con el pelaje recortado.

Para Laura fue agradable y sorprendente conocerlo más en profundidad. Aunque el hijo de su hermana, de siete años, tenía esa condición bastante marcada y había visto a otros niños de la fundación un par de veces, nunca había conocido a un adulto con TEA. Tal vez, en la universidad, más de algún joven padecía lo mismo, pero no se había topado con ellos o, más aún, no lo había notado; menos aún a alguien que se desarrollara profesionalmente dada su particularidad. Laura le tomó mucha estima y respeto, pues le parecía una persona digna de admiración. Comenzó a leer más sobre el tema y fue entendiéndolo a través de testimonios personales de adultos que habían logrado llevar una vida normal en todos los sentidos. Obtuvo más información de la mano de Agustín. Con él conoció herramientas para comprender su mundo y relacionarse mejor con él.

Se preguntaba sobre la relación que su nuevo amigo había tenido con su mujer. Le interesaba saber cómo había sido capaz de sostenerla y seguir con su vida. Pensaba que, con su condición, era más fácil perder el equilibrio emocional y derrumbarse por completo. Creía que, con el autismo, cambiar rutinas y hábitos debía ser muy difícil y estresante. Le atraían su entereza y fuerza de voluntad para haber llegado hasta donde estaba. Le pareció un hombre culto, amable y sencillo. Le gustaba buscarlo por las tardes y conversar con él sobre la vida y temas personales.

De algún modo, coincidían, pues ella también era una mujer separada, con un hijo casi veinteañero y una hija que, siendo muy joven, se había apartado de ella por circunstancias imprevistas. Un hecho que, por cierto, aún la inquietaba y la dejaba mal parada ante la vida. Se cuestionaba si realmente había sido una buena madre, ya que para su familia ella era la culpable de la partida de su hija, por no haber cumplido adecuadamente su rol de madre y esposa.

Su hija comenzó desde muy temprano a ser un dolor de cabeza para el matrimonio. Se rebeló siendo casi una adolescente y empezó a vivir en los excesos. Primero fumaba cigarrillos, luego marihuana, y más tarde comenzó a beber con amigos en fiestas de fin de semana o en discotecas.

En vano fueron los consejos de su madre, quien, a pesar de estar distanciadas y no vivir juntas, permanecía atenta y preocupada por ella. A su padre tampoco le hacía mucho caso. Laura se dio realmente cuenta de lo mal que estaba su hija cuando, un sábado de madrugada, tuvo que partir al hospital tras recibir una llamada telefónica en la que le avisaban que su hija, junto a otros amigos, había sufrido un accidente automovilístico y se encontraba grave. Los muchachos habían estado en una fiesta celebrando un cumpleaños, bebiendo gran cantidad de alcohol mezclado con marihuana. De regreso a sus casas, se volcaron en la Alameda, en Estación Central. El joven conductor se habría desconcentrado y perdido el control del volante.

Esa noche, Laura llegó con el alma en un hilo preguntando por su hija en la recepción del hospital. El padre de la muchacha, que ya se encontraba allí, le contó todo lo sucedido y que, de milagro, su hija se había salvado. Los amigos estaban estables dentro de su gravedad, pero lamentablemente el joven que conducía había fallecido.

Ambos, sentados en el pasillo de la sala de espera, se preguntaron y se dijeron muchas cosas sobre la crianza de los hijos. Se cuestionaban qué habían hecho tan mal para que tomaran malos caminos. El hijo varón hacía tres años que había salido del liceo y aún se preguntaba qué rumbo tomar en la vida.

Al terminar cuarto medio, pidió a sus padres un año sabático mientras pensaba qué estudiar; luego, un año más de preuniversitario que ellos le pagaron. Ya tenía veinte años y aún no se

decidía, mientras su padre debía seguir alimentándolo y vistiéndolo. En otras ocasiones acudía a su madre para pedirle dinero. Laura se preguntaba si realmente había hecho bien al tomar la decisión de salir de la casa. Al menos, eso era lo que el padre de sus hijos le reprochaba.

La muchacha tuvo que permanecer internada durante varios días, a la espera de encontrarse en condiciones para recibir el alta. Cuando llegó el día, su madre acudió al hospital para buscarla y llevarla luego a la casa de su padre, pero, inesperadamente, la joven ya no estaba. En la recepción le informaron que había abandonado el hospital junto a un hombre adulto que había llegado preguntando por ella.

Laura llamó al padre pensando que él se la había llevado, pero no tenía idea de lo ocurrido. Luego contactó a su hermano, a otros familiares y a algunos amigos cercanos, pero nadie sabía nada. Intentaron dar con ella durante varias horas, hasta que, al día siguiente por la tarde, la muchacha se comunicó con su padre para decirle que no se preocupara, que estaba con unos amigos en el Valle del Elqui.

La noticia le inquietó, pero también le causó asombro, pues supuso que debía encontrarse en alguna comunidad del interior del valle. Tiempo atrás, la joven ya había viajado allí. Lo que sus padres no sabían era que, en esa ocasión, prácticamente tuvo que escapar al darse cuenta de que se trataba de una secta de la nueva era. El «maestro», como se hacía llamar el líder del grupo, la había reclutado a través de sus colaboradores para convertirla en una de sus jóvenes esposas. Según él, ella debía dar a luz a su primogénito, quien sería uno de los pacificadores destinados a asentarse en uno de los cuatro puntos cardinales del mundo. La hija de Laura había quedado encantada de aquel amante seductor y de su atractivo físico. Presa de sus encantos

y supuestos poderes, lo siguió junto a otra amiga. Permanecieron allí varios días, hasta que ambas tuvieron que huir debido a situaciones extrañas que ocurrían al interior de la comunidad.

Sin embargo, algo aquel hombre le había hecho, porque nunca logró sacarlo de su mente. Se sentía unida a él de forma espiritual, cautivada por su atractivo y su supuesta fuerza sobrenatural. El maestro se enteró del accidente y acudió al hospital el día del alta. La muchacha, asombrada y enamorada, no entró en razón y se dejó llevar sin decir una sola palabra.

Laura, a diferencia de Agustín, sí había tenido una relación después de separarse, pero fue una experiencia tormentosa que casi la volvió loca, pues el hombre resultó ser arrogante y aprovechador, dadas las condiciones económicas de ella.

Afortunadamente, logró liberarse de aquel patán hacía ya tres años. Desde entonces no había estado con nadie más. A sus cuarenta y nueve años era una mujer atractiva e inteligente. También había cerrado su corazón para no volver a sufrir ni amargarse la vida por nadie. Sin embargo, a veces, por las noches, al ver alguna película romántica, derramaba alguna lágrima al pensar en la posibilidad de enamorarse a esa altura de su vida.

Lo que la sorprendía era que esos pensamientos habían comenzado a aparecer desde que se frecuentaba con Agustín. Aun así, se negaba rotundamente a aceptar la posibilidad de que entre ambos pudiera surgir algo más que una amistad. No, él jamás se fijaría en ella. Aunque en ocasiones se mostraba tierno, amoroso o muy cercano, ella lo atribuía a su forma natural de ser. No podía permitirse confundirse ni malinterpretar sus gestos, ya que él, por su condición, era más sensible y amable que otros hombres. No quería cometer un error. Se estaba convirtiendo en un

excelente amigo y compañero de fines de semana, y no deseaba comportarse como una adolescente confundida.

Hasta entonces, crecía una amistad que los unía cada vez más. Inventaban cualquier pretexto para verse: salir al cine, pasear por el cerro Santa Lucía o recorrer alguna feria artesanal los sábados por la tarde. Aunque la relación se estrechaba, ambos conservaban su independencia. Cada uno sabía hasta dónde llegar para no traspasar los límites del otro. Amaban su vida en solitario y mantenían cierta reserva mutua.

Agustín tenía gustos clásicos y era recatado en todo sentido. Su esposa lo había abandonado, en parte, por esa razón. Parte de su tiempo libre lo dedicaba a ver antiguas películas y a escribir una novela de ficción que había comenzado al llegar al edificio.

Años atrás había escrito una novela que fue publicada por una editorial bastante importante. La obra tuvo buena recepción y la editorial gestionó su distribución en España y México, además de Chile. Su último trabajo había sido una investigación sobre niños con TEA, donde narraba su testimonio en primera persona. Ese libro obtuvo un premio en Colombia.

No perdía la oportunidad de asistir al Teatro Municipal de Santiago para disfrutar de algún evento musical o cultural. Compró dos entradas con la intención de invitar a su vecina a un concierto de guitarra de un músico talentoso que se presentaría un viernes por la tarde. Sin saber si Laura aceptaría la invitación, decidió arriesgarse. Participarían varios jóvenes músicos en proyección, dos argentinos y un intérprete chileno ya consagrado. El concierto buscaba anticipar el ambiente de las fiestas de fin de año, que se acercaban rápidamente.

CAPÍTULO 8

David Vergara apenas cursó un año de derecho en la universidad. Había seguido esa carrera solo por imposición de Felipe de León, no por verdadera vocación. No se negó, por lealtad a todo lo que habían hecho por él y, sobre todo, por la oportunidad de estudiar en Santiago. Sin embargo, de un día para otro mandó todo al carajo para seguir su verdadero llamado.

En 1984 decidió postular al Conservatorio Nacional de Música. Tenía condiciones innatas y bastante talento para llegar a convertirse en un gran músico, tal como lo habían predicho las monjas. Contaba, además, con algo de práctica luego de aprender a tocar algunos instrumentos en las clases de educación musical del colegio.

El interés por la música surgió cuando, en segundo año básico, consiguió una flauta en la biblioteca. Inocentemente, cada vez que tocaba salía a dar vueltas por los jardines y recovecos de pasillos aislados, buscando ratones después de haber leído *El flautista de Hamelín*. En más de una ocasión, los roedores acudieron al llamado y lo seguían, hipnotizados, hasta llegar a un canal de regadío que cruzaban. Allí, los infelices caían boquiabiertos a la corriente por las aberturas de un puente quebradizo.

Más tarde encontró, en un estante de la sala de clases, un cuadernillo básico para aprender piano. Por las tardes se iba a practicar a la iglesia, donde había un piano de cola Steinway traído desde Estados Unidos. Hacia el año 1960, un anticuario lo había adquirido como regalo para el cumpleaños de su nieta

que vivía en Concepción. La muchacha falleció siendo muy joven y el abuelo decidió deshacerse del instrumento: le invadía la pena verlo cubierto de polvo en una sala de música.

De León supo del piano y logró adquirirlo para instalarlo en una de las esquinas de la iglesia. El niño era muy talentoso. Aprendió algunas notas básicas, lo que le permitió acompañar los cantos religiosos durante las misas dominicales.

Años más tarde, junto a otros compañeros, presentó una propuesta a los directivos del establecimiento que consistía en la creación de un periódico que circularía dentro de la comunidad educativa. Felipe y sus colaboradores quedaron sorprendidos y les pareció interesante la idea. Decidieron apoyar a los alumnos con los insumos necesarios para concretar el proyecto. Fue necesaria, entonces, la compra de una pequeña grabadora y una cámara fotográfica, herramientas fundamentales para realizar entrevistas y registros visuales.

Los muchachos cumplían con sus responsabilidades académicas y, en las horas libres, fotografiaban y entrevistaban a medio mundo. Gracias a ese trabajo, mucha información y parte de la historia del establecimiento quedó registrada en las páginas del periódico. Una copia de cada edición se guardaba en las estanterías de la biblioteca. Incluso llegaron a publicar noticias ocurridas fuera de la comunidad escolar que ellos mismos salían a reportear.

Ese oficio los motivaba y les permitía salir de la rutina estudiantil. A David se le pasó por la cabeza postular a periodismo en la universidad, pero sus anhelos de estudiar música prevalecían por sobre cualquier otra cosa.

Aunque De León sabía que el muchacho tenía condiciones y, en más de una ocasión, David le había manifestado su deseo de ser músico, le llenó la cabeza con la idea de que como

abogado tendría un buen futuro. No así tocando la guitarra en escenarios de poca monta, pues —según él— en Chile los músicos se morían de hambre. Le insistía en que se sacara esas ideas locas de la cabeza. Además, decía que los músicos terminaban volviéndose comunistas malagradecidos, sublevando a la gente contra el gobierno.

Con todo, no le convenía desligarse completamente de él. Todos los meses, De León encargaba a uno de sus ayudantes vicarios entregar una mensualidad a David, la cual sería suspendida de inmediato si se cambiaba de carrera. Aun así, el muchacho decidió arriesgarse en aquel engaño piadoso. Después de todo, si lo descubrían, no existía ningún documento formal con el que pudieran reclamarle. Por otro lado, el dinero le llegaba por correo y debía retirarlo en la Estación Central.

Con el tiempo, David ató los cabos sueltos y comprendió que, posiblemente, aquella ayuda tenía otro propósito: mantener su silencio respecto al pasado. Quizás otros alumnos involucrados que vivían en la capital también recibían ese aporte, pero no podía asegurarlo. De todas formas, no pretendía sentirse culpable por aquel fraude. A la distancia, al evocar esa experiencia, fue entendiendo la gravedad del asunto. El cura y sus secuaces eran culpables y tenían que pagar, aunque fuera de ese modo, al menos en ese periodo. Nunca imaginó que, muchos años más tarde, tendría que declarar ante la justicia para saldar lo ocurrido. En ese entonces recién comenzaba a tomar conciencia del peso de lo vivido, cuando el trauma empezó a perturbar, en parte, su estabilidad emocional.

Alrededor de 1985 comenzó a trabajar medio tiempo como auxiliar administrativo en una oficina. Consiguió una beca en el conservatorio y con eso lograba sobrevivir y pagar sus estudios.

Para el año 2007 ya contaba con una buena estabilidad económica: enseñaba música en un colegio particular del barrio alto y estaba haciendo carrera, pues lo convocaban con frecuencia a eventos culturales donde ofrecía conciertos de guitarra clásica. Además, acumulaba varias participaciones en el Teatro Municipal de Santiago.

CAPÍTULO 9

Laura aceptó la inesperada invitación y esperó, como una jovencita, a Agustín aquel día viernes. Se enteró de la presentación de aquel músico en la universidad, pero no lo conocía ni lo había oído antes. En todo caso, no necesitaba haberlo hecho para aceptar la invitación de su amigo. Había asistido otras veces a obras teatrales y a presentaciones de cantantes nacionales con amigas y amigos, pero nunca a un concierto de música clásica. De igual forma, le parecía interesante, distinto y peculiar. Consideraba que era un buen tema de conversación opinar sobre cómo algunos artistas musicales tocaban solo por placer, al menos en Chile, donde no existía una verdadera cultura musical y menos aún un repertorio clásico ampliamente difundido.

A las siete de la tarde el ambiente seguía cálido. Solo una leve brisa recorría las calles de la ciudad. Una hora más tarde, el gran edificio —declarado monumento nacional en 1974 y cuya construcción se inspiró en el estilo neoclásico francés— lucía despampanante en la calle Agustinas. Con más de un siglo y medio a cuestas, terremotos e incendios a lo largo de su historia, aun así seguía renaciendo en gloria y majestad.

Agustín y Laura entraron como dos buenos amantes por la alfombra roja hacia la platea, con un monumental telón de terciopelo rojo frente a ellos. Él intentaba mantener la compostura ante el ruido ambiente y el afinado de los instrumentos, mientras el público se acomodaba en sus asientos.

Imágenes alegóricas adornaban el plafond del salón principal, que representaba el cielo de ese santuario de la música y las

artes escénicas. En el centro, una bella lámpara de ochocientos kilos de bronce, cristales de Baccarat y lágrimas adosadas brillaba esplendorosa, tal como lo hacían los artistas sobre el escenario. El gran firmamento del techo se completaba con un sol en el centro de esa épica representación.

Las presentaciones comenzaron con la Orquesta Filarmónica de Santiago, que inició con *Las cuatro estaciones* de Vivaldi y, posteriormente, interpretó algunas piezas contemporáneas. Los sonidos se entrelazaban de forma mágica, yendo de un instrumento a otro, con suaves melodías que despertaban las emociones de los asistentes y anticipaban un período espiritual y reflexivo.

Un dúo de jóvenes guitarristas, seguramente estudiantes de música de alguna universidad, interpretó cuatro piezas de música docta. Los invitados de Argentina estuvieron estupefactos, hasta que finalmente se presentó David Vergara: el broche de oro, quien expuso cuatro piezas en solitario de música clásica, rematando con *So This Is Christmas* en versión instrumental para guitarra, acompañada por la orquesta filarmónica, en una espectacular adaptación de la —bella y siempre diva— Céline Dion.

El salón se llenó de magia y fascinación. Todos, boquiabiertos, escuchaban extasiados desde las butacas y galerías. Las luces brillaban en su esplendor y un espíritu singular, casi divino, se apoderó de las emociones de los asistentes. Este último tema provocó que el público se pusiera de pie y aplaudiera con fervor el cierre de aquella magistral presentación.

Agustín, sin pensarlo demasiado, no pudo evitar tomar a Laura por la cintura y abrazarla delicadamente mientras le daba las gracias por haberlo acompañado. Por unos segundos quedaron en silencio, pegados uno al otro. Creyeron flotar entre notas

musicales y traviesos pentagramas, con la música aún resonando lejanamente en sus oídos. El mundo se detuvo; se sintieron llenos de esperanza. Afloraron sentimientos que habían quedado congelados en las historias pasadas de cada uno.

Ella, como una traviesa adolescente, sentía ese cuerpo tibio pegado al suyo, en el cual se sentía protegida, distinto a todos los otros que, en algún momento, la habían estrechado. Y él, sintiéndose todavía un bobo, sin percatarse de que, a esas alturas y pese a conocerse tan poco, su corazón estaba dando rienda suelta a un sentimiento que no era precisamente amistoso ni de simple estima. Estaban en la ruta del amor, listos para comenzar de nuevo, aunque secretamente se resistían.

Se sintieron ridículos, porque el tiempo ya había pasado y estaban viviendo casi una segunda vida. Ya no eran jovencitos y cada quien había tenido su oportunidad. Así que, en menos de un segundo, se soltaron, sonrojados y llenos de vergüenza. Además, por sobre todas las cosas, eran solo buenos amigos.

Agustín aprovechó el momento para disimular y se apartó, sacándose los tapones auditivos que se había colocado antes de que comenzara la orquesta. Con ellos aminoraba el volumen de los platillos y tambores, calibrando los sonidos de una forma más placentera. Ella pensó que, tal vez, al ser más empoderada y firme en su carácter, alguna señal le había enviado a través de aquel abrazo y que, simplemente, él no la había captado a causa de su condición.

Agustín y Laura estaban sorprendidos contemplando a David, su vecino del palacete. Se lo habían topado un par de veces, sabiendo que era algún tipo de artista, pero jamás imaginaron que se trataba precisamente de aquel David: un talentoso y reconocido músico chileno. En el edificio era un vecino co-

mún y corriente que pasaba desapercibido, pero sobre el escenario marcaba presencia y estilo; el talento le brotaba por los ojos.

Finalizado el espectáculo, el público comenzó a retirarse lentamente del teatro. Otros esperaban para saludar a David y tomarse alguna fotografía junto a él cuando lograba liberarse de la prensa escrita, que intentaba hacerle algunas preguntas culturales tanto a él como a otros artistas.

Por fin, después de esperar un tiempo, Agustín y Laura tuvieron la oportunidad de saludarlo y decirle lo grandiosa que había sido su presentación, confesándole además lo sorprendidos que estaban, pues no imaginaban que fuera tan famoso. Solo sabían de su trabajo en el colegio. Pensaban que ese era el motivo por el cual lo veían salir del edificio con su guitarra y otros instrumentos musicales. Nunca se les pasó por la mente que se tratara del talentoso David Vergara, muy conocido en Chile y destacado por sus grandes habilidades técnicas, el uso de formas y estructuras musicales complejas y sus extraordinarias presentaciones. No reconocían su rostro, ya que ninguno de los dos lo había visto en televisión, diarios o revistas; solo habían escuchado hablar de él.

Intercambiaron algunas opiniones hasta que finalmente acordaron que sería necesario reunirse a compartir un trago. David quedó encantado. Les dijo que pusieran fecha y hora, y que él asistiría con gusto. Les pareció amable y de buen trato. Aunque era la primera vez que conversaban, lo sintieron cercano, y él también se mostró muy cómodo frente a ellos. La sensación fue recíproca. Habría regresado con ellos a casa, pero tenía un cóctel con los organizadores del evento y otros músicos en un hotel cercano. Aun así, les recalcó que no se olvidaran de la junta.

CAPÍTULO 10

Para el año 2008, las denuncias contra sacerdotes por actos de connotación sexual iban en aumento, y aquellas que habían permanecido archivadas durante largo tiempo en las estanterías comenzaron también a salir a la luz pública.

Los principales acusados eran sacerdotes y obispos provenientes de Europa y Latinoamérica, así como también chilenos que pasaban a engrosar las causas penales. En su mayoría, estos delitos se atribuían a autoridades importantes del clero chileno, quienes estaban en conocimiento de lo que ocurría en regiones, pero que, mediante diversas estrategias, silenciaban las denuncias de las víctimas. Estas, en su gran mayoría, provenían de sectores de bajos recursos y no contaban con el presupuesto ni con el respaldo de estamentos competentes que les permitiera insistir en el tema.

El reportaje emitido por televisión remeció la vida de David. Calculó que lo ocurrido con el cura había sucedido en Osorno alrededor del año 1980. Tras hacer grandes esfuerzos, logró recordar a su excompañero denunciante. Al principio no lo ubicaba con claridad, pues no había sido precisamente de su curso: tal vez iba un nivel más arriba o más abajo. Sin embargo, finalmente lo recordó.

Con mucho esfuerzo y la ayuda de profesionales competentes, había logrado dejar atrás aquellos años, aunque ahora recordaba con total nitidez aquel episodio de infancia ocurrido en el cuarto del cura. Todo volvió de golpe. Su antiguo compañero

estaba denunciando al mismísimo Felipe de León, y lo hacía sin temor ni miramientos, dando a conocer públicamente su experiencia y señalando directamente a su abusador. Cansado de esperar una respuesta del tribunal eclesiástico, decidió llevar la historia a los medios de comunicación. Tiempo después, contactó a David Vergara. Sabía que, posiblemente, él era una pieza fundamental en el desarrollo del proceso. Luego apareció otro compañero, esta vez sí de la misma clase de David, sumándose a la denuncia.

David y ellos recordaban que, en la época de la secundaria, se habían reunido en secreto. Tras conversar, comprendieron que a todos les había ocurrido lo mismo. Sospechaban que seguramente existían más alumnos involucrados. Sin embargo, entonces, siendo apenas unos muchachos, nada podían hacer. Tampoco tenían a quién acudir. Estaban atrapados en ese ambiente; solo les quedaba resistir.

Ya adultos, después de pensarlo largamente y al no recibir respuesta alguna por parte del clero, decidieron buscar a un abogado que estuviera dispuesto a llevar el caso. Fue entonces cuando efectuaron la denuncia ante las autoridades competentes. Aproximadamente veinticinco años después de aquellos hechos, la denuncia y los recuerdos perturbaron tanto a David que tuvo que retomar terapia psicológica. La psicóloga que lo atendió realizó un trabajo muy productivo. Sin embargo, mientras más se hablaba del tema y mayor era la exposición mediática, los años transcurridos parecían venírsele encima. No experimentaba grandes crisis emocionales, pero le resultaba profundamente perturbador pensar que aquella historia macabra había permanecido en secreto y que el cura había seguido libre, probablemente cometiendo las mismas atrocidades.

Se interrogó a sí mismo una y otra vez. Se sentía culpable, cómplice de aquellos actos; cobarde por no haber denunciado cuando comprendió la gravedad de lo sucedido. Sintió miedo por todo lo que había logrado construir. Su carrera podría arruinarse, y peor aún, su trabajo en el colegio con los muchachos. La vergüenza y la frustración lo invadieron. Necesitaba amigos y buenos consejos para enfrentar todo lo que, sin preverlo, se le venía encima.

Había tenido algunas aventuras amorosas con mujeres de las que nunca llegó a enamorarse lo suficiente como para formar una familia. Tampoco mantuvo vínculos de amistad con ellas. Tenía compañeros de trabajo que no trascendían ese rol y algunos amigos músicos cercanos, pero con ninguno se sentía capaz de abrirse y hablar de este tema.

Por primera vez en su vida se sintió realmente huérfano ante el mundo. Sintió la ausencia de aquellos padres que nunca estuvieron. Sabía que su madre había fallecido después de darlo a luz, pues las monjas se lo habían contado en una visita que les hizo cuando cursaba la enseñanza media. Pensó entonces en su padre, en ese sentimiento lejano de la posibilidad de buscarlo. Tal vez aún vivía en algún lugar del sur. Quizá ni siquiera sabía de su existencia, razón por la cual tampoco lo juzgaba.

Después de pensarlo largamente, se armó de valor y decidió buscar a sus excompañeros y unirse a la causa, tal como ellos lo habían hecho. Porque, quisiera o no, aquello iba a traer consecuencias a su vida, concluyó. No podía seguir siendo tan cobarde ni evadir la situación, dejando que otros cargaran con todo.

CAPÍTULO II

Diciembre llegó con un sol pleno y una primavera de colores urbanos que anticipaban las fiestas de fin de año. Así lo anunciaban las gigantografías con hermosas modelos vestidas de pascueras, ofreciendo ofertas navideñas con miradas sensuales. Las vitrinas de las grandes tiendas del retail, junto a otras más pequeñas, competían con diversas estrategias comerciales para vender sus productos, luciendo luminosos adornos propios del período.

El comercio renacía por las tardes. En los tradicionales paseos del centro, algunos coros angelicales salían a cantar villancicos ante los transeúntes que regresaban a sus hogares luego de hacer compras navideñas y se detenían un momento a escuchar. Los árboles ornamentales, vestidos de fiesta, parecían bailar al ritmo de las notas musicales y de las voces de los cantores, cuyos ecos alcanzaban incluso a los rascacielos y a los rincones más lejanos de la metrópolis. Las emociones y el espíritu navideño parecían fluir de forma natural. Se avecinaba un nuevo año, una promesa de nuevas oportunidades para dejar atrás lo que no resultó y volver a empezar.

Para Laura, desde hacía años, la Navidad no era más que una fecha comercial. Aprovechaba la ocasión para llevar cajas de mercadería a familias necesitadas de las periferias de Santiago y algunos regalos a niños vulnerables internados en hospitales públicos. Aquellas fechas le traían recuerdos amargos, desde los tiempos en que sus hijos eran pequeños y aún vivía con su esposo, cuando su familia comenzó lentamente a desintegrarse.

Había tenido un matrimonio en el que conoció el lado más amargo del amor y la complejidad de sostener un núcleo familiar que perdurara en el tiempo con unidad y respeto. Quiso envejecer y morir junto al hombre con el que, a duras penas, intentó levantar aquella familia, pero no hubo un buen final. Dio todo lo que pudo y lo mejor de sí; incluso postergó su carrera cuando nacieron los hijos. Luego los crio para que, finalmente, ya adolescentes, la responsabilizaran del desastre del hogar en el que vivían.

Tenía claro que el matrimonio era de a dos y que cada cual debía hacerse responsable de su rol. Ella quiso cumplir el suyo de la mejor manera, pero sentía que se había equivocado rotundamente, tal como su esposo y sus hijos se lo recalcaron una y otra vez. Por eso, de la noche a la mañana, tomó la firme decisión de separarse y seguir su propio rumbo. No estaba dispuesta a sucumbir sola, escondida, llorando por los rincones de su casa sin siquiera intentar ser feliz.

Su esposo jamás comprendió su frustración al sentir que la vida se les escapaba intentando sostener un hogar que ya no existía. Ambos sabían que lo habían intentado todo y que nada había funcionado. Él trabajaba todo el día y tenía la mente cerrada. Estaba convencido de no ser culpable de nada y atribuía la rebeldía de los hijos a una madre débil de carácter que no supo hacerse respetar.

Aquel había sido su segundo hombre, y lamentó su pérdida porque lo amaba con locura, pero seguir haciéndose daño era una estupidez. Vivían de las apariencias, sabiendo que por las noches cada uno se dormía, indiferente, en su propio espacio.

Sufrió por sus hijos y les pidió perdón por no haber sido la madre que tal vez ellos esperaban. Aun así, asumía sus errores.

No ocurría lo mismo con el padre, quien evadía toda responsabilidad.

Los hijos ya estaban grandes. Nunca los abandonaría. Aunque el cambio le dolió en el alma, ambos se habían dado demasiadas oportunidades y la situación no hacía más que retroceder.

Un día recibió una llamada telefónica que resultó crucial para, al fin, cumplir las metas y sueños que había postergado durante años. Había postulado a un cargo como profesora de literatura en la Universidad Católica de Santiago. En la llamada le informaban que había sido seleccionada y que debía comenzar las clases lo antes posible.

Ni su esposo ni sus hijos estuvieron de acuerdo con que aceptara el trabajo. La negativa fue tan rotunda que incluso la amenazaron con olvidarse de ella si lo hacía. Pero Laura ya había tomado una decisión y no estaba dispuesta a desistir por ningún motivo. Nada la intimidaría lo suficiente como para retroceder.

Gracias a algunos ahorros, logró arrendar aquel departamento en el palacete y comprar lo básico para comenzar de nuevo.

Sin duda, el cambio casi la congeló de nostalgia, porque, de una u otra manera, dejaba atrás la vida que desde joven siempre había querido: el tipo de familia que, al menos, sus padres le inculcaron; la enseñanza de las monjas en el colegio: formar una familia. Sin embargo, comenzaba otra etapa que le abría puertas hacia nuevos horizontes, donde podía desenvolverse en la vida y reclamar aquellas cosas que el tiempo, como un ladrón, le había ido arrebatando con rapidez. Le decía adiós a los prejuicios, adiós a los estereotipos y al sentido común impuesto. Todo podía permitirse, siempre que respetara ciertos límites y

conservara las buenas enseñanzas y valores adquiridos, sin pasar por encima de nadie.

Pero, de pronto y de forma repentina, aquellas fechas comenzaron a parecerle distintas. Sentía el pecho apretado y andaba con las emociones a flor de piel. Recordaba a su hija y se volvía más sensible; incluso una canción navideña en la radio o una película romántica en el cable lograban conmoverla. Estaba más reflexiva que de costumbre, con el impulso constante de replantearse la vida. Volvió incluso el deseo de amar otra vez, de dejarse querer, aun con toda la mala experiencia acumulada en su matrimonio y en lo que vino después.

Su primera pareja había sido solo un amor de juventud, aquel que le permitió salir de su casa: un amor apasionado que la llevó a descubrir los encantos del sexo, a caminar libre cantando bajo la lluvia, a fumar cigarrillos en largas conversaciones, a hacer el amor bajo las estrellas y dormir abrazados sobre la hierba. Así fue ese amor juvenil, hasta que tuvo que poner los pies sobre la tierra y comenzar a madurar, porque tampoco se podía vivir únicamente de amor.

Andaba sensible. Tal vez eran las hormonas. Sus ovarios, seguramente, ya habían dejado de producir estrógeno y la menopausia, como le había dicho el médico, estaba llegando de golpe.

Se sentía especialmente sentimental. Tenía ganas de celebrar la Nochebuena alrededor de una mesa con mantel rojo y candelabros con velas encendidas al centro, brindar en copas de cristal y compartir un buen vino de Isla de Maipo. Ese deseo implicaba invitar a Agustín y a David, con quienes ya había nacido una cercana amistad. Debía hacerlo antes de que ellos decidieran pasar esa fecha en otro lugar o aceptaran alguna invitación distinta.

La junta de aquel viernes sería una buena ocasión para proponerles cenar juntos el veinticuatro de diciembre.

Aquella noche se encontraron en la terraza trasera del primer nivel, la cual habían reservado con anticipación para la cita. Era la segunda vez que se reunían los tres desde que se conocieron y ya se percibía un vínculo amistoso más sólido.

Agustín llegó con prudencia llevando una botella de vino. David apareció algo atrasado, casi media hora después, con el postre en las manos. Se había demorado por culpa de Victoria, quien, a última hora, golpeó su puerta pidiéndole ayuda con la vieja llave del lavaplatos de la cocina, ya que el agua corría sin poder detenerla. David, por no perder su caballerosidad y aunque no tenía idea de gasfitería, acudió a ver el problema, que por fortuna se resolvía simplemente apretando una tuerca del viejo artefacto. Le recomendó cambiarlo pronto, pues en cualquier momento el agua podría salir disparada desde la cañería.

Victoria le ofreció un café aromático que había traído de su país. Se quedaron conversando unos minutos, como ya lo habían hecho un par de veces. De pronto, David recordó la cita y salió apresurado. Se notó intimidado por la joven, que lo miraba con ojos tiernos, como esperando algo más de su parte. Se sintió un imbécil: era un cuarentón con mundo recorrido y ella apenas debía bordear su segunda década de vida. Además, no se sentía atraído por la muchacha.

Laura había preparado un buen picadillo con aceitunas, quesos y otros acompañamientos, además de un pisco sour endulzado con azúcar flor. En el cielo brillaba la luna llena y la noche era cálida. Se encontraron los tres como viejos amigos. Entre bromas y risas, comenzaron la reunión hablando de sus vivencias en la ciudad, compartiendo anécdotas, fumando cigarrillos y bebiendo vino.

CAPÍTULO 12

David, como buen artista, era un poco más liberal que los otros dos y, de una u otra manera, siempre se mostraba crítico del sistema, aunque sin perder los límites. En esa ocasión les contó lo que había vivido aquel invierno de 2002, cuando acudió al Parque Forestal para fotografiarse junto a cerca de cuatro mil personas que aceptaron posar desnudas para el artista Spencer Tunick, aunque dudó mucho antes de decidirse.

Le gustaba hacer cosas distintas y romper con los estándares, pero desnudarse en pleno centro de Santiago lo desconcertaba. Incluso, la noche anterior había tomado la decisión de no asistir, pero un par de amigos lograron convencerlo. La situación le parecía divertida y singular.

La madrugada del domingo despertó a las seis de la mañana y, sin pensarlo demasiado, se alistó para ir. Se vistió de la forma más sencilla posible: un buzo, un abrigo largo encima, un gorro y una bufanda para cubrir parcialmente el rostro y pasar desapercibido. No fuera cosa que algún alumno, la prensa o, peor aún, la directora del colegio lo reconociera en una actividad de ese tipo. Con lo anticuada que era, perfectamente podría llamarlo el lunes a primera hora para reprenderlo con severidad.

Se tomó un café y salió rumbo al parque, donde se reunió con sus amigos. A medida que avanzaban hacia el punto de encuentro, se sumaban otras personas que caminaban en la misma dirección. Personajes de estilos muy distintos, que difícilmente coincidían en la vida cotidiana, iban marcando presencia.

Algunos llegaban en grupos desde discotecas, gritando a todo pulmón:

—¡En pelota! ¡En pelota!

Caminaron hasta un perímetro delimitado por vallas papales. En una calle paralela, que desembocaba en el mismo lugar, se agrupaban cientos de evangélicos con pancartas. Con biblias en alto, gritaban al cielo:

—¡Perdónalos, Señor! ¡Ten piedad de esta generación inmundal!

Decían que Santiago se había convertido en una nueva Sodoma y Gomorra, que el fin estaba cerca.

El tiempo avanzaba y los pocos organizadores hacían grandes esfuerzos por mantener el orden y evitar que la situación se desbordara. No imaginaron que acudiría tanta gente. De pronto, una voz por altoparlante pidió a la multitud comenzar a sacarse la ropa. Era el inicio.

Uno a uno, los participantes se fueron desprendiendo de sus prendas hasta quedar completamente desnudos, soportando apenas un grado de temperatura. David, en medio de la multitud, tuvo un impulso irrefrenable de salir corriendo, tiritando más de nervios que de frío. Miraba a todos lados intentando reconocer algún rostro conocido, más allá de sus amigos.

Mientras recorría el gentío con la mirada, distinguió a alguien familiar: una mujer de espaldas que se desvestía lentamente. No logró confirmar si era quien pensaba; solo alcanzó a fijarse en su cuidada melena rubia. Se desplazó unos pasos para intentar ver su rostro, pero la perdió entre los cuerpos desnudos que se confundían unos con otros.

Algunos reían ante la situación, sorprendidos de verse expuestos. Una vez todos desnudos, recibieron instrucciones para la primera fotografía frente al Museo de Bellas Artes y luego

para otras a un costado del río Mapocho, donde cientos de curiosos y periodistas observaban y registraban la escena.

—Fue una experiencia liberadora —les dijo David—. Nos olvidamos de los colores políticos, de si eras gordo o flaco, con o sin dinero, negro o blanco, mujer u hombre. Éramos todos iguales, literalmente como Dios nos trajo al mundo. Las intimidades pasaron a segundo plano. Fue como desprendernos de lo que llevábamos encima y mostrarnos tal cual somos. A veces los accesorios solo perturban el alma y el corazón; son disfraces que nos obligan a encajar en un mundo que se cree perfecto, siguiendo el sentido común y usando caretas.

—Vaya que liberador —dijo Laura.

Después de la toma de fotografías, la muchedumbre se relajó. Algunos comenzaron a bailar, otros a saltar para entrar en calor; las parejas, de diversas índoles, experimentaron cosas distintas, y otras se internaron entre los matorrales. Después de todo, hacer el amor bajo esas circunstancias era algo que solo ocurría una vez en la vida.

David, junto a sus amigos, caminó en busca de sus ropas. En ese momento, ahí, frente a frente, quedó estupefacto al encontrarse con la mujer de melena rubia. Era algo petiza y la gravedad había hecho lo suyo con algunos de sus atributos femeninos. Sin embargo, de manera automática, dirigió la mirada al pájaro entumido de David, antes de que este, rápidamente, se llevara las manos para cubrirse.

Era la señora Clara Ferrada, directora del colegio, quien quedó paralizada frente a su subordinado. Entonces atinó a llevarse una mano a los senos y la otra ahí abajo y, entre una risita totalmente fingida, se dirigió a David.

—Buenos días, David. Qué sorpresa encontrarlo por acá —le dijo con una voz débil que apenas salía de su garganta—. Mañana nos vemos.

Y prosiguió su camino, perdiéndose rápidamente entre la gente.

En la velada también hablaron de la contingencia nacional. Se refirieron al tema de la Iglesia católica y a las denuncias efectuadas, muchos de cuyos casos salían a la luz varios años después. Puntualmente, hablaron del reportaje televisivo: de cómo la jerarquía eclesiástica encubría a sacerdotes pederastas de parroquias locales, trasladándolos a otras zonas. En todo caso, la situación era pan de cada día en las diócesis de muchos países, y el Vaticano no estaba ajeno a estos procedimientos. Ante esto, se encargaba a los cardenales de cada país simplemente trasladar a los curas pedófilos y, así, solapar a los abusadores y obstaculizar las investigaciones. No esperaban que los niños, ahora adultos, fueran a tener el valor de denunciar.

David escuchaba atentamente. Sus amigos no imaginaban que él había sido víctima directa, junto a otros de su generación; que el reportaje televisivo era parte de su propia historia. Aquella noche no tuvo todavía el valor ni la confianza necesarios para sincerarse con ellos. Recién estaba digiriendo el asunto para tomar la decisión de unirse a sus excompañeros y denunciar. Era muy pronto para hablar de aquello, sobre todo porque a nadie se lo había dicho. Solo a su psicóloga. Sin embargo, sabía que llegaría el momento en que todo saldría a la luz. Ellos se iban a enterar de cualquier modo.

—Habría que estar en los zapatos de las víctimas para entender las cosas. Aquellos jóvenes, según tengo entendido, prácticamente se criaron con los curas en Osorno; no conocían otro

mundo —opinaba Laura—. Bien sabemos el contexto de la situación. Felipe de León era todo lo que algunos tenían.

—Pero ya tenían edad como para darse cuenta de lo que hacían —señalaba, por su parte, Agustín—. Seguro que el cura no les puso una pistola en la cabeza para obligarlos a participar en esos enredos. De todas formas, el asunto es complejo, porque eran menores de edad y el cura seguramente les embolinaba la perdiz —finalizó.

David no manifestó su opinión. Se limitó a escuchar, ya que, por ahora, el tema lo superaba un poco. Hablar de ello lo hacía retroceder en el tiempo, al momento exacto de los acontecimientos. Se sentía culpable por no haber hablado antes y por no haber evitado que lo mismo se repitiera con otros alumnos.

De igual manera, estaba analizando todo. Repitiendo una y otra vez cómo, junto a sus compañeros, habían sido víctimas. Cuántos niños y adolescentes más habrían corrido la misma suerte antes o después de ellos. En su momento no pudieron ver más allá; no tuvieron la voluntad para negarse ni la valentía para hablar.

Ahora sí tendría que armarse de valor. Había comprendido que la situación era grave, que los hechos debían esclarecerse, tal como se lo había recomendado su psicóloga. Su testimonio sería de gran relevancia para desenmascarar a los culpables y marcar el camino hacia la justicia.

Finalmente, los amigos concluyeron que la adolescencia puede ser crucial en el desarrollo físico, emocional y sexual de las personas. Los jóvenes comienzan a explorar cuando se dan las condiciones para hacerlo. La posible confusión es parte del proceso de cambio, más aún cuando, en la época moderna, la educación sexual sigue siendo muchas veces un tabú y no se

aborda como corresponde. Además, el ambiente en el que vivían aquellos jóvenes de Osorno jugó un papel fundamental en todo lo sucedido. Los curas se habían apoyado en su autoridad religiosa, utilizando la fe e imponiendo una voz de respeto y obediencia frente a niños y adolescentes que, además, se encontraban en condiciones vulnerables.

El tema no se alargó más de la cuenta y pronto derivaron hacia otras conversaciones. David sabía bien que cada quien tendría su propia opinión. Tampoco iba a ir por la vida lamentándose ni haciéndose la víctima. Gracias a Dios, el asunto no le había provocado traumas psicológicos tan intensos como para amargarle la existencia.

Hablaron de temas triviales, de situaciones cotidianas de cada uno y, finalmente, de manera cercana, se refirieron a sus propias vivencias y a cómo los caminos de la vida los habían hecho converger en ese punto exacto. Pensaban que tenían la misión de descubrir por qué estaban ahí y cuál sería el rumbo a seguir después de haber atravesado la primera etapa: la de encontrarse en esa ciudad caótica, en ese país tercermundista, en la cola del mundo.

Eso era lo que deducían mientras cada uno compartía su historia. Imaginaban que el universo, la vida o algún ser superior los había reunido; tal vez el hilo rojo de la leyenda oriental, que no necesariamente nos conecta desde el otro lado del mundo con el ser amado, sino también con amistades que, por algún motivo, están destinadas a encontrarse.

Allí, los tres, de una u otra manera, se abrieron y dejaron ver su corazón, aun cuando no estaban preparados para hacerlo.

Agustín se exployó sin vergüenza y socializó sin trabas, hablando de sus emociones y frustraciones de forma natural, como

rara vez lo había hecho en su vida. Ni siquiera con su esposa, durante los años que estuvieron juntos, había sido tan abierto.

Solo a ratos se quedaba en silencio, divagando en otras cosas y observando a su alrededor, aunque siempre atento a la conversación. Fiel a su condición, observaba cómo Laura escuchaba cuidadosamente a David cuando le tocaba hablar; parecía fascinada de haberse hecho su amiga. Lo percibía frágil y sereno, aunque pensaba que eso debía tener relación con sus dotes de buen artista.

Quién como él, capaz de despertar un corazón congelado por los golpes de la vida con el dócil sonido de una cuerda musical, pensaba ella mientras lo escuchaba.

Agustín, como buen observador, captó una mirada de apego en Laura mientras David hablaba: reía y se mostraba especialmente condescendiente con él. Sintió algo de celos, aunque bien intencionados. Le extrañó que, en tan poco tiempo, esos dos se hubieran vuelto tan cercanos. Incluso se le pasó por la cabeza que perfectamente podrían enamorarse y construir una buena historia de amor. Nada lo impedía, pues ninguno tenía compromisos sentimentales.

A pesar de sus esfuerzos por seguirles el ritmo, por unos segundos sintió que no encajaba ahí, que debía dejarlos solos, como si la conversación les perteneciera solo a ellos. Pero eran sentimientos infundados que, en ese momento, parecían traicionarlo, aislándolo, reduciéndolo a un polluelo. Fue tal la sensación que, torpemente, llenó su copa de vino y se la bebió de un trago. Así logró recomponerse, volvió a encajar y retomó el hilo de la charla.

No hizo falta que David conociera demasiado a Agustín para conectar con él con facilidad, pues compartían el gusto por la música. Incluso, David ensayó algunas piezas del agrado

de Agustín, quien lo escuchaba con atención mientras este las interpretaba.

La primera vez que se encontraron en el teatro, David no notó nada en particular que delatara su condición; sin embargo, tiempo después, fue el propio Agustín quien les habló abiertamente de su autismo. Para él y para Laura resultaba interesante y valioso tenerlo como amigo y habérselo encontrado en el camino.

Comenzaron los tres una relación de amistad muy particular y, aunque Agustín no se daba cuenta, de una u otra forma quisieron estar a su lado y protegerlo en secreto.

Por momentos, cuando estaban juntos, lo notaban distante o ensimismado, como si divagara entre las nubes. Aun así, veían que seguía el hilo de las conversaciones, opinando de manera prudente y recatada. David veía en él a ese familiar o hermano que nunca tuvo y se esmeraba en escucharlo con atención. Además, cada vez que se saludaban lo hacían con un abrazo cálido y fraternal.

Una vez graduado del conservatorio de música, David se entregó de lleno a su trabajo en el colegio. Pensaba que, finalmente, ese sería su oficio en la vida, pues además era buen pedagogo y tenía buena llegada con los muchachos. Era un trabajo estable y la paga no estaba mal. Sin embargo, poco a poco comenzó a dar conciertos en pequeños festivales de música y, con el tiempo, productores de eventos de nivel profesional empezaron a llamarlo para presentaciones. También concedía entrevistas a medios especializados en cultura. Todo aquello hizo que, progresivamente, fuera consolidando su carrera como concertista.

Hasta entonces había tenido solo una relación amorosa estable, que duró tres años, cuando aún estudiaba; aunque pretendientes no le faltaban. En ese tiempo creyó estar enamorado,

pero la muchacha terminó aburriéndose, pues él andaba de aquí para allá y la relación nunca logró afianzarse. A mitad de su carrera musical, un profesor del conservatorio lo invitó a participar en un festival de música en Viena, contactándolo con los organizadores. Durante ese viaje se quedó más tiempo del acordado, dejándose seducir por los encantos de la ciudad. Incluso olvidó que en Chile tenía una mujer que lo esperaba.

Fue allí donde conoció a una joven puertorriqueña que recorría el mundo. Era simpática y agradable, con un encanto natural, casi angelical. Ella lo había visto tocar en el teatro y, al día siguiente, de casualidad, coincidieron en un restaurante del centro de la ciudad. Fue ella quien decidió abordarlo y comentarle que había asistido a su presentación en el Teatro Imperial. Algo los llevó a encontrarse, pues conectaron desde el primer momento, aun siendo dos desconocidos en una ciudad ajena y fascinante.

David, de manera cortés, le ofreció un café, el cual ella aceptó de inmediato. Pasaron la tarde conversando como dos viejos amigos. Ella tenía alrededor de veinticinco años y se llamaba Isabella. Había terminado la carrera de abogada en su país y, antes de iniciar su vida laboral, decidió viajar por el mundo, aprovechando que sus padres contaban con los recursos necesarios. Quería darse ese lujo antes de pensar en casarse o formar una familia.

Por su parte, David le contó parte de su historia y la invitó a la siguiente presentación que tendría en la ciudad, pues había clasificado entre los cinco primeros lugares del festival de verano. Isabella asistió aquella noche y, durante los días siguientes que ambos tenían disponibles, decidieron acompañarse. Durmieron juntos en el hotel sin ningún compromiso amoroso que los atara. Aquel encuentro fue algo fuera de lo común, un fuego

ardiente que los envolvió y los encendió, por lo que se limitaron a aprovechar el momento que la vida, generosa, les concedía. La pasión y el deseo afloraron sin medir consecuencias.

Fueron días intensos y refrescantes. Ninguno de los dos tenía compromisos formales y ambos preferían evitar las ataduras, lo que hizo aún más perfecto ese encuentro audaz. Agradecían al universo por haberlos hecho coincidir. Parecían adolescentes descubriendo los encantos de la pasión. Fue una experiencia épica en esa ciudad apoteósica.

El festival concluyó y David clasificó entre los tres primeros lugares. A Isabella, en cambio, se le acababan los días en Austria y se preparaba para viajar a París, su siguiente destino. Así terminaron aquellos días intensos; cada uno tomaría su propio camino. Surgieron sentimientos encontrados al pensar que no volverían a verse, aunque, en el fondo, ese había sido el acuerdo implícito desde el momento en que decidieron pasar juntos esos días como una pareja de enamorados. La nostalgia los inquietó. Estuvieron a punto de confesarse que se necesitaban y prometer que seguirían viéndose, pero la realidad se impuso: cada uno tenía su vida en distintos países y aquel encuentro había sido solo una estrella fugaz. Nada más.

A la mañana siguiente, David despertó en la habitación del hotel dispuesto a abrazar a Isabella, pero ella ya no estaba. Le había dejado una nota de despedida sobre la almohada. Iba camino al aeropuerto para volar a Francia. El único testigo de ese encuentro sería una fotografía que se tomaron en los jardines de una abadía que visitaron juntos. Esa misma tarde, David tomaría su propio vuelo de regreso a Chile.

Al volver, la joven chilena con la que mantenía la relación lo mandó a freír monos: no estaba dispuesta a seguir soportándolo en esas condiciones. Además, él parecía prestarle más aten-

ción a su colección de guitarras que a ella. Ya le habían advertido que emparejarse con un músico era entrar en un terreno emocional complejo. Quién sabía si, en alguno de sus viajes, no habría conocido a otra mujer a la que, sin escrúpulos, hubiera estrechado entre sus brazos.

Ante la decisión de la muchacha, David no se inmutó. Estaba cansado de sentirse atrapado; su corazón de pájaro libre comenzaba a apagarse y su espíritu a desfallecer. Descubría, poco a poco, que los compromisos amorosos lo ahogaban. Aun así, Isabella seguía rondando su mente: un amor fugaz que removió su corazón más de lo que jamás imaginó.

Después de eso tuvo algunos enredos pasajeros, que no pasaban de ser solo eso: episodios breves. Amores intensos que llegaban, se quedaban un tiempo y luego los dejaba partir cuando percibía que ellas querían algo más formal o que los sentimientos comenzaban a involucrarse más de la cuenta.

Ya eran las dos y media de la mañana cuando miraron la hora en el reloj. La conversación había sido lúdica y entretenida. No se dieron cuenta de que habían pasado la medianoche hablando, fumando cigarrillos y brindando por haberse encontrado los tres en esa etapa de la vida en que cada quien cargaba una historia que había quedado atrás. Ahora, en una edad madura, arrastraban experiencias amargas y buenas, y estaban intentando escribir otra. Contaban con nuevas herramientas emocionales para equivocarse menos y con perspectivas más claras para no sucumbir a medio camino. Brindaron por la amistad y por ese propósito que los había reunido, sin saber con certeza cuál era, pero convencidos de que, con el tiempo, lo descubrirían. Algo especial los había juntado, concluyeron los tres.

Ya era hora de irse a la cama. Escucharon la invitación de Laura para pasar juntos la Nochebuena y ambos aceptaron con

agrado. David, por esos días, tenía un par de conciertos navideños; sin embargo, la noche del veinticuatro estaba desocupado y no tenía otro compromiso. Los hijos de Agustín pasarían la fecha con sus respectivas parejas, y él tampoco tenía otro panorama. El hijo de Laura estaría con su padre fuera de Santiago, y de su hija, por el momento, no había mucho que decir. Así, quedaron entusiasmados con la idea de reunirse. Incluso jugaron un amigo secreto, improvisando papeletas con unas servilletas que Laura cortó y en las que escribió las iniciales de cada uno. A media luz y con las manos temblorosas por efecto del vino, logró escribir a medio filo con un lápiz que Agustín llevaba en la cartera de su camisa.

En los días previos a Navidad, cada uno estuvo absorbido por sus obligaciones, que en esas fechas no eran menores.

Laura se dedicó a preparar, tomar y revisar exámenes en la universidad. Luego debía dirimir el rumbo de los estudiantes, muchos de los cuales llegaban llorando, pidiéndole compasión y solidaridad con las calificaciones, pues dependían de eso para salvar el año. Si bien era flexible, sabía quiénes realmente merecían una segunda oportunidad y quiénes, por soberbia o descuido, se habían farreado el ramo.

Después anduvo de aquí para allá recorriendo tiendas para comprar los regalos. Se hizo un tiempo para reunirse con su hijo, conversar y tratar de recomponer la relación de madre e hijo que les había resultado tan difícil sostener. Pensaba también en su hija, en las circunstancias en que se había alejado de ellos. Aunque la muchacha, por esos días, se comunicó con su madre y conversaron largamente. Le habló de los encantos del Valle del Elqui, del sol majestuoso renaciendo cada mañana en el horizonte y de las noches estrelladas que infundían un sentimiento casi celestial. Decía que no existía un lugar mejor para vivir. En

la comunidad no le faltaba nada; lo más importante era que su alma y su mente lograban equilibrarse en ese entorno y que allí había encontrado la paz, lejos de lo mundano de la ciudad que la abrumaba y reprimía su yo interior. Sentía que su destino estaba marcado en los confines de esa tierra mágica y que había escuchado, en buena hora, el llamado espiritual. Le confesó que la primera vez que huyó de la comunidad lo hizo por rebeldía, sin comprender aún que su lugar estaba allí, al menos hasta que se cumpliera la predicción del año 2030.

Aunque Laura percibió a su hija tranquila y resuelta, no pudo evitar sentirse intrigada por el rumbo que había tomado. Le parecía un pensamiento ilógico y estaba convencida de que, de algún modo, le habían lavado el cerebro.

Aprovechó el encuentro con su hijo para entregarle el regalo, sabiendo que en Nochebuena estaría fuera de Santiago. Esa tarde derramó más de una lágrima frente a él, pues sus emociones subían y bajaban sin control. Se abrazaron como pocas veces antes y se pidieron disculpas una vez más por las discusiones pasadas, por los gritos, las ofensas y las culpas cruzadas, por no haber logrado mantener a la familia unida a pesar de los contratiempos. La partida de su hija había terminado de sellar ese periodo amargo y gris.

David, por su parte, corría como loco para finalizar el año escolar con sus alumnos y, por las tardes, acudir a actividades musicales en las cuales había adquirido compromisos. Partió en avión en una escapada fugaz para dar un concierto en el Teatro del Lago, en Frutillar, en un festival de Navidad. Por esos días se contactó con sus amigos para hablar respecto de la situación del cura. Quedaron en juntarse a finales de febrero y así iniciar aquel proceso que, sin duda, iba a cambiar su vida. Tenía claro

que sería engorroso y de mucho desgaste emocional. Para eso se estaba preparando y calibrando muy bien las cosas. Quería gritar a los cuatro vientos lo que había pasado; por lo menos que alguien lo escuchara, recibir alguna opinión que lo ayudara o, simplemente, un buen abrazo apretado que lo reconfortara.

Agustín también pasaba por las tiendas una vez que salía de la fundación por la tarde; sin embargo, rápidamente el gentío lo abrumaba y no alcanzaba a comprar lo que llevaba en mente. Daba media vuelta e iba a escabullirse de regreso a su piso. A veces se encontraban por las escaleras o los pasillos y pasaban a uno de los tres departamentos a compartir un café. Conversaban un poco, aun con el ajetreo de cada uno. A pesar del cansancio y el estrés citadino, natural en aquella época, reunirse los reconfortaba aunque fuera por un instante. Aprovechaban de reír y contar sus cosas.

CAPÍTULO 13

Felipe de León nació en España en 1930, casi en medio de la Gran Depresión mundial. Nueve años después fue refugiado español en tierras francesas junto a su familia, tras el término de la Guerra Civil española en 1939. Desde ahí fueron embarcados en el vapor Winnipeg, junto a 2200 refugiados del país galo, con dirección a Valparaíso. Quien estuvo a cargo de la gestión fue Pablo Neruda, nombrado cónsul especial por Pedro Aguirre Cerda para guiar el proceso de inmigración de aquellos refugiados españoles, quienes, después de un mes de travesía, llegaron a costas chilenas.

Junto a la familia de De León, 1200 personas fueron trasladadas en ferrocarril hacia la capital y distribuidas en Santiago y regiones del sur, como ocurrió en el caso de Felipe de León y su familia, quienes llegaron a la ciudad de Osorno.

Aquella gran depresión financiera también estaba afectando fuertemente a Chile, que no escapó a los coletazos que el período dejó en el sector económico. Produjo la caída de la exportación del cobre y del salitre, lo que, en consecuencia, causó el derrumbe de la economía interna.

Posteriormente vinieron las protestas en contra del mandatario de turno, Ibáñez del Campo, quien finalmente se vio obligado a partir al exilio en julio de 1931. Esto trajo consigo una profunda crisis política en la nación.

El niño De León cursó sus estudios básicos y medios en un colegio católico de la ciudad y, desde ahí, decidió integrarse a

un seminario para seguir su verdadero llamado como sacerdote. Inició su vida religiosa como vicario en algunas parroquias del sur hasta que, por encargo del obispo, tomó la dirección del colegio e internado San Francisco de Asís, en Los Robles, junto con la iglesia parroquial ubicada en la misma dependencia.

Tras la denuncia que David, junto a sus compañeros, realizaron en la justicia civil con la ayuda de un abogado en contra del clérigo, un fiscal asumió la investigación. Las autoridades eclesiásticas no cabían de asombro cuando se enteraron. Determinaron que era necesario ir a Los Robles y resguardar a De León, quien, en la actualidad, todavía permanecía como párroco de la iglesia y era asistido por un joven vicario trasladado desde Santiago. Los dos vicarios anteriores hacía años que habían emigrado hacia otras diócesis para dirigir sus propias congregaciones.

Felipe, de casi ochenta años y con una mente aún totalmente ágil, recibió con gran asombro la noticia. Jamás se imaginó que, después de tantos años, esos pobres diablos sacarían a la luz aquellos hechos. Ya casi no se acordaba de los muchachos, pues tuvo que esforzarse para reconocerlos en los anuarios antiguos del colegio. Eso fue lo que declaró, después de haber sido sentenciado, a un periodista que lo entrevistó en el hogar donde había sido recluido tras recibir el veredicto del Vaticano.

La noticia causó bastante revuelo en los medios, puesto que, aunque el tema se venía comentando, no se le había dado la importancia debida. La denuncia del exalumno permaneció durante mucho tiempo en secreto por parte del tribunal eclesiástico y de figuras importantes de la curia sacerdotal que, de una u otra manera, lograron encubrir la situación.

La denuncia civil cambió el rumbo de las cosas y fueron los propios muchachos quienes, mediante una entrevista en un

canal de televisión posterior al reportaje, sin pudor ni vergüenza, declararon que llegarían hasta las últimas consecuencias para esclarecer los hechos y hacer que los culpables pagaran. Si antes no lo habían hecho, había sido por temor a ser señalados.

Ahora, ya maduros, podían enfrentarse al cura y a los dos vicarios que tuvieron gran relevancia en todo el asunto, puesto que sabían de las perversidades del párroco y lo secundaban en todo. Con ello quedaría saldada por completo aquella situación que, lamentablemente, permaneció resguardada por tantos años en las habitaciones de aquel internado.

Aunque el delito era de muchos años atrás y ya había prescrito, no querían seguir callando. De León seguía ejerciendo como si nada en el pueblo de Los Robles. Frente a la magnitud del caso, abogados señalaban que era fundamental eliminar la prescripción de las faltas en materia penal, ya que, en consecuencia, esta fomenta todo tipo de delitos. Las personas son responsables hasta su muerte de los actos delictuales cometidos en vida.

El *delicta graviora*, que regula las conductas de los miembros de la Iglesia católica, parecía no estar causando ningún efecto positivo. Este texto había sido promulgado en 2001 por el papa Juan Pablo II y revisado en 2010 por Benedicto XVI.

En 2010 se descubrieron casos tan impactantes como el del sacerdote mexicano Marcial Maciel, quien cometió cerca de sesenta agresiones sexuales a menores de edad, o el del propio Fernando Karadima, cuyos trapos al sol salieron a la luz ese mismo año, con una serie de abusos sexuales a jóvenes feligreses de su parroquia en Santiago de Chile.

Ante esto, David y sus amigos se dieron cuenta de que no eran los únicos, ni en Chile ni en el mundo. Su caso era tan grave como los ya mencionados. Otros hechos de gran enverga-

dura se conocieron a principios de los años noventa en distintos países. El padre Michael Teta, por ejemplo, de Arizona, Estados Unidos, fue acusado de abusar de niños de entre siete y nueve años en el propio confesionario de la iglesia, cuando se preparaban para su primera comunión. Aun así, el cardenal Ratzinger, desde la Santa Sede, indicó que se encargaría del caso cinco años después de efectuada la denuncia. Sin embargo, durante ese período de investigación, el acusado continuó trabajando con menores en la iglesia.

Ante la bullada contingencia del caso de De León, surgieron opiniones divididas entre los devotos del catolicismo, quienes, llorando, defendían al monseñor en el pueblo, asegurando que el castigo de la Virgen caería sobre aquellos que intentaban perjudicarlo. También había personas comunes y corrientes que opinaban que los cabros pelotudos ya tenían edad suficiente, que eran conscientes de lo que hacían, que contaban con plenas facultades para distinguir lo bueno de lo malo y que tenían poder de decisión para haberse negado ante el cura. Otros, en cambio, enviaban mensajes de apoyo para que cayera el castigo divino y terrenal sobre el responsable, quien, seguramente, había seguido cometiendo abusos. No era posible que, a pesar del tiempo transcurrido, quedara impune ante la ley.

CAPÍTULO 14

David escogió la noche de Navidad para sincerarse con sus amigos, pues sintió que era un buen momento para hablarles del tema, aunque estaba lleno de temor y vergüenza. Pensaba en la reacción que ellos tendrían. Aun así, se armó de valentía y les habló de principio a fin sobre todo lo que había pasado y de las circunstancias por las cuales fue a parar al internado.

Laura y Agustín, un poco asombrados, escucharon el relato y le ofrecieron todo su apoyo en cualquier cosa que necesitara, pues para eso estaban y pensaron que por algo habían coincidido allí, en el palacete. Aquella noche cenaron carne mechada con vino tinto y estuvieron riendo y hablando como viejos amigos de antaño, contándose penas y secretos como otras veces.

David los deleitó con algunos acordes musicales, dado que había llevado una de sus guitarras. Tocó algunas melodías clásicas de cuando empezó en el conservatorio, en una época en que, por cierto, el país atravesaba un período político bastante turbulento. Los artistas eran foco principal de rebeldía, ya que expresaban el descontento de la gente bajo la dictadura del régimen que imperaba. Fue a mediados de los años ochenta cuando David se vio, sin querer, involucrado en más de una situación al ser estudiante del conservatorio, de las que siempre lograba salir airoso. En esa época, la música popular tenía gran relevancia en la sociedad chilena. Las letras de los cantores estaban enfocadas en temas sociales y representaban el descontento de los grupos que no eran adherentes al régimen de Prath.

Muchos artistas, escritores, actores o músicos tenían fuertes vínculos con los partidos de izquierda. Así fueron los comienzos de David en la música, en un tiempo en que los artistas denunciaban el descontento de la gente. David se vio involucrado y afectado muchas veces, incluso de manera directa, en las revueltas clandestinas de Santiago.

Un día, a medianoche, fue invitado a tocar en un bar de Bellavista junto a un par de músicos, como tributo a Víctor Jara. Era septiembre. David siempre le tuvo mucha admiración, por lo que no pudo negarse, a pesar del riesgo. El bar era minúsculo y se ubicaba en un estrecho pasaje, iluminado por las tenues luces de los postes eléctricos.

A eso de las once de la noche, subió a la plataforma con guitarra en mano. Interpretó *Te recuerdo Amanda*. Se manejaba perfectamente con las cuerdas. Entre chiflidos y gritos, fue aplaudido por la concurrencia. Había faroles a media luz en las paredes y el humo de los cigarrillos llenaba el ambiente. La armonía se rompió cuando, de un momento a otro, alguien avisó desde la entrada que venía un carro de policía. Inmediatamente, se apagaron las luces y, de forma silenciosa, todos salieron por la puerta de atrás, que daba a un pasadizo que terminaba en un sitio eriazo.

David, un poco confundido, lo único que hizo fue seguir a un muchacho que lo tomó por el brazo y lo condujo junto al grupo. «Vamos, compañero, sígame por acá», fue lo que escuchó, y así prosiguió junto a ellos. Más allá, algunos tomaron rumbo hacia sus casas y él, junto a otros, casi sin aliento, llegó a la esquina de una calle solitaria, donde esperaba un camión tres cuartos al que se subieron por atrás. Allí había frazadas, cigarrillos, bebestibles y comida.

Estaba un poco asustado. En el grupo solo conocía a quien le había hecho el contacto para ir a la cantata. Sin embargo, pronto se sintió en confianza, pues los otros jóvenes eran amigables. Le ofrecieron café y una frazada para que se cubriera. Sentía un frío seco desde las latas del camión.

Lo único que podía hacer era irse con ellos, ya que regresar a su casa sería riesgoso. Podía fácilmente ser apresado por la policía que rondaba las calles ese fin de semana.

El vehículo prosiguió a unos ochenta kilómetros rumbo a uno de los litorales centrales, mientras los muchachos de atrás fumaban marihuana y hablaban de la contingencia actual: que había que seguir luchando por la causa y que era necesario convocar a un posible plebiscito para derrotar al general y terminar de una vez con la dictadura. Otro rasgueaba la guitarra, tarareando una canción de Violeta Parra.

Cerca de tres horas después, entraba la brisa del mar hacia el cubículo y se escuchaba el oleaje distante golpeando las rocas, junto al graznido de algunas gaviotas en el cielo. Subieron hasta el pico de una loma y desde ahí continuaron hacia abajo, hasta que el camión estacionó en tierra plana. Los muchachos bajaron: algunos somnolientos, otros entumidos, y entraron a un viejo caserón. Prontamente, cada quien armó su saco de dormir, tiraron frazadas sobre las camas en diferentes habitaciones y, al rato, se durmieron, pues eran casi las tres de la mañana y habían llegado muy fatigados.

Al otro día, David se levantó muy temprano, ya que los rayos de sol se filtraban por los visillos de un ventanal de la pieza donde se había dormido. Caminó hacia la parte trasera de la casa, que lo condujo a una gran terraza desde la cual se podía observar abiertamente el mar y el oleaje salpicando en la orilla.

Fue una Nochebuena hermosa para los tres. Cada uno ya estaba viviendo su segunda vida; las cosas se veían desde otro punto de vista y aprovechaban lo simple: hacer planes juntos o, simplemente, los momentos que la vida les ofrecía. Se rieron cual adolescentes empezando a descubrir el mundo. Brindaron por el amor que los había dejado mal parados en el camino, pero que, aun así, mantenían la esperanza, aunque no estuviera en sus planes rehacer su vida sentimental ni emparejarse de manera formal. Se negaban a la posibilidad de volver a enamorarse y construirse un hogar en compañía.

—Aunque nos neguemos al amor, este puede aparecer en el momento menos imaginado —opinaba Laura, mientras agarraba la copa y tomaba un sorbo de carmenere, de intenso aroma a frutas maduras y un sabor que recordaba a nobles maderas.

—O puede estar enfrente de uno y, conscientemente, nos hacemos los ciegos —concluyó Agustín, dejando una estela de interrogantes en el aire.

A pesar de sus reflexiones, ninguno de los tres quería enfrascarse en una relación seria a esas alturas: solo pasajeras y sin compromisos, porque así es la vida. A medida que pasa el tiempo, nos acostumbramos a disponer de él y de nuestros sentimientos. El amor flota en el aire, en un encuentro fortuito en un país desconocido, y lo dejamos escapar. En el despertar de Laura y Agustín, esa fascinación los tenía volando por los aires en secreto, pues se resistían y ninguno quería doblegarse.

Agustín fue a la cocina a tomar un vaso de agua fresca del refrigerador. Allí se quedó sentado, contemplando a los otros dos conversando. Laura era una mujer jovial y fresca, con mucho desplante y bien parecida, sin rollos a esas alturas de su vida, pensaba Agustín mientras los observaba. Se preguntaba cómo

era posible que estuviera sola, si seguramente pretendientes no le faltaban. La sentía completa y empoderada en un país machista y reacio a dejar que la mujer se realice en todos los sentidos sin depender necesariamente de un hombre al lado. La sentía inalcanzable, una mujer prohibida para iniciar algún tipo de relación amorosa, menos con él. Pero también la contemplaba vulnerable, pues bastaba mirarla frente a David, quien, ante la más sublime nota musical tocada al aire o unas suaves palabras, lograba sensibilizarla. Seguramente lo admiraba o, por qué no, hasta podría sentirse atraída por él, pues tampoco era mal parecido: su pelo rizado, casi hasta los hombros, y una barba muy bien cuidada que le daba un aspecto particular.

Agustín tenía una condición innata para observar bien los detalles de las cosas y, sin mala intención, iba describiendo aquella relación entre los tres. Sin embargo, cuando le tocaba autoanalizarse, era muy crítico consigo mismo y se reprimía. Descartaba toda posibilidad de permitirse otro tipo de sentimientos por su amiga, a pesar de que con David ella sí lo hacía. Cuando eso pasaba, él quedaba automáticamente fuera. Por más que quisiera evitarlo, sus emociones de igual manera tomaban el control: estaba al borde del precipicio, a punto de caer en las redes del amor. Desde su lugar los contemplaba sereno. Ella, por segundos, lo miraba de reojo hacia la cocina mientras hablaba con David, jugando tal vez al amor. Quizá intentaba sacarle celos, hablando tan audazmente con su interlocutor.

La noche avanzó. Les faltaron motivos por los cuales brindar. Al vivir en el mismo edificio, ninguno tenía que manejar para llegar a casa. Eso les daba libertad para jugar como adolescentes. No les importaba que la vida siguiera mientras ellos aprovechaban cada segundo como si no hubiera un mañana.

Laura se sentía segura con aquellos dos hombres, aunque también algo vulnerable emocionalmente. Siendo mujer de carne y hueso no fuera a ser que, al más mínimo acto de cortesía de parte de uno de los dos, su corazón estallara. Aunque quien iba ganando más puntos era, sin duda, Agustín, pues sus hormonas se disparaban al tenerlo cerca. Ni con todo eso quería reconocerlo.

A David lo sentía encantador: un músico que la cautivaba con sus detalles y la adulaba con palabras que se convertían en melodías para su alma. Adoraba esos gestos en él; sin embargo, cuidaba muy bien la relación de amistad que habían construido. Agustín, por su parte, ido en su propia realidad, lograba equilibrar ese mundo con el mundo real. Lo sentía un caballero de tomo y lomo, masculino y con modales, que la hacía sentirse una verdadera mujer, dispuesta al amor, capaz incluso de dejar su independencia e intereses propios a un lado, a pesar de las malas experiencias vividas.

Agustín tampoco era mal parecido. Tenía canas en el cabello, que le sentaban bastante bien y un cuerpo que mantenía en forma a pesar de los años, pues se alimentaba de buena manera. Trotaba dos veces por semana y recorría la ciudad de extremo a extremo en bicicleta. Pero ella también lo sentía inalcanzable, incluso más que a ella misma, porque la experiencia con su mujer lo había dejado congelado: había cerrado el corazón. En el caso de que ella se permitiera algo con él, habría un camino muy difícil por recorrer, y no necesariamente por su condición.

A esas alturas, a solas, lo pensaba por las noches y sentía cosquilleos en el vientre, como una adolescente, cuando se encontraban. Eran cosas sin importancia, se decía a sí misma; atracciones pasajeras que iban y venían. Era un excelente amigo y no podía cometer una tontería involucrando sentimientos.

Intercambiaron sus regalos y quedaron en salir fuera de la ciudad a fines de enero, ya que coincidían en sus vacaciones. Unos días en el sur de Chile no estarían nada mal para escapar de esa metrópolis sofocante. Aunque estaba el tema de David, aun así se organizarían para salir.

CAPÍTULO 15

Hacía un par de años que Laura no pasaba Año Nuevo con su hijo, pero esta vez él la dejó invitada y, por eso, no hizo planes para comer con sus amigos. Desde hacía tiempo que no recibía una invitación así. Era un buen presagio. Parecía que su hijo estaba dejando atrás la separación de sus padres, ya que en la junta previa a Navidad lo sintió más amable y más de piel. El padre también estaría en la fiesta, pero no le incomodaba; sintió que sería una buena oportunidad para conversar y dejar los rencores en el pasado.

Con su hija en otra dimensión, ajena a ellos, tendrían que aprender, por ahora, a quererse a pesar de su ausencia. El padre estaba en una relación con una secretaria de la empresa donde trabajaba. Laura hubiese querido estar con sus amigos, pero era imprescindible aceptar la invitación de su último retoño.

Para Año Nuevo, Agustín visitó a sus padres, que vivían en Isla de Maipo desde su jubilación. Era un pueblito pintoresco, con buenos vinos, ubicado a cincuenta kilómetros al sur de Santiago. Fue una buena oportunidad para reencontrarse con sus familiares, a quienes desde hacía mucho tiempo no visitaba, y también para disfrutar de los hermosos paisajes y viñedos de aquella zona.

En el camino fue pensando en su vida.

Una vez casado, Agustín se dedicó de lleno a su mujer, luego a los hijos y a su trabajo al cien por ciento. Cuando asumió el cargo de director de la fundación, comenzó a trabajar desde su propio corazón y experiencia de vida. Quiso ir en auxilio, junto

a otros profesionales, de niños, jóvenes y adultos que llegaban al centro. Anhelaba que encontraran la ayuda que necesitaban para hacer más llevadero su mundo en una sociedad que no estaba hecha para ellos. Con esto no pretendía junto a su equipo sanar a las personas, sino entregarles herramientas para desenvolverse de mejor manera y adaptarse.

Agustín aún era pequeño cuando descubrieron su condición. A partir de entonces, recibió la ayuda necesaria para hacerle frente a la vida. Su presencia era un gran aporte para la fundación, sobre todo por su testimonio personal. Su función era vital para los padres que llegaban desorientados junto a sus niños, buscando atención y comprensión.

En cuanto a los adultos recién diagnosticados, estos se sentían frustrados. Habían necesitado un esfuerzo mayor para adaptarse al mundo. En su mayoría, descubrían que tenían autismo a través de sus hijos, diagnosticados a corta edad. También el autismo puede deberse a factores genéticos. Otras causas tenían que ver con haber sido padres después de los treinta y cinco años, con nacimientos por cesárea o con dificultades durante el embarazo.

Agustín era de gran ayuda para ellos, porque se sentían frustrados y mal parados en el camino, dado que habían pasado gran parte de su vida sin saber realmente sobre su condición. De esta manera, también tomaban terapia, junto con sus hijos, en el centro de Agustín.

David, por su parte, tuvo que viajar a Lima a un recital de fin de año en el Teatro Municipal. Aprovecharía la ocasión para visitar Machu Picchu. Había finiquitado el año escolar en el colegio y necesitaba recobrar fuerzas y mentalizarse para juntarse con sus antiguos compañeros de colegio y poder testificar en contra del cura. No necesitaba pensar demasiado para entender

que esto le produciría un gran desgaste psicológico y tenía claro que no sería nada fácil, sobre todo por la opinión pública y la repercusión en el sector católico.

Después de las fiestas, los compañeros de David lo contactaron para efectuar la querrela y declarar ante un fiscal. Estuvieron en el proceso Luis Encina y Aurelio Villalobos, dos profesionales competentes en sus respectivos campos laborales, que trabajaban en Santiago. Uno de ellos era quien había declarado en el reportaje y quien había presentado la denuncia dos años antes en el tribunal eclesiástico.

Se reunieron previamente en un café del centro. Tuvieron que hacer grandes esfuerzos por volver al pasado y reconstruir las situaciones de cada uno, pero, a medida que hablaban, sus mentes se iban abriendo hasta recordar todo con claridad. No pudieron evitar sincerarse y contar, de principio a fin, las experiencias de cada uno, para reconfirmar que los tres habían pasado por lo mismo en el internado.

Después de juntarse un par de veces más con David, decidieron hacer la denuncia. Lo harían con todo lo que eso significaba, pues era un tema bastante complejo. Seguramente muchos dudarían de ellos. Tenían mucho que perder o, tal vez, mucho que ganar. Pero había que ser valiente. Se convencieron de que otros alumnos habían corrido la misma suerte y de que sería bueno contactarlos para que se unieran.

Como David era conocido en el medio musical, se les hizo fácil contactarlo. Con mucho temor le hablaron del caso. Favorablemente, a él le había sucedido lo mismo. Fue entonces cuando lo convencieron para que declarara. En todo caso, David ya venía analizando el tema desde hacía meses, pero necesitaba algo que lo empujara a tomar cartas en el asunto. Aquel llamado fue suficiente para convencerse de que ya no debía callar más.

CAPÍTULO 16

Ante la situación de David, decidieron hacer el viaje que habían planeado para finalizar enero. Después de analizar posibles lugares, decidieron arrendar una cabaña frente a un lago, yendo hacia la cordillera, por Osorno.

Eligieron Osorno por David, quien quiso que sus amigos lo acompañaran. Quería aprovechar el viaje para volver a donde había crecido y se había educado. Tenía algo por resolver en aquel lugar y necesitaba que sus amigos lo ayudaran. Dado que él había sido parte del periódico escolar y, precisamente, era él quien se encargaba de la toma de fotografías para los reportajes, había una selección de fotografías escondidas que eran prueba irrefutable de los abusos sexuales del cura de Los Robles.

Cierto día, recorriendo los pasillos oscuros del internado, logró fotografiar —en secreto, desde una ventana— al cura: en el acto, en su habitación, junto a un muchacho.

Recordaba además otra situación en la que, a altas horas de la madrugada, en la misma iglesia, vio a Felipe abusando sin escrúpulos de un muchacho del internado, justo frente al Cristo crucificado, tallado en caoba, que colgaba de la pared. Un par de días atrás, se había percatado de que cada medianoche unas luces se encendían en el interior. Era algo insólito, porque a esa hora se suponía que ya todos dormían. Estaba estrictamente prohibido deambular por cualquiera de las dependencias del establecimiento de noche, a no ser por casos excepcionales y con permiso de los encargados. Pero aquella luz de baja intensidad se

encendía misteriosamente siempre a la misma hora en el interior de la parroquia. A David, por esos días, lo invadió la curiosidad, y decidió ir hasta allá, corriendo el riesgo de que lo pillaran.

Provisto de ropa oscura y de la máquina fotográfica que había traído desde el salón, escondida en un bolso, salió a medianoche desde su habitación, en donde dormía, y se condujo por unos corredores que daban al patio delantero. Caminó sigilosamente por los jardines hasta llegar a un costado de la iglesia, donde había una entrada directa al altar mayor de aquel templo. La luz al interior se había apagado. El lugar ahora estaba iluminado solo por unos sirios que reposaban al lado de unos jarrones con flores, bajo una estatua de la virgen María. Tras haberse cerciorado de que nadie estaba aparentemente en el lugar, caminó en puntillas, lentamente, y mientras avanzaba, se dio cuenta de que al interior del confesionario se dibujaban unas siluetas humanas en movimiento. Se veían a través de una ventanilla desde la cual colgaba una cortina blanca. La llama de una pequeña vela encendida sobre una palmatoria iluminaba débilmente el pequeño espacio. La intriga lo carcomía, pues difícilmente a esas horas alguno de los muchachos se estaría confesando. Tal vez estaba en pecado mortal y quería que el cura lo absolviera rápidamente. No encontraba el modo de avanzar más allá sin que lo descubrieran, ni mucho menos observar al interior del cubículo desde el cual también sintió unas voces en susurro. Sin embargo, recordó que estaban reparando el confesionario y que el maestro había retirado el techo de aquel minúsculo cuadrado de maderas oscuras. Por lo que se podía observar desde arriba al interior de este, por un pasillo que había de extremo a extremo en el segundo nivel. Solo tenía que subir por una escalera que había en el otro lado.

El muchacho cruzó por delante, casi a ras de suelo, y llegó hasta el rincón. Comenzó a subir paso a paso con el alma en un hilo. Una vez arriba, sus ojos se clavaron en el interior del confesionario, donde De León, a torso desnudo, estaba con un estudiante de no más de catorce años en una situación bastante comprometedora. La escena asombró a David, de tan solo quince años, de sobremanera. Afortunadamente, la cámara fotográfica que utilizaban era de última generación. Acercando todo el zoom de la máquina, logró captar la escena con un mecanismo silenciador que esta tenía en cinco tomas aproximadamente. El Cristo, con cara de asombro, observaba desde la cruz, estático.

En medio de otras fotografías y rollos que no se revelaron, tenía la sospecha de haber captado a alguno de los dos muchachos que ahora, ya de adultos, había declarado. Esas fotos y rollos, con suerte, todavía permanecían en un escondite muy particular. Cuando se fueron a Santiago, no se le pasó por la mente haberlas rescatado. Ahora serían elementos clave para la investigación en curso.

CAPÍTULO 17

Santiago parecía prenderse por el calor de aquel verano. Al refrescar en la tarde, las terrazas de los bares se llenaban de turistas que invadían la capital y de santiaguinos que salían de sus trabajos después de un día atareado, a tomar un refresco o un cóctel. Otros, más clásicos, recurrían al café y a disfrutar de una buena charla en locales escondidos de barrios más aristocráticos, de calles adoquinadas.

La ciudad estaba en crecimiento. Tenía zonas históricas y barrios antiguos que no querían sucumbir al paso de los años. Con monumentos de generales de guerra descansando en paz sobre sus plataformas, sin ser atacados por el vandalismo que hoy prolifera intensamente por las avenidas; con edificios patrimoniales rodeando señorialmente las plazas, entre jardines y arboledas; y con un sinfín de elementos que exacerban la cultura chilena y el deseo de una sociedad de crecer en libertad y no vivir presa del miedo y el terror. No como en estos últimos años, en donde todo se ha visto invadido por revueltas sociales; por miles de migrantes latinos que han venido a llenar las calles de la ciudad —unos de buena voluntad, queriendo aportar al país, y otros que, sin pudor ni remordimiento, son protagonistas de todo tipo de delincuencia en las noches santiaguinas—; y por pandemias que han venido, lamentablemente, para quedarse y tomar el control de un Santiago y de un país que ha ido creciendo a costa de grandes terremotos, de un golpe de Estado, al alero de distinguidos apellidos

y de políticos corruptos que prácticamente vinieron a gobernar un Chile preso en su propio mea culpa.

Salieron un día viernes por la mañana en el auto de Laura. Arrendaron una rústica cabaña frente a un lago, en Los Robles, en la región de Los Lagos. Una vez que llegaron a Osorno, tomaron rumbo por una carretera hacia la cordillera, al tiempo que la lluvia se dejaba caer sobre los poblados, como suele ocurrir por esas regiones cuando menos se la espera. Montes verdes se alzaban por ambos lados del camino mientras los animales corrían en manadas para escabullirse del temporal.

Siguieron avanzando y, a eso de las seis de la tarde, cruzaron el pueblo ya casi en penumbras. No deambulaba ni un transeúnte, y los pocos locales comerciales habían cerrado sus puertas o bajado sus cortinas metálicas. Diez minutos después, los esperaba la dueña de la cabaña para entregarles las llaves y darles algunas indicaciones. El ambiente era casi tropical, como es habitual en esas zonas, con la lluvia cayendo cada vez con más intensidad.

La pequeña casita era bastante cómoda. Estaba rodeada de árboles y arbustos propios de la vegetación local. Desde el segundo piso, por la parte delantera, se podía observar todo el lago que corría en paralelo a la carretera después de un diminuto bosquecillo de pinos.

Los muchachos prendieron fuego en la chimenea mientras Laura preparaba café y untaba mantequilla en unas tostadas de pan amasado que habían comprado en un local de la carretera. Así dejaron atrás, por algunos días, la ciudad y se desentendieron de sus labores. Pese al descanso, tenían en cuenta la misión que les esperaba, la que les resultaba bastante atractiva. Parecían niños a punto de descubrir un tesoro medieval. Sin embargo,

David estaba nervioso. Nunca había vuelto a su origen. Solo un par de veces había visitado las regiones del sur, pero jamás regresó a Los Robles.

Pese a todo lo ocurrido en el internado, en Los Robles, donde creció, fue feliz. Pasó buenos años de infancia, aunque no vivió junto a su familia. No le faltaron compañeros ni personas mayores que reemplazaron, en cierto grado, aquellas carencias afectivas.

La salita era acogedora y el vino los reconfortó junto al calor de la chimenea. Hubieran querido quedarse siempre allí y que el tiempo se detuviera en ese instante: lejos de Santiago, lejos del bullicio de los alumnos, lejos de sus obligaciones.

Se sintieron cómodos y hablaron sobre los pasos a seguir para tomar la ruta que los conduciría hasta el exinternado.

Fueron días de reflexión, de replantearse algunas cosas.

¿Acaso la situación económica de cada uno les bastaría para seguir viviendo en soledad y no volver a enamorarse? ¿Bastaba con estar tranquilos y tener un porvenir estable que llenara sus expectativas? ¿O la amistad lograría llenar los corazones de cada uno? ¿Era necesario enamorarse, volver a arriesgarse en el amor o dejarse llevar por el corazón?

Había cierto temor en ese aspecto, pues Laura, como otras veces, se sintió vulnerable de un momento a otro estando junto a ellos. A pesar de ser una mujer resuelta y educada para no sucumbir ante sus emociones, algo le ocurría con esos dos. Aun así, no quería ceder por nada.

Siendo niña, sus progenitores, muy conservadores, la habían entrenado para ser una buena madre y ama de casa. Había estudiado en un colegio de monjas, bajo una estricta enseñanza católica que la marcó para ser una mujer sumisa y, ante todo,

buena esposa y madre, con reglas de vida que no se transaban por ningún motivo. Eso era lo que, a fuerza de voluntad, las santas querían sembrar en la muchacha. Al salir de la enseñanza básica, sus padres comenzaron a notar en ella un cierto grado de rebeldía, pues era difícil de controlar y obedecer los reparos familiares. Ante esto, decidieron matricularla en el Colegio Santa Teresa de Jesús de Providencia, para que las beatas la guiaran por el camino correcto y le enseñaran buenos modales y respeto por los mayores.

Dado que sus padres siempre tenían la razón en todo, la crianza de la menor fue compleja, pues era más despierta de lo normal para su edad, más aún cuando comenzó la enseñanza media, a pesar de las reglas de la institución. La niña hacía caso omiso de las enseñanzas de las religiosas. Prácticamente, los padres vivían en el colegio, ya que eran llamados constantemente para informarles sobre la mala conducta de la muchacha. Aun así, las monjas nunca la soltaron. No querían darse por vencidas: la cabra, de algún modo, tenía que aprender. Otras, tan alzadas como ella, habían salido de cuarto medio a punta de castigos que las veteranas les imponían.

Un día, en la clase de educación cívica, la monja indicó que como buenas ciudadanas debían respetar al general Prath, pues si estaba al mando del país había que respetar su autoridad. Decía que los comunistas se asesinaban entre ellos para culpar al gobierno y que otros desaparecían misteriosamente por subversivos, por andar desprestigiando al mandatario. A Laura le hirvió la sangre ante los dichos de la beata. Estaba a un paso de agarrarla del pelo y hacer que se tragara aquella sarta de mentiras. Se levantó de su pupitre y, sin guardarse nada, comenzó a rebatir el odioso discurso. Respondió que el mismo Prath y sus

colaboradores eran unos asesinos de mierda y que ella misma se condenaría al infierno antes de apoyar ese sistema.

La discusión subió de tono y comenzaron a alzar la voz. La monja se ofuscó ante los dichos de la muchacha y, engrifada, fue hasta donde ella y le dio un golpe en una mejilla con una gruesa regla de madera que llevaba en las manos. Laura no se pudo contener: se abalanzó sobre ella, le arrancó el velo y luego la cofia, dejando al descubierto unos mechones de pelo canoso que apenas cubrían el cuero cabelludo de la mujer. La monja comenzó a gritar descontroladamente y no tardaron en llegar la superiora y dos auxiliares, quienes tomaron a Laura y se la llevaron a un sótano bajo el gimnasio del colegio.

Estuvo toda aquella mañana en aquel laberinto, castigada. Había humedad y roedores que pasaban rozándole las piernas. La muchacha esperó con calma a que llegaran a sacarla de ahí y no quiso hacer ningún alarde cuando, después, en la oficina le dijeron que por su bien habían hecho lo que hicieron.

Al otro día acudieron sus padres al colegio y les señalaron lo que había pasado; simplemente aplicaron los protocolos correspondientes en situaciones de ese tipo. Laura no dijo nada, a la espera de que llegara otra oportunidad para encarar a aquellas brujas de hábito, para que pagaran lo que habían hecho. Tampoco a sus padres les habló de lo sucedido, pues discutir con ellos era como hablarle a las piedras, incomodar a su madre que, a veces, a escondidas de su padre, estaba de acuerdo con ella. Él era un bruto y no entendía razones.

Este y otros sucesos fueron motivos suficientes para rebelarse siendo una adolescente. Esta fue la razón para, de forma radical, tomar la decisión de seguir su camino y separarse de sus padres cuando terminó su enseñanza media, sumado a que

conoció a un joven que la deslumbró. Su corazón se entregó de lleno a aquella aventura que más adelante la dejaría mal parada ante la vida. Sus padres pusieron el grito en el cielo, porque era un pobre diablo que no tenía donde caerse muerto.

Comenzó una lucha sin tregua con su familia, ya que estaba enamorada y no tenía planes de dejar al muchacho solo por un capricho de sus padres. Pensaron en no gastar ni un centavo más en sus estudios universitarios y, si seguía viendo al infeliz, tendría que dejar la casa. Esa fue la determinación de su padre, quien por ese entonces tenía un puesto en el Ministerio de Defensa del gobierno militar. Pero la muchacha no transó sus sentimientos y, sin preámbulos, se fue junto al muchacho a arrendar una pieza en un cité de Quinta Normal.

Con trabajos esporádicos en restaurantes y locales comerciales lograban sobrevivir mientras ella juntaba un poco de plata para matricularse y poder estudiar. El sueño de obtener una carrera y ser una mujer independiente lo tenía a flor de piel. Sin embargo, el vaticinio de sus padres se cumplió al pie de la letra, porque el muchacho poco y nada la acompañaba en aquellos sueños. Apenas le pasaba un poco de plata para el pago del arriendo cuando lograba trabajar, pues la mayoría de las veces se la pasaba con amigos en tocatas de mala monta y fumando marihuana por las noches. Ella lo amaba; sin embargo, no estaba dispuesta a congelar todos sus proyectos de vida y permanecer al lado de un holgazán y conformista solo por amor.

La gota que rebalsó el vaso fue cuando este le dijo que la convivencia estaba un poco agotada. Aunque la amaba, era necesario hacer algo distinto, que le diera más fuerza y frescura a la relación, algo acorde a los nuevos tiempos. Entonces apareció un viernes por la noche en el cité, con marihuana en el bolso y

un par de cervezas, acompañado de una amiga de Las Condes. Se la presentó y, después de una breve conversación, le manifestó el motivo, sin morbo alguno, de por qué la había llevado. Ya era tiempo de hacer cosas nuevas en la intimidad. Había llevado a la muchacha para hacer un trío. Muchas parejas modernas lo hacían y era bueno para el alma, para descargar las malas energías.

Laura lo mandó a la mierda tajantemente. Cuando menos lo pensaba, agarró sus pilchas del cuarto y se fue donde una amiga que le ofreció ayuda mientras se instalaba por ahí.

Más adelante consiguió dar una buena Prueba de Aptitud Académica y se inscribió en una universidad estatal para estudiar literatura. Consiguió el título y se enamoró nuevamente de quien fuera su marido y el padre de sus dos hijos.

CAPÍTULO 18

El sol de la mañana se imponía sobre los ventanales de las habitaciones. La lluvia del día anterior había dejado un azul nítido en los cielos de aquel entorno, decorados por el trinar de los pajarillos, que se perdía en el vaivén de los árboles junto a la brisa cálida de la mañana. Algunos veleros avanzaban por el lago azulado que se tendía majestuosamente al otro lado de la carretera, en una paz confortable y un ambiente acogedor.

Comieron un abundante desayuno: café y queso fresco con pan amasado calentado en un tostador, mientras hablaban sobre visitar el Colegio San Francisco, que quedaba más al interior.

Esa mañana decidieron descansar. Por la tarde atravesaron la carretera para internarse en un bosquecito, por donde avanzaron en medio de los pinos como niños pillando mariposas y descubriendo la vida. La intensa luz del sol se filtraba por el enramaje de las copas de los árboles hacia abajo. Poco más allá caminaron por un sendero y, ya parados sobre un muelle, pudieron contemplar el lago en todo su esplendor. Allí se sentaron sobre el borde con los pies en el agua, pues la temperatura subió rápidamente. Recibieron desde lo alto la energía del sol y llenaron sus pulmones del aire limpio y fresco que venía desde el norte.

Por un buen rato quedaron en silencio. No hacía falta conversar, pues el ambiente infundía un sentimiento de tranquilidad plena. A lo lejos se veían los veleros cruzando y otros que permanecían varados en la quietud de las aguas. Más allá se

vislumbraban algunos jardines traseros de lujosas mansiones que terminaban en las orillas. Había niños revoloteando y jóvenes nadando en el interior, a pesar de la reciente lluvia. Permanecieron allí hasta el ocaso, cuando ya la brisa fresca de la tarde tomó parte en el ambiente.

De regreso a la cabaña, David encontró a un lugareño a quien preguntó por el colegio. Le comentó que andaba en la búsqueda de una persona que trabajaba en ese lugar.

Felipe de León, con setenta y nueve años aproximadamente, aún tenía a cargo la dirección general del establecimiento. Pero los otros curitas de aquel tiempo, que sabían de los abusos, habían sido trasladados a otras parroquias. En reemplazo de estos ahora había un joven sacerdote vicario que ayudaba al viejo cura, enviado por la diócesis correspondiente. También quedaban algunos administrativos del establecimiento, pero en su mayoría eran docentes jóvenes, contratados por recambio de los jubilados.

Esa fue la información que le dio el lugareño, junto con el dato de que al otro día se celebraría la misa de domingo en la iglesia a las diez de la mañana. Seguramente podría informarse de más detalles en ese lugar.

David se acordaba perfectamente de cómo llegar, ya que el sector no había cambiado mucho con el transcurso de los años. Los caminos y caseríos seguían iguales. Solo se habían hecho algunos cambios a la estructura del establecimiento. Casi a las diez de la mañana del otro día entraron a la iglesia cuando la misa estaba por comenzar. Algunos los miraban con curiosidad y comentaban entre sí. Para no llamar tanto la atención, tomaron los últimos asientos, evitando que quien iba a officiar la misa los viera con curiosidad e hiciera preguntas o, peor aún, que el

viejo cura, a pesar de los años transcurridos, pudiera reconocer a David.

El joven vicario inició el culto y, ya después, el mismo Felipe de León efectuó el sermón. A pesar de que habían pasado muchos años, en apariencia se veía un hombre vigoroso y de buena facha. Los años no habían causado estragos en su cuerpo; por el contrario, estaba en plenas facultades mentales y físicas, según lo que David pudo apreciar desde atrás. Podía enfrentarse fácilmente a la justicia como cualquier persona imputable, en el caso de que las autoridades competentes lo fueran a buscar.

Entonces David, aprovechando que todos escuchaban atentamente la prédica, se levantó de forma prudente. Llevaba puesto un jockey y gafas oscuras, y se escurrió hacia afuera. Caminó hacia el interior para echar un vistazo por las dependencias.

Allí permanecían los mismos jardines y los mismos bancos. Las habitaciones de los muchachos se veían continuas, cruzando un gran pasillo que las separaba de la otra ala del edificio. Exceptuando algunos cambios estructurales en las oficinas y la fachada de la entrada, todo seguía igual. Por momentos se sintió intimidado al pensar que alguien podría estar observándolo. Podía ser muy perjudicial que lo vieran y comenzaran a hacerle preguntas. Aun así, permaneció por algunos minutos mirando y calculando algunas cosas.

Por lo menos no había caseta de vigilante en las entradas, aunque sí había un par de perros bien dotados dando vueltas por los perímetros. Podría ser que por la noche pusieran a alguien vigilando las estancias; tendría que averiguarlo. Con los animalitos las cosas se complicaban bastante. Aun así tenía que intentar rescatar aquellas fotografías y los rollos que no se revelaron.

Estaban en un bolso que cuidadosamente había escondido en aquel tiempo en el hueco del piso del altillo. Probablemente este podía permanecer allí todavía, ya que a nadie se le iba a ocurrir levantar y revisar aquellas viejas tablas al final del pasadizo de aquel segundo nivel de la antigua construcción.

A pesar de que habían transcurrido más de treinta años, los rollos podrían estar en buenas condiciones todavía. Eso le dijo el fotógrafo que revelaría las películas. Podía ser que los colores de la imagen no fueran tan nítidos, solo eso. Nadie subía al altillo, puesto que, por lo menos en ese tiempo, no había motivos para estar allí. En ese lugar solo se guardaban algunas cosas que ya no se ocupaban. A veces los muchachos, después de las misas, subían a revolotear. Desde abajo pudo contemplar que habían hecho algunos cambios allá arriba, pero no tan importantes. La escalera estaba en buenas condiciones para subir.

Tenía que buscar la forma de poder entrar y rescatar aquellas antiguas evidencias, esperando que no hubiesen sido descubiertas por roedores que abundaban por el lugar. Los conocía bien desde cuando los llevaba engañados al canal, luego de escucharle embobados con las melodías de la flauta, cayendo por las aberturas del puente a las aguas que corrían más allá. Tal vez las fotografías habían sucumbido al tiempo y ya no servían para nada, pero se le había metido en la cabeza buscarlas de cualquier modo. Era algo que venía planeando desde hacía algunas semanas atrás.

De vuelta a la cabaña, David comentó el plan a sus amigos. Tendrían que volver por la noche y entrar a hurtadillas a la iglesia. Ellos tomaron la noticia con bastante asombro. Les parecía peligroso. Le propusieron que buscara otro modo menos invasivo, pensando que podrían ser descubiertos y tener proble-

mas con la policía. Pensando y pensando no se les ocurrió nada. Entonces, finalmente, decidieron arriesgarse. Irían de noche, cuando todos durmieran. Según lo que averiguaron con uno de los auxiliares, a las once de la noche el párroco y el cura estarían a esa hora en sus habitaciones. Además de ellos, dos auxiliares pernoctaban en vacaciones.

Decidieron salir pronto de aquella situación para después disfrutar el resto de los días: recorrer la región, visitar los volcanes y las termas subterráneas mineralizadas de la montaña, cerca de la carretera, en un camping. Laura investigó sobre ellas y sus propiedades curativas. Le ayudarían a fortalecer los huesos que, a esas alturas, ya no eran tan jóvenes. El ajeteo ciudadano les estaba pasando la cuenta física y mentalmente. Ya no eran jovencitos y los años se les venían encima a los tres, bordeando los cincuenta. Más valía tomar precauciones para no llegar tan achacosos y estresados en esa ciudad sobrepoblada, ruidosa y viciada. Eso era lo que, irónicamente, ella les decía a los muchachos.

Siendo casi medianoche tomaron rumbo al interior. Antes de salir de la cabaña, los tres estaban muy nerviosos, sobre todo Agustín. Discutieron la posibilidad de abortar la misión, pero para David era fundamental rescatar aquellas evidencias, así que decidieron ir igualmente.

Agustín sacó de su bolso una cajita donde traía sus pastillas y se tragó dos ansiolíticos que tomaba a diario. Sus amigos decidieron esperar un poco para que le hicieran efecto. Lo veían algo alterado. Después de unos minutos se tranquilizó. Le dieron la opción de quedarse en la cabaña, pero insistió en ir con ellos. Ya se sentía bastante tranquilo.

Vestidos con ropas gruesas y oscuras, para así mimetizarse en la oscuridad, y estando próximos al edificio, dejaron estacionado el vehículo unos metros más allá de la iglesia, escondido

entre unos matorrales. Caminaron sigilosos por el camino hasta llegar al portón del lado del templo que estaba, obviamente, asegurado con una gruesa cadena y un candado. Desde afuera solo se veían luces encendidas en los pasillos, mientras que las de la calle alumbraban tenuemente el lugar.

Avanzaron hacia la parte posterior de la estancia, doblando por la vieja reja que cerraba todo el edificio, y llegaron hasta atrás, donde ya no había más construcción, al límite con unos predios. David recordaba que por ahí se podía acceder por unos enrejados de alambre. Como la iglesia estaba a un costado, no iba a ser necesario transitar por las dependencias centrales para llegar hasta allá. Pensando que podrían ser sorprendidos por los perros vigilantes del lugar, llevaban unos suculentos trozos de carne fileteada en bolsas plásticas, pues de seguro no estarían ajenos a la situación.

En todo caso, de igual modo tendrían que cruzar la casa sacerdotal ubicada detrás de la iglesia dentro del mismo sitio y rodeada por panderetas de unos dos metros de altura que habían puesto en los últimos años. Los dos auxiliares dormían en unas habitaciones por el otro costado, al final de la construcción.

Cruzando un cercado de alambre, llegaron a la parcela colindante. Desde ahí, un perímetro con tupidos árboles se anteponía a una vieja muralla de gruesos adobes, la cual lograron atravesar —pues no era de gran altura— tras cortar con unos alicates tres corridas de alambre de púas que fortificaban su término. Una vez dentro, pudieron vislumbrar, por entre las arboledas y jardines traseros, las salas de clases, algunas oficinas y la iglesia por delante, que daba a la calle.

Los perros comenzaron a ladrar lejos de ahí, pues de inmediato presintieron que intrusos visitaban el lugar, pero estaban desorientados, sin saber hacia dónde tenían que dirigirse.

Mientras tanto, ellos, con el alma en un hilo, iban llenos de adrenalina, disfrutando igualmente la aventura. Rodearon la orilla hacia la iglesia, teniendo en cuenta que, si llegaban a ser descubiertos, se verían envueltos en una situación bastante grave y comprometedora.

En un momento quedaron inmóviles en la oscuridad e intercambiaron un par de opiniones, murmurando: «¿En qué diablos nos estamos metiendo?»; «Ya no somos unos adolescentes»; «Esto es un delito»; «Si nos llegan a descubrir, se armará un gran escándalo»; «Es por una buena causa».

En aquel escondite había pruebas concretas para delatar al cura, imágenes en donde salía al descubierto abusando de los muchachos. David tenía toda la intención de seguir adelante. Pasara lo que pasara, ya no podía dar marcha atrás. Necesitaba el apoyo de sus amigos, aunque parecieran fugitivos huyendo en medio de la noche, como cuando había toque de queda en plena dictadura.

En ese entonces, Laura corrió en medio de la noche por las calles centrales de Santiago después de una manifestación en Plaza Italia. Iba junto a sus compañeros de universidad, del movimiento universitario estudiantil que luchaba por la causa. Se juntaban en secreto, simulando reuniones culturales en las que —aparentemente— tomaban clases, pero en realidad organizaban actividades políticas. Por esto andaban a escondidas de noche por viejas callejuelas de Estación Central, Providencia y más allá, reunidos en grupos, tirando panfletos en las casas.

A Laura se le vinieron esos recuerdos a la mente y otro más cuando, inesperadamente, una noche una patrulla de carabineros irrumpió donde estaban y entraron de golpe con pistolas, amenazando a medio mundo. Gritaban que sabían que estaban

involucrados en las revueltas de noches anteriores y que, si salían vivos de ahí, sería solo porque a ellos les daba la gana.

Los tuvieron sentados sobre el suelo, amarrados de pies y manos, con cinta adhesiva en la boca. Uno a uno iban siendo llamados para ser interrogados. Algunos salían llorando, otros en silencio. Los que se resistían más de la cuenta eran víctimas de maltrato psicológico y físico por parte de los uniformados.

Laura, de veinte años, estaba entre aquel grupo junto a unos amigos de su clase, esperando el turno a que se la llevaran y también la interrogaran. Sabe Dios qué le pasaría. De un momento a otro, los hombres escogieron a diez de los jóvenes que allí quedaban y se los llevaron a la furgoneta. Entre ellos estaba ella. A los demás, milagrosamente, los soltaron, no sin antes recibir un par de golpizas e intimidarlos con que, si los volvían a pillar, no verían más la luz del día. Posteriormente, los apresados fueron a dar a un calabozo, después de que hubieran dado sus datos.

Se la pasaron todo el resto de la noche sin un poco de agua caliente. El frío de aquella madrugada entumía los huesos y el alma. Por la mañana llegaron tres carabineros que se llevaron a los muchachos. Uno de ellos, de forma brutal, agarró a Laura por el brazo y la condujo a las oficinas de afuera. Allí se encontró con Juan Martínez, su padre, quien había sido contactado en el ministerio para que fuera a retirar a su hija, que había sido sorprendida en la noche en actos repudiables para el gobierno presente. La muchacha firmó unos papeles y salió de allí junto a su progenitor.

—¿Te das cuenta de la cagada que te mandaste? —le dijo su padre—. Esto podría costarme el puesto en el ministerio —le recalcó.

—Yo también estoy encantada de verte, papá —dijo ella, casi melancólica, sintiendo ganas de abrazarlo y poder conversar.

Se habían visto solo un par de veces desde que ella se fue del hogar y se encontraron allí, cara a cara, como perfectos desconocidos. Él le mencionó que era una vergüenza para su familia y que cómo era posible que lo metiera en ese enredo; que ahora podía esperar lo peor de parte de sus superiores; que las puertas de su casa estaban abiertas para que volviera, porque a pesar de todo era su hija y la amaba, pero antes de eso tenía que dejar atrás todas esas pelotudeces que andaba haciendo con aquellos vagos subversivos de mierda y comportarse como una mujer decente, que para eso él y su madre la habían criado: para que fuera una mujer de bien que respeta la autoridad. Sin embargo, ella no quiso seguir hablando y solo mencionó que le diera saludos a su madre y le dijera que estaba bien. Dio media vuelta y se fue caminando en dirección contraria a la de su padre.

Los perros, afortunadamente, cambiaron su rumbo y se fueron a ladrar a unos caballos que iban a tranco lento, relinchando por el sitio colindante. Esto les dio tiempo para seguir avanzando, mientras los canes ahuyentaban a las bestias. Al llegar a una puerta trasera de la iglesia, fue inevitable esconderse en la oscuridad, pues justo un poste del alumbrado de la calle iluminaba todo el lugar. Entonces, rápidamente, intentaron entrar.

Hicieron palanca con un diablo que consiguieron en una ferretería, poniendo cuidado de que los curas, que posiblemente dormían en sus habitaciones —que favorablemente estaban por el otro costado de la casa—, no los escucharan. La puerta estaba en perfectas condiciones y muy segura a pesar de los años, pues por algunos minutos —eternos— fue imposible que cediera. La paciencia se les acababa y los nervios estaban a flor de piel.

Los perros seguían entretenidos con los animales, pero era preciso derribar la puerta lo antes posible. Sin embargo, todo el esfuerzo que hacían con el fierro parecía inútil. Mientras Laura vigilaba los alrededores, los hombres seguían tratando de abrir. Después de unos minutos, por fin la condenada cedió. La vieja chapa se desprendió del marco. Llenos de emoción y adrenalina, entraron rápidamente y amarraron la puerta desde adentro con un alambre, para que no se viera abierta desde afuera; de lo contrario, los perros querrían entrar.

Alumbrados con linternas, caminaron por un minúsculo y oscuro pasillo que los condujo a una sala con viejos libros ordenados en bibliotecas y estatuas de santos cubiertas de polvo, apoyadas directamente sobre el suelo. Desde allí abrieron otra puerta que conducía a la sacristía. Luego otra, que daba directamente al altar mayor y, por ende, al salón principal. A un costado estaba la escalera que conducía al altillo.

La luz del cableado eléctrico del exterior se filtraba por dos grandes vitrales instalados en la entrada principal de la vieja construcción. Mientras cruzaban el altar, el veterano Cristo crucificado de casi dos metros los observaba impávido desde la cruz. Por un momento, su mirada desafiante y penetrante los intimidó.

Laura sintió escalofríos y culpa: eran unos perfectos delincuentes profanando aquel lugar sacrosanto. Creyó ver a los curas, con sus sotanas y capuchas, descubriéndolos en pleno cometido. Pero David, resuelto, continuaba con la aventura y estaba decidido a no irse de allí sin el paquete escondido bajo los maderos del altillo.

Subieron contando cada escalón, mientras estos crujían hasta casi reventar. Se oían ratas corriendo por los recovecos,

quizá un gato arañando el techo, o palomas asustadizas gorjeando en la oscuridad. Llegaron a un diminuto cuarto sumido en la penumbra, donde tuvieron que correr un viejo estante de madera que no era ni pesado ni grande.

Una vez despejado el lugar, David se sentó en el suelo y comenzó a alumbrar el viejo piso de gruesas tablas, tanteando, tratando de dar con el escondite exacto. Entonces pidió a Agustín el diablo con el que habían forzado la puerta y comenzó a despegar minuciosamente los tablones. Cuando hubo levantado tres, metió la mano bajo los otros que aún permanecían adosados, temiendo que algún roedor infame lo mordiera. Sin embargo, de inmediato logró arrastrar un pequeño bolso de cuero cubierto de polvo y telarañas.

Asombrado, sopló el polvillo del estuche. Al abrirlo, extrajo un envoltorio hecho con papeles de diario, que contenía tres rollos fotográficos y un par de fotos guardadas en una bolsa plástica transparente. Laura y Agustín no daban crédito a lo que veían. Mucho menos David, que no cabía en sí del asombro al encontrar las evidencias tan bien conservadas.

Los perros habían dejado de ladrar y, extrañamente, ya no se oían. Aquello los inquietó: podía ser una mala señal. Perfectamente podrían estar rondando, siguiendo el rastro que habían dejado. Laura se asomó por una ventana con vista al centro de la estancia. No observó nada anormal, al menos desde ese ángulo.

Armándose de coraje, bajaron rápidamente. El Cristo crucificado seguía en la misma posición, con la misma mirada acusadora desde la cruz. Otras estatuas parecían haberse sumado, con sus ojos penetrantes, como dioses del Olimpo custodiando el templo, resguardando los pecados ancestrales perpetuados en el confesionario y las oraciones de los penitentes que jamás lograban cruzar el techo del santuario.

Avanzaban hacia la salida cuando, al abrir la puerta, se encontraron con tres perros rottweiler y otro policial, plantados uno al lado del otro, inmóviles, esperando a su presa. David y sus amigos quedaron paralizados. De pronto, uno de los canes se abalanzó sobre ellos, pero Agustín reaccionó a tiempo y logró sujetar la puerta desde dentro y cerrarla de golpe.

Los animales comenzaron a rasguñar con furia desde afuera, ladrando y jadeando desesperados. Fue entonces cuando Laura, con prisa, tomó la carne y se la lanzó antes de que hicieran más escándalo. Era inminente que alguien despertara y descubriera lo que ocurría.

Con la carne, los perros bajaron lentamente la guardia. Mientras tanto, ellos analizaban cómo salir de allí. En un acto desesperado, comenzaron a lanzar los trozos hacia el interior de la iglesia. Los animales, recelosos, poco a poco se tranquilizaron y fueron tras la comida. Cuando estuvieron casi en la entrada principal, arrojaron el resto. Los perros corrieron a devorarla, sin notar que los tres intrusos salían sigilosamente, dejando la puerta asegurada con el alambre.

Lograron cruzar por el resquicio que había quedado entre la chapa y el marco, ya algo desprendido. Iniciaron nuevamente la huida. Unos metros más allá, oyeron a los animales ladrar con furia, rasguñando la puerta y la pared, incapaces de salir.

Los curas ya se habían despertado y notaron el escándalo. Salieron de su dormitorio en ropa de dormir y con escopetas en mano. El joven cura corrió hacia la iglesia al percatarse de los ladridos, y De León salió a disparar hacia el fondo, pues logró escuchar cómo los intrusos corrían hacia allá. Afortunadamente, los perdigones daban en los árboles, en la medida en que estos avanzaban para saltar la pandereta y escapar. Los perros los siguieron más atrás, dado que ya los habían dejado salir. Los ani-

males corrían furiosos y los intrusos parecían volar escapando de ellos. Pronto llegaron a la muralla y se abalanzaron hacia arriba. Los dos hombres agarraron a Laura de las manos y la ayudaron a cruzar hacia el otro lado.

Los animales quedaron jadeando, sin poder continuar su persecución, mientras el cura seguía lanzando tiros al aire para espantar a los que habían entrado a las dependencias. De los dos auxiliares, ni hablar. Seguramente dormían y no se percataron de lo que estaba sucediendo afuera. De todos modos, el cura después les dio unas reprimendas, ya que seguramente se habían dormido profundamente tras tomar algunos tragos.

Petrificados ante la situación, decidieron descansar escondidos en unos matorrales y tomarse un tiempo para que todo se calmara. Estando en el otro sitio, y esperando también que los perros bajaran la guardia, entendieron que la reacción de los curas indicaba que podrían llamar a la policía, pues estaba claro que unos intrusos se habían metido.

Desde el otro lado escucharon voces y puertas que se cerraban en los interiores. Al rato, sintieron los pasos de los curas que pisaban sobre las hojas en el suelo, revisando el perímetro con escopetas en mano. Pasados algunos minutos, iniciaron la retirada al cerciorarse de que todo estaba en calma, no sin antes lanzar otros tres disparos al aire y comentar en susurros que los malditos habían cortado el alambre de la muralla.

Los perros aún seguían asustadizos, olfateando el suelo y lanzando uno que otro gruñido. Un rato más tarde, todo cesó y la policía no se hizo presente. Laura y sus amigos regresaron al vehículo como unos verdaderos delincuentes, presos del miedo y el espanto, pensando que ahora podrían ser descubiertos en plena calle. Imaginaban que uno de los hombres de sotana se les

aparecía de frente en la penumbra, apuntándoles con el cañón. Afortunadamente, pudieron llegar sin problemas al auto y salir rápidamente del sector. Ya en la cabaña pudieron respirar. No paraban de reír, tirados en los sillones, producto de los nervios y de haber salido ilesos de la aventura. Fácilmente pudieron haber sido descubiertos o alcanzados por algún perdigón.

Laura preparó café y, con eso, lentamente fueron recuperando la calma y entibiando el cuerpo. David trajo un paño de cocina y comenzó a limpiar el viejo bolso de cuero. Después, con las manos temblando, tomó las cosas que había dentro. Meticulosamente sacó los rollos y la bolsa con las fotografías que, a pesar del tiempo, estaban en buenas condiciones. Las imágenes no se veían deterioradas, solo algo pegadas unas con otras. Junto a sus amigos fueron separándolas cuidadosamente para no estropearlas. Aun así, estaban bien, solo un poco amarillas.

Eran alrededor de treinta fotografías que mostraban al alumnado en diferentes momentos y fechas especiales. Unas cuantas mostraban al cura con un muchacho en la iglesia, la sacristía o en algún rincón, en situaciones comprometedoras. En aquel tiempo, estas actitudes eran inocentes y sin mala intención, pero analizadas mejor dejaban bastante que desear. De la noche en el confesionario no había ninguna. Esperaba David que, ojalá, en los rollos estuvieran esas imágenes.

Retrocedió treinta años, pensando cómo pudo captar aquellas fotografías sin que se dieran cuenta. El cura sabía perfectamente lo que estaba haciendo justo cuando la cámara lo captaba con los muchachos.

Laura y Agustín, asombrados, observaron el rostro de Felipe, que se distinguía perfectamente junto a los niños en diferentes situaciones: abrazos apasionados, caricias en el rostro, un

beso casi en los labios o mimos de forma extraña. Salían sobre todo los dos excompañeros de David que ahora, de adultos, habían denunciado. Se distinguían perfectamente junto al párroco, pues no habían cambiado tanto sus rostros.

Los curas se sabían defender muy bien frente a intentos de robo o de extraños en las dependencias. A lo largo de los años, más de un par de veces les había pasado lo mismo. En el predio había paltos y árboles frutales que eran apetecidos por los amigos de lo ajeno. Por eso, siempre criaban perros y tenían aquellas armas que usaban en ese tipo de situaciones. Nunca decidieron tener algún vigilante; pensaban que era una pérdida de dinero. Además, en el último tiempo las ofrendas no eran tan generosas.

Al otro día, el cura Felipe se levantó rezongando por la situación de la noche. Meticulosamente, junto a su compañero, revisaron el área y la iglesia. No había rastros de nada. Todas las cosas en el interior estaban en perfecto estado. Los utensilios ceremoniales, que eran antiguos y de plata, se los llevaban a la casa cada vez que terminaban las misas. Tiempo atrás les robaron un par de estatuas por la noche. Luego las hallaron carbonizadas en un cerro, en medio de un círculo de piedras y una estrella pentagonal. No había nada de valor para llevarse. La única prueba de los intrusos era la puerta, que quedó en malas condiciones. Llamaron a don Ramón, uno de los auxiliares del colegio, para que la reparara lo antes posible, antes del anochecer.

No se les ocurrió subir al altillo y revisar. La situación les pareció extraña. Pensaron que tal vez los desconocidos no alcanzaron a hacer lo que supuestamente harían al ser descubiertos por los canes. Con los disparos, seguramente se asustaron y arrancaron antes de cometer el delito. Sin embargo, no muy convencidos y tomando precauciones, llamaron a Carabineros

para que estuvieran al tanto. Estos llegaron e hicieron también una revisión, tanto dentro como en los límites, pero no hallaron nada anormal. Ni siquiera quedó algún resto de carne en el suelo; solo la bolsa que transportaba los filetes, bajo las bancas de la iglesia. Pero no le dieron importancia o no se dieron cuenta de que estaba ahí. Además de eso, la otra evidencia era la puerta que abrieron forzosamente.

Los uniformados preguntaron por qué no les habían llamado la misma noche, ya que podría haber sido más peligroso, pero los hombrecillos se hicieron los desentendidos. Ofrecieron a los curas dejar una patrulla vigilando durante el día y la noche siguiente. Estos aceptaron, no por temor a que los delincuentes volvieran, sino para que se cumpliera el protocolo policial y ellos hicieran su trabajo como correspondía. Con lo reacios que eran, se dijeron que no estaba de más recibir la ayuda de Carabineros.

Por esos días, Blanca Mirosetti, la esposa de Prath, salió a la palestra tras un reportaje en televisión por unos terrenos fiscales en Osorno que su marido había adquirido de forma fraudulenta a mediados de los años ochenta, los cuales más adelante puso a nombre de su mujer. El cura se enteró de la noticia y andaba bastante nervioso, pensando que llegarían las autoridades a la institución a investigar. Todo aquello, desde tiempos antiguos, pertenecía al Estado. Sin embargo, Manuel Prath hizo firmar papeles a su mujer, los que la designaban como única dueña de todo el predio y las instalaciones. Todo esto con el propósito de resguardar las operaciones secretas de aquellos años, que terminaban al fondo del sitio, en el subterráneo de la bodega.

CAPÍTULO 19

Al otro día por la mañana, David no podía convencerse de que, después de tantos años, hubiese rescatado aquellas evidencias en el viejo altillo de la iglesia. Junto a sus amigos aún tenían la adrenalina por las nubes, pensando en lo que habían hecho. Pensaban en si dejaron algún rastro que pudiera delatarlos. Decidieron quedarse en la cabaña; no fuera a ser que alguien cercano al cura hubiese sabido de lo sucedido la noche anterior y se topara con esos tres desconocidos que andaban por el sector haciendo preguntas.

Era un día perfecto para estar al calor de la chimenea, pues pronto comenzaría a llover nuevamente. Es lo que habían anunciado por televisión para aquellas regiones del sur. Habían comprado provisiones y un buen vino tinto en un minimarket del pueblo. Decidieron quedarse todo ese día y ver alguna película por el cable. Así fue pasando lentamente la jornada. Casi al mediodía, la lluvia cayó de forma sublime.

El lago, bajo la lluvia, parecía un óleo contemporáneo al otro lado del camino, entre los pinos que se mecían en un vaivén fresco y armonioso. Por la tarde, el calor del fuego en la sala y el vino tinto los aturdió. Parecían niños bobos echados en los sillones. Aquello era perfecto, el momento ideal: lejos de la ciudad, del estrés laboral, de las preocupaciones de cada uno. David, rasgueando los acordes en su guitarra a un ritmo lento y perfecto, provocó un letargo etéreo que los escondió del mundo exterior. Se habían distendido bastante y se reían a carcajadas con el más

mínimo detalle, efecto de unos pitos de marihuana que David había llevado envueltos en un bolsito.

Ya era una costumbre arraigada que tenía desde hacía unos años y que sabía controlar muy responsablemente. Laura no había fumado desde su salida de la universidad. Esta vez aceptó probar, ya que su amigo fue muy insistente. A Agustín no lo pudo convencer. Le bastaba con sus cigarrillos, que lo reconfortaban y desinhibían como el vino. Socializaba con más soltura y hablaba hasta por los codos. Eran vicios que sabía controlar perfectamente. Nunca bebía más de dos copas seguidas por recomendación de sus terapeutas, pues fácilmente las personas con TEA pueden volverse adictas al alcohol, dado que esto los desinhibe y les resulta más fácil socializar. Conocía amigos bajo su misma condición que, en situaciones de celebración, bebían más de la cuenta para relajarse y ser más abiertos a la hora de interactuar con los demás. Tampoco era un adicto al tabaco; solo lo hacía cuando se juntaba con amigos, dos o tres cigarrillos nada más. En lo cotidiano, podía ser que fumara uno al día o, a veces, ninguno, y eso era todo.

Afuera, todo seguía su curso normal. La vida avanzaba mientras ellos contaban los segundos que parecían suspendidos en el aire y el tiempo, contagiados por las notas musicales flotando en aquella habitación. Laura y Agustín, minutos después, quedaron un poco más allá, saboreando el brebaje. A ratos hablaban en susurros, mirando de reojo a David, quien parecía estar en su mundo, en el espacio exterior, levitando entre colores y claros de luces, a kilómetros de ellos dos. Por las ventanas se deslizaba la lluvia que caía sin parar, ya casi en el ocaso. Sentían deseos y ganas de amarse el uno al otro, emprender un nuevo sendero tomados de la mano. Aunque pareciera patética la situación, era imposible resistir al corazón. El camino inevitable

del amor los llevaba a toda prisa a encontrarse, pero ninguno de los dos quería sucumbir a ese sentimiento. Huían y se resistían. Podría ser que él tuviese la capacidad de abordarla sin temor a nada, que tomara una decisión concreta, que dejara sus boberías y cursilerías, que ya no cabían en un abismo de pasiones desbordadas. Laura lo conocía: lento y discreto, sencillo, observador. Eso le gustaba.

De pronto, se les ocurrió hacer una travesura y decidieron cruzar hacia el lago. Dejaron a David casi dormitando en el sofá y salieron como dos loquillos hacia afuera. A Laura, aún con el efecto del psicotrópico, le pareció única esa instancia. Se pusieron unas parkas que tomaron del perchero y llevaron unos paraguas que habían colgado en el corredor delantero. Iban riendo bajo la lluvia, pues las copas que también habían tomado hicieron efecto en sus sentidos, sobre todo en Laura.

Al salir, la lluvia parecía caer con más fuerza sobre el cemento, mientras uno u otro vehículo pasaba a más de cien kilómetros por la carretera, con las plumas del parabrisas en marcha.

«Llueve y está mojada la carretera», alcanzaron a escuchar la canción en uno de los automóviles.

Cruzaron y atravesaron los pinos para llegar al pequeño muelle, adentrándose en las aguas. Había dos lanchas aparcadas en la orilla y, más allá, unos botes.

Quedaron quietos en la mitad, contemplando la inmensidad del lago que no tenía límites. El sonido del aguacero sobre las aguas era mágico. No hacía falta hablar, solo escuchar. Sus corazones latían a cien en secreto, pero cada uno, ensimismado, apreciaba el ambiente pensando en el otro que estaba a su lado bajo el paraguas. Agustín quería estrecharla y besarla, pero se retenía, pensando que aquellas ganas solo podrían ser el efecto del

alcohol o de aquel particular ambiente que quería jugarle una mala pasada. ¿Cómo enfrentaría aquello después, cuando estuviera totalmente sobrio? Las copas le habrían revuelto la mente. Ella le daría una cachetada y quedaría en ridículo en medio del aguacero.

Ella aún no quería doblegarse y ceder. Tan independiente y decidida ante la vida, ¿cómo se pudo permitir de nuevo caer ante un posible sentimiento de amor que la deslumbrara? Tampoco eran unos adolescentes para ver nubes de colores en el cielo o sentir cosquilleos en el estómago, como cuando tenían veinte años y las hormonas disparadas frente al sexo opuesto. Eran adultos para actuar conforme a lo que sentían; no andar dando explicaciones. Qué más daba, no había nada que perder. Estaban de nuevo como aquella vez en el teatro, pero había una situación que durante todo ese tiempo le cortaba las alas a Agustín.

Tenía la cabeza revuelta de tanto sacar conclusiones que no le llevaban a ninguna parte. Se sentía en un triángulo amoroso con David y ella. Creía que era un obstáculo y que se estaba interponiendo entre los dos; que él no tenía cabida allí, aunque hubiese llegado primero a la vida de Laura. Los sentía cercanos: a ella, encantada con su música, y a él, con esa cortesía de hombre perfecto, dócil y sentimental. La percibía deslumbrada ante alguna pieza musical que tocaba para ella. En cambio, él se sentía tosco y sin ningún talento para fascinar ni alabar. Estaba convencido de que esos dos se sentían atraídos. No quería ser una piedra de tropiezo para ninguno. Le bastaba tenerlos como amigos. Después de todo, podía bloquear fácilmente aquel sentimiento peligroso, porque con el tiempo se acostumbró a estar solo, no depender de nadie y no embarcarse en una patética relación de pareja.

Durante el último tiempo se había mantenido bien solo, y su trabajo en la fundación le daba bastante satisfacción emocional. Allí disponía todo su corazón, siendo un aporte directo en la ayuda a los padres. Por otra parte, Gaspar era una buena compañía hogareña, que lo mantenía pendiente del veterinario, las vacunas, su comida y limpieza. Era independiente y cada uno se mantenía en su espacio. Si al felino lo aburría la relación, partía sin rumbo fijo por unos días y después volvía como si nada hubiese pasado, indiferente, sin dar explicaciones. Luego, de nuevo se habituaba fácilmente a la rutina con su amo y las costumbres de la casa.

Se lo había traído cuando fue a Valdivia a pasar una temporada con su hermana, a los días después de que su mujer partió con el negro. Paseando a orillas del río Calle-Calle, una tarde en que llovía a cántaros, el animal se le cruzó en el camino y no se apartó más de él. Fue imposible resistirse ante aquellos ojos amarillos que le miraron fijamente desde abajo, empapado y con el pelaje incrustado en los huesos, maullando de hambre y frío. ¿Cómo era posible dejarlo allí y ser tan indiferente? Por un segundo sintió lástima y, aunque jamás le gustaron los animales domésticos, no le quedó más alternativa que desprenderse de su bufanda, envolverlo y llevarlo a casa. Su hermana dio un grito de espanto cuando vio a la criatura, una rara mezcla de rata y murciélago. Pero allí lo abrigaron al calor de la chimenea, le dieron a beber leche y, en esos días, lentamente, el pobre se fue recuperando y tomando nuevas fuerzas. Posteriormente lo llevaron al veterinario. El médico señaló que estaba en perfectas condiciones y que apenas tenía unos tres meses de vida. Seguramente había sido abandonado por ahí o arrancado del regazo de su madre y había perdido su rastro.

Agustín lo llevó a Santiago y le puso por nombre Gaspar. A pesar de que sus sobrinos le rogaron que se los dejara, el hombre decidió llevárselo pensando que iba a ser una buena compañía por esos días. Si no se acostumbraban los dos o si el animal no soportaba la vida de la ciudad, se lo llevaría de vuelta.

Agustín quedó paralizado mirando el lago. Frente a sus ojos tenía una pintura semejante a la de Vincent van Gogh: la noche oscura y aterciopelada sobre el lago, desde el cielo cayendo la lluvia colorida en un infinito mar de cristales de diferentes tonos azules. En el firmamento, una fiesta de constelaciones daba vueltas por los cuatro puntos cardinales. Estaba embobado, soñando despierto, volando sobre ese diáfano cielo para caer, al instante, en ese mar azulado. A lo lejos, una voz del más allá iba y venía en susurro. Era Laura, diciéndole que ya era hora de volver a la cabaña. Esta lo tomó del brazo y al instante recobró el sentido. Se miraron por unos segundos y regresaron sin emitir una palabra, pero el silencio hablaba entre los dos; se llamaban a gritos. Hubiese querido permanecer junto a ella, danzando en esa fiesta de colores en el lago.

Ninguno de los tres quería volver a su realidad en Santiago. Aquellos días fueron bastante confortables, tanto en lo físico como en lo espiritual; se la pasaron muy bien. Se olvidaron completamente de sus trabajos, familias y del ajetreo de la ciudad para disfrutar de aquellas vacaciones, conociendo Los Robles con sus encantos de pueblito sureño. Disfrutaron caminando por la orilla del lago que daba a las terrazas, saboreando chocolate caliente con pies de limón en un acogedor local.

Visitaron las termas ubicadas en el parque nacional de Los Robles, cuyas aguas brotan de forma natural desde las profundidades, trayendo consigo propiedades curativas impensadas. Es-

taban rodeados por una naturaleza húmeda, vibrante y siempre verde, de riachuelos, lagos y bosques nativos que se extienden hacia los interiores. Subieron a volcanes e hicieron un tour por las montañas hacia reservas naturales y humedales. Un paraíso natural desbordante en diferentes formas y estilos. Nada que envidiar a las bellezas naturales de otros países. Pero había que volver a lo de siempre y a todo lo que ello implicaba: seguir con sus vidas normales.

Aquellos días habían servido para que se afianzaran aún más entre ellos las ganas de seguir juntos y ayudarse en toda circunstancia. Por ahora, lo más importante por resolver era el tema de David y ver el desenlace de todo aquello. Pero él ya estaba resuelto. Se le habían ido los miedos y estaba dispuesto a ir con todo y sacarse definitivamente ese peso de encima. El paisaje verde y vibrante del sur contrastaba bastante con la capital, más seca y opaca, llena de smog y de un calor sofocante que ahogaba la ciudad aún por esos días. Fue así como cada uno retomó sus labores habituales y prosiguieron con sus vidas normales, esperando volver a repetir aquel viaje en otra oportunidad.

CAPÍTULO 20

Agustín ya no podía ser indiferente al sentimiento de amor por Laura. Eso lo tenía bastante inquieto. Quería salir corriendo hacia ella, abrazarla y decirle que estuvieran juntos por siempre. Después de haber ido por Gaspar a un refugio donde lo había dejado, comenzó a ordenar y separar su equipaje luego de que regresaron de Osorno. Entonces aceptó definitivamente estar enamorado como un adolescente. Le gustaba estar así, pero también se atemorizaba pensando que eso no pudiera tener buen futuro o que a ella no le importara. La encontraba tan indiferente y sin ganas de sucumbir al amor, atraída por David.

Tal vez, ante su condición, ella simplemente lo rechazaría, con temor o vergüenza de emparejarse con él. Aun así, decidió resolver aquello sin importar los resultados. Quería hacerlo antes de que ese sentimiento fuera creciendo más y más y se desbordara por completo, hasta caer a un precipicio sin fondo. Después de todo, si ella no quisiera nada seguirían como amigos. Tampoco estaba dispuesto a que eso comenzara a ser un tormento en su corazón y a perder el control de sus emociones. Todavía estaba a tiempo y, en situaciones de ese tipo, se conocía perfectamente. Sabía cuándo podía perder el equilibrio o cuándo tenía que poner punto final a todo.

Aunque le estaba costando mucho dar aquel paso, porque sentía que la timidez lo invadía y lo dejaba paralizado, entendía que eso era parte de su condición. Tendría que realizar un esfuerzo extra para resolver aquella situación, así como lo había hecho otras veces y en otras circunstancias. Después de todo,

con su mujer también le sucedió casi lo mismo. Estuvo ocho meses amándola en silencio; después se conocieron y le llevó otros ocho meses decirle si es que podrían ser algo más que amigos. Como no se atrevía a darle el primer beso, ella lo agarró desprevenido. También ella le pidió pololeo, puesto que era un buen tipo y bastante bien parecido.

En los días siguientes retomó su trabajo en la fundación y se contactó con su abogado para ver cómo iba el asunto del divorcio, porque era una situación que quería resolver lo antes posible, aunque su mujer no quería referirse al tema. La había llamado en tres oportunidades para hablarle directamente sobre la situación; sin embargo, ella desviaba la conversación y comenzaba a hablar de otras cosas, o decía que estaba muy ocupada y que la llamara en otro momento. Pero ya era tiempo, más que nada por su propio bienestar mental, de desligarse completamente de ella. Ya no le quedaba amor para buscarla, solo el recuerdo de haber sido su primer amor y la persona con la cual construyó un hogar y tuvo hijos en común; solo eso.

En los primeros meses de separación mantuvo la ilusión de poder recomenzar de nuevo o de que ella dejara al negro y volviera a la casa, ya que de igual manera la amaba. Pero, en la medida en que avanzó el tiempo, fue perdiendo las esperanzas y entendió que los últimos meses juntos eran solo costumbre; la relación sentimental ya no daba para más. Se sentía abrumado por las circunstancias y un monigote de su propia mujer. No quería volver atrás. Aprovechó su partida. Ahora que llevaban más tiempo separados, se dio cuenta de que no había sentimientos involucrados para un posible retorno. Esto le produjo un gran alivio y se sintió libre, sin ataduras que lo mantuvieran ligado a ella. Lo del contrato de matrimonio solo era cuestión de poner una firma y nada más.

CAPÍTULO 21

Uno de los amigos de David tuvo, como otras veces, una conversación con el promotor de justicia sobre la denuncia que había hecho tiempo atrás en contra de Felipe de León. La autoridad religiosa esta vez le señaló que el trámite ya estaba en curso, porque los testimonios en el programa y todos los detalles expuestos ante todo Chile intimidaron bastante al círculo eclesiástico.

Por otra parte, colaboradores de la curia cercanos al cura opinaban, sin preámbulos, que eso ya era historia pasada y que no había fundamentos para culpar a De León; que lo único que los denunciantes buscaban era desprestigiar al monseñor o recibir alguna compensación económica. Cómo era posible que, a esas alturas, quisieran perjudicar a un hombre de bien, que ya estaba bastante viejo y que había sido de gran ayuda para tantos niños y familias del sur. Gracias a él, David y muchos otros estudiantes habían alcanzado grandes logros personales. Seguramente Dios lo estaba esperando con los brazos abiertos allá en el cielo. Chile entero, y hasta el papa, se iría en contra de ellos si insistían en llevar esto más allá. La Iglesia católica tenía mucho poder; iban a salir bastante mal parados de todo eso. Debían seguir su camino, cuidando de sus familias y carreras; eso era lo que importaba. Ellos eran jóvenes con raciocinio en aquella época. Ante el supuesto de que todo eso fuera verdad, ellos sabían muy bien lo que estaban haciendo. Frente a eso, también eran responsables.

Ante tales dichos, se sintieron menoscabados y humillados. Pero durante muchos años se habían mantenido en silencio y no querían seguir callando, a pesar de los dichos de los religiosos y de personas adherentes al cura. Meses más tarde, estuvieron toda una mañana declarando y relatando los hechos de forma separada, los tres, frente al fiscal, detalle por detalle, ya que al parecer sus memorias volvieron a aquellos años y no les fue difícil recordar todo. Uno a uno fueron exponiendo de forma particular su historia, la cual tenía ciertas similitudes entre sí. Su abusador había sido De León y los dos curas cómplices que mantenían en silencio todo lo que pasaba.

Todo lo que hacía junto a los chicos De León lo miraba descaradamente desde un punto de vista espiritual. Eso convencía a los muchachos. Era tan estrategia que los hacía sentir culpables de todo. Después de cometer los delitos, los enviaba a confesarse donde los curitas.

Era una regla fundamental del cura decirles, antes de cometer el hecho, que eso les pasaba a todos los muchachos que estaban descubriendo el amor; que, si no era él quien les abría los ojos, de igual modo podría ser un familiar, un tío o algún profesor. Les decía que aquellas prácticas se daban en la mayoría de las familias para iniciarlos en las cosas íntimas del sexo. Él, como enviado del Señor, debía prácticamente cumplir la labor de sus padres. Tenía que guiarlos en el camino para que se prepararan para el matrimonio, porque en la intimidad sexual todo eso ocurría.

De León les señalaba que no por coincidencia habían llegado al internado; que Dios había hecho aquel milagro para que se encontraran y que ellos, en obediencia y agradecimiento, tenían que hacer todo lo que él les indicaba, porque era un enviado directo del Señor. Los jóvenes estaban en crecimiento y se dejaban

llevar por el engatusamiento que este religioso, tan inalcanzable y sublime, les decía, aprovechando la vulnerabilidad tanto física como emocional de los muchachos. El cura era una especie de redentor divino que los salvó de un futuro sin historia y les dio todo, y a manos llenas. Ante esto, los jóvenes no podían decir ni media palabra, pues él era todo lo que tenían. Nada más.

Fue un bombazo la noticia en la televisión para la Iglesia católica y la opinión pública. Si bien ya se sabía de otros abusos que no lograron repercutir de forma tan abrupta en los medios, ya que provenían de sectores humildes, aquello fue un lanzazo directo al corazón del Vaticano. Los dos profesionales se destacaban mucho en el medio en el cual se desenvolvían; tenían un gran prestigio, cada uno en sus profesiones, así como también la fama de David, que iba en ascenso. Tal vez por eso la noticia tomó tanto peso y fue de gran interés para la prensa nacional e internacional. Los afectados anunciaron, mediante entrevistas, que iban a llegar hasta las últimas consecuencias en contra de la Iglesia al no prevenir delitos de connotación sexual dentro del clero. Con las declaraciones que acusaban directamente al cura de Osorno, se aplicaría todo el peso de la ley en contra de los responsables. Fue tanto el alboroto que por eso se convocó a aquella conferencia de prensa por el canal nacional, a la cual ellos aceptaron ir para dejar en claro hasta dónde iban a llegar y que no iban a permitir que aquello siguiera quedando en el olvido. No se iban a dejar intimidar ante el más mínimo rechazo de la sociedad católica, adherente al cura, ni frente a otras opiniones, como lo habían hecho otros denunciantes que corrieron la misma suerte en otros casos.

Aun así, los primeros días se sintieron debilitados o dudaron de lo que habían hecho, pues la prensa los asediaba de forma extrema. Sectores políticos y de toda índole tenían opiniones

divididas. Hubo periodistas que no tardaron en llegar a Los Robles para pararse fuera del establecimiento y preguntar a los funcionarios, o afuera de la iglesia, en la misa del día domingo, tratando de entrevistar al mismo Felipe o a alguno de los fieles que, con mucho orgullo, defendían al cura. De León todavía permanecía ejerciendo sus deberes en las dependencias, a pesar de las acusaciones en su contra. Después de terminar el sermón, salía de inmediato por detrás de la iglesia para escabullirse en su casa, mientras el joven vicario despedía a la multitud y, junto a los fieles, trataba de ahuyentar a los periodistas. Fue tanto el alboroto que Carabineros resguardaba las salidas del colegio y de la iglesia los domingos por la mañana.

El pueblo se vio invadido por la prensa y las familias; la mayoría ofreció todo el apoyo al religioso, pues durante todos esos años había ejercido un rol fundamental en la educación de los hijos, amparando a los más vulnerables en el internado y ejecutando innumerables obras sociales por toda la región. Sin embargo, fue necesario que los encargados de la iglesia se pronunciaran, ya que los días pasaban y la mayoría de las veces solo se mantenían en silencio cuando la prensa los interrogaba. Lo único que manifestaban era que las entidades competentes ya estaban investigando. El arzobispo convocó a una conferencia de prensa para exponer la postura de la iglesia frente a la situación y así calmar un poco el estruendo que todo eso significó. Señaló que seguía en marcha la investigación eclesiástica para esclarecer los hechos y que durante todo ese tiempo habían estado recolectando evidencia. No era llegar y culpar a alguien con una acusación tan grave.

Con denuncias, declaraciones y todo, David tenía contratos aquel año para muchos eventos dentro de Chile y en Centroamérica. Esto le suponía dedicarle mucho tiempo a la

música: ensayos y juntas musicales con otros colegas. Y, aunque el trabajo con los muchachos en el colegio le daba bastante satisfacción personal, aun así presentó su renuncia a la directora para abocarse de lleno a lo que su corazón le indicaba; para eso había estudiado. Se le estaban abriendo muchas puertas. Incluso lo contactaron por encargo de Joan Manuel Serrat para que lo acompañara en el Festival de Viña del Mar, en el próximo certamen. Andaban en busca de algún músico chileno que los acompañara en guitarra clásica.

David les grabó algunos videos interpretando composiciones del artista y se los envió. Joan, junto a sus colaboradores, revisaron el material e inmediatamente lo llamaron para decirle que estaba contratado y que pronto se comunicarían con él para conversar sobre el asunto. Esto lo tenía bastante motivado. No iba a permitir que los acontecimientos ocurridos con respecto a la denuncia pudieran empañar su carrera, que iba en ascenso, sino todo lo contrario. Eso le permitió darse más a conocer y que gente de su medio estuviera pendiente de su trabajo musical. Le ofrecían toda la ayuda que necesitara y le enviaban mensajes de apoyo a la causa. Andaba más emocional que de costumbre; le echaba la culpa a todo el proceso que estaba viviendo. Recordar su pasado en Los Robles y, de pronto, poder descubrir sus orígenes y las condiciones en que llegó al internado no era una situación menor.

En más de alguna ocasión los curas u otra persona se lo contaron de pasada, pero ya ni siquiera se acordaba de los detalles: que su madre falleció al dar a luz y que su padre estaba vivo. No sabía por qué se llamaba David Vergara ni de dónde traía ese apellido. Aunque sacaba fuerzas, de igual modo sus emociones le pasaban la cuenta. Después de todo, era músico; sensible y sentimental por naturaleza. Su psicóloga tenía razón al decirle

que, para poder vivir en paz y tranquilo, es necesario resolver lo que había quedado inconcluso en el pasado, las situaciones que van marcando la vida. Por más que intentemos ser indiferentes, de igual manera el corazón sigue latiendo, porque somos de carne y hueso.

Al hecho de haber crecido sin sus padres jamás le tomó importancia; a lo que pasó con los curas tampoco, pero ahora se estaba sintiendo casi vulnerable: era como si todo volviese queriendo estropear su vida. Ante eso tomó los resguardos para no debilitarse. Más que nunca se cuestionó, junto a Laura y Agustín, si era posible vivir no dependiendo de alguien al lado para estar bien; si los quehaceres de la vida podrían llenar aquel espacio vacío, al fin y al cabo. Recordó un par de amores con los cuales involucró sentimientos que tal vez lo enamoraron, pero los desechó y no quiso comprometerse ni ahogarse en una relación estable. Pensó en Isabella por esos días. A pesar de tantos años —como algo trascendental— se le vino a la mente aquel amor de tan pocos días que, sin embargo, fue intenso. De una u otra manera, en todo ese tiempo, en ocasiones se le venía a la cabeza. Lo más sorprendente fue que nunca supo si la joven intentó buscarlo tiempo después.

Muchas veces ella trató de seguirle el rastro, pero inevitablemente lo perdía. Algo tenía que decirle. Pensó que tal vez el destino algún día les diera la posibilidad de reencontrarse por algún motivo especial. Era increíble, pero a pesar del tiempo todavía la recordaba tal cual, tan frágil y fuerte a la vez.

Con los años regresó a Viena y, como un niño embobado, caminó por la ciudad buscándola entre la multitud y los lugares en los que habían estado, solo por un acto de fe, creyendo que, mediante un milagro, esta iba a aparecer para abrazarlo y retornar al cuarto de hotel en el cual se habían amado tanto.

Por esos días andaba inquieto, pensando que algo podría pasar o que tenía algo pendiente por resolver, algo distinto a lo habitual; pero aun así andaba focalizado en lo que estaba pasando. En algo ayudaban las juntas de viernes por la noche junto a Laura y Agustín. Aunque a veces prefería retirarse temprano o simplemente no se reunía, porque hacía semanas se había dado cuenta de que posiblemente a Agustín pudiera interesarle Laura, y no precisamente como amiga. Desde hacía tiempo estaba analizando aquella situación, puesto que estos dos se lanzaban indirectas. Sus miradas daban a entender mucho, aunque ellos no se daban cuenta o se hacían los desentendidos.

Tiempo atrás sintió la posibilidad de dejarse llevar ante un brote de sentimientos por ella, porque también su amiga, en ocasiones, parecía coquetearle, aunque de forma muy discreta. Fue descartando cualquier tipo de posibilidad, dado que Agustín tenía muchos más puntos que él, ya que la conoció primero y algo de química había entre los dos. Estos dos sí podrían instalar una relación realmente seria, con perspectivas a futuro y recomenzar, de nuevo, a pesar de lo que habían vivido. Aunque en ocasiones eran tan indiferentes... seguramente era una jugada para hacerse los interesantes. Aunque ellos no quisieran reconocerlo, a simple vista se percibía que se necesitaban y el amor estaba llamando a la puerta.

Él, sin embargo, no quiso sembrar en ella sentimientos que después no iba a poder corresponder, a pesar de que sintió cosquillas en el estómago. Fueron pasajeras, no para entablar algo serio. Los otros dos sí estaban camino a eso. Eran un poco más razonables que él, con los pies más puestos en la tierra.

Agustín tenía que tomar una determinación, dejar las niñerías y arriesgarse ante Laura. Ya no quería seguir cargando ese sentimiento por nada. Estaba decidido a jugarla. Después

de todo, para bien o para mal, su vida continuaría con o sin su amor. Andaba inquieto y desconcentrado, y eso le molestaba y lo sacaba de foco frente a su rutina cotidiana. Por eso se acercó un día, por la noche, al apartamento de David, sin que ella lo supiera, pues si se daba cuenta de que se habían reunido sin avisarle seguramente les cobraría sentimientos.

Agustín lo llamó por la tarde para decirle que necesitaba hablar con él, pero era preciso que Laura no lo supiera, ya que era un tema bastante personal.

Llegó nervioso e inquieto. David le sirvió un té y allí, primeramente, hablaron trivialidades y rieron un poco. Esto produjo que Agustín se soltara y así, sin más preámbulos, le preguntó qué intenciones tenía con Laura, puesto que necesitaba saberlo, ya que, sin querer, le estaba interesando, y no precisamente para seguir siendo su amigo. Si David la quería, él se retiraría pacíficamente y seguirían siendo amigos como siempre. Pero ya quería sacarse esa espina del corazón que lo atormentaba por las noches y le mortificaba los días, pensando si ella le iba a corresponder o no.

Su amigo fue muy claro y preciso al decirle que, tal vez, en un momento la quiso conquistar, porque llegó a sentir deseos por ella, pero estaba muy confundido y, ante esto, preferiría retirarse. Se había dado cuenta de que ellos se estaban resistiendo por nada y no entendía por qué esperaban que el tiempo siguiera pasando, si ninguno de los dos tampoco tenía compromisos. Aparte, ella era una gran mujer y, en cualquier momento, podría aparecer alguno con adulaciones, enamorándola.

Le aconsejó que no perdiera el tiempo. Los dos eran personas maduras y no hacía falta sacar tantas cuentas para entender que se querían el uno al otro. Se alegraba mucho, porque se merecían estar juntos.

Con esta conversación, a Agustín se le aclaró más la película y ahora no tenía obstáculos ni excusas que lo detuvieran. Estaba pendiente el tema del divorcio. Quería tener un poco resuelta esa situación para poder hablar con Laura y que ella no le reclamara, en el supuesto de que quisiera tener algo con él.

Sin embargo, tiempo después, se presentó una situación que lo desequilibró y lo dejó bastante mal. Tuvo que postergar la conversación, ya que recibió un aviso de su esposa diciéndole que estaba en la ciudad y necesitaba hablar con él. Le dijo que, después de todo, todavía estaban casados y no podía desentenderse de ella tan fácilmente. Le exigía que la buscara lo antes posible; estaba instalada en la casa.

En mala hora la condenada tuvo que aparecer, se dijo para sí. A qué mierda había regresado a Chile; a fregarle los días. Y de qué diablos quería conversar. Tal vez era por el tema del divorcio. Eso sería bastante bueno, en todo caso. Aunque la conocía bastante bien como para que tuviera buenas intenciones y por nada firmara los papeles. Algo se traía entre manos, seguramente. ¿Por qué insistía en verlo tan a prisa?

Estaba dispuesto a todo para que se devolviera lo antes posible con el negro, si es que todavía seguían juntos y no la hubiera dejado abandonada a su suerte allá en Río. Se contactó con uno de sus hijos para que le avisara dónde se juntarían, pero esta quería verlo en la casa; ahí lo esperaba, lo antes posible.

CAPÍTULO 22

Las primeras semanas fueron a todo trapo junto al mulato. Durante el día la deslumbró por las playas de Río y, en la noche, la paseó por las avenidas iluminadas con palmeras y bulevares frente al mar. Bebieron caipiríña, mojito cubano y otros cócteles de todo gusto. Cenaron y comieron postres y platos típicos de la zona.

Pero esa realidad se acabó de la noche a la mañana cuando el negro la puso a trabajar en un bar bastante ostentoso, por cierto, en el centro de la ciudad, el cual administraba desde hacía un par de años. La puso a trabajar porque los ahorros que llevaba para la operación, sin darse cuenta, se los gastó todos junto al negro.

Perpleja ante la situación, no le quedó otra opción que ayudarlo en el negocio, pues el hombre la tenía fascinada, embobada como una adolescente. Además, no le quedaba ni un peso y Agustín había bloqueado las tarjetas desde Chile.

Paulo le dio la opción de ayudarla con la mitad de su operación. El resto tendría que ganárselo trabajando. A esta no le pareció tan buena la idea de ponerse a trabajar de mesera por las noches, pero era lo único que el negro podía ofrecerle, ya que los demás puestos estaban todos ocupados. Aunque eso no era lo que habían acordado cuando lo siguió a Brasil, no había otra opción. Afortunadamente, allá nadie la conocía y podía pasar desapercibida.

Después de ser operada, iba a tomar su lugar como pareja del mulato, aprovechando que este estaba loco por ella, pues se

la llevaba a la cama a cualquier hora del día como un jovencito insaciable. A las afueras de Copacabana la condujo a una villa que quedaba por unos barrios bastante discretos. Habían habilitado unas casas de allí como un centro clínico estético. En apariencia se veía bien estilosa. Nada evidenciaba que pudiera ser de dudosa reputación: funcionaba sin los permisos legales correspondientes, como se supo semanas después de su intervención quirúrgica en los noticieros.

Una veintena de mujeres, provenientes de países centroamericanos, denunciaron haber sido víctimas de procedimientos irregulares que habían dejado consecuencias gravísimas en sus cuerpos. Años atrás, la supuesta clínica ya había sido clausurada tras la muerte de una muchacha en el pabellón quirúrgico.

El médico responsable en aquellos años quedó en prisión junto a uno de sus asistentes. Sin embargo, tiempo después, fue reabierta por uno de los familiares del dueño tras conseguir permisos fraudulentos. Así comenzó a funcionar nuevamente.

Estuvo dos días en reposo en el establecimiento y después el negro apareció buscándola. Se la llevó toda adolorida a la casa, con unos dolores que la mortificaban brutalmente. Aun así, estaba contenta de haber cumplido su deseo. No le importaba lo hinchada que estaba, como un globo; morada como una betarraga, vendada como una momia y soportando las molestias de las suturas que le escocían fuertemente la piel. El supuesto cirujano le recetó unos analgésicos y, respecto a los malestares, señaló que estos, poco a poco, irían desapareciendo en la medida que pasaran los días.

Agustín se presentó el viernes por la tarde después de haber salido de la fundación. No habría querido toparse con su exmujer. La situación lo tenía con los nervios de punta, pero, irremediablemente, había que concluir el asunto del divorcio

para no seguir atado a ella. Fue así como se dirigió primeramente a una farmacia, pues se le habían acabado los ansiolíticos para poder pasar el trago amargo de la situación que le esperaba. Se compró un agua mineral y se tomó dos pastillas de un sopetón, de cien miligramos cada una.

Mientras iba camino a la cita, se imaginaba mil cosas y llevaba la cabeza bastante caliente. Pero, ¿qué querría la condenada? Ojalá lo de la firma de los papeles fuera real y pudiera terminar definitivamente con eso. Afortunadamente, los ansiolíticos hicieron efecto antes de llegar y se calmó bastante. Solo se sintió algo mareado. Después de todo, se tragó doscientos miligramos. Obviamente, aún conservaba la llave de su casa, por lo que entró sin avisar de su llegada.

Dentro estaba uno de sus hijos, quien lo saludó con un abrazo, pero algo indiferente. Entonces, el muchacho subió a su habitación.

—Mi madre te espera en su cuarto —le dijo.

Sintió algo de misterio y estaba presintiendo que algo inesperado había pasado. Armándose de valor, subió y golpeó la puerta de su exdormitorio. Su mujer, alzando un poco la voz, le hizo pasar. La vio envuelta en un camisón blanco y con el pelo tomado, recostada sobre la cama. Al instante, se incorporó y, sin saludarlo siquiera, le dijo que por su culpa había quedado en esas condiciones, por no haber tenido la decencia y delicadeza de pagarle una clínica de prestigio.

Ante sus ojos, Agustín tenía a su exmujer rellena de bótox, lo que hacía exagerar de forma caricaturesca sus rojizos pómulos de pelota, la remarcada boca de pato inflada y una ceja hacia la mitad de la cabeza. Para rematar, llevaba unos implantes de pecho bastante irregulares, uno distinto del otro, y una nariz exageradamente respingona. Se había hecho también una lipo-

succión para remover kilos de grasa de la cintura, con la que después le rellenaron el culo, aunque ciertamente no lo necesitaba.

Agustín no cabía de asombro preguntándose qué mierda se había hecho. No sabía si reír a carcajadas o ir donde ella a abrazarla, pues algo de lástima también sintió. Pero las ganas de reírse a carcajadas lo desbordaron. No pudo evitar una potente risa irónica.

—¡No te atrevas a burlarte! Estoy hecha un desastre. Todo por buscar una clínica económica que no era más que un fraude. ¡Seré el hazmerreír de todos! —le dijo ella, algo neurasténica, al momento de echarse a llorar como una Magdalena.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga yo, mujer, por Dios? No sé qué decirte.

A la mujer se le vino toda la furia encima y no tuvo pudor en culpar a Agustín de lo acontecido, ya que nunca se dignó a pagarle en Chile una buena clínica, teniendo los recursos necesarios para hacerlo. Caminó hacia un gran espejo que había para mirarse, lo que aumentó aún más su rabieta al contemplarse. Comenzó a llorar como una loca mientras se llevaba las manos a la cara y después se tocaba los pechos caídos bajo el camisón. Pero, al momento, volvió a la compostura, se acomodó el pelo y se puso un lápiz labial rojo en los labios inflados.

—La solución a esto, querido, es muy simple —le dijo—. ¿Quieres que te firme el divorcio? Pues lo haré, pero esto no te va a salir gratis. No te firmaré ninguna mierda hasta no tener depositados en mi cuenta siete millones de pesos. En Río hay una clínica donde se operan las grandes estrellas de la televisión y pueden arreglar todo el desastre que me han dejado. Ya lo he hablado con el cirujano.

Agustín no quiso calentarse la cabeza y, aunque la condición de su mujer le pareció descabellada, prefería desembolsar

esos millones de su cuenta para deshacerse completamente de ella y no seguir ligado con la infeliz. Pero ella no recibiría ni un peso hasta que pusiera la última firma en los papeles.

Ante esto, le encargó que agilizara lo antes posible el trámite porque tenía al negro esperando allá en Brasil. En cualquier momento podía caer en manos de unas golfas que le andaban tirando las presas al aire allá.

Para suerte de ambos, el abogado de Agustín fue muy eficiente e hizo un prolijo trabajo, apurando el trámite del divorcio, el cual ya hacía unos meses estaba encaminado. Finalmente, los citó a su oficina en el centro para que firmaran los papeles. La mujer llevaba todo ese tiempo escondida en la casa para no mostrar a los demás en las condiciones en que había llegado a Chile. Llegó al bufete cubierta hasta la nuca y con unas grandes gafas oscuras de sol, pero aun así no perdió la compostura ni su altivez. Cada quien firmó, y Agustín se la llevó en su auto a la casa para cumplir su parte y ver el tema del depósito.

Una semana después, ella tomó un vuelo nuevamente a Brasil, pues ya había agendado una cita por teléfono en la clínica para operarse y terminar con esa pesadilla. De regreso, se enteró de que al negro lo habían corrido del trabajo. Se lo encontró por la tarde en el apartamento, bebiendo cerveza mientras afuera la temperatura alcanzaba casi los cuarenta grados.

La tomó desesperado y le hizo el amor toda aquella tarde, sabiendo que la condenada llevaba la plata. Ante esto, la trató de forma muy cuidadosa y, una vez más, la embaucó. En su trabajo no lo indemnizaron por incurrir en situaciones bastante irregulares en sus labores. Siendo así, le pidió que lo ayudara con algo de dinero para instalar un negocio que podría dejarles bastantes ganancias. Incluso podrían ir a los Estados Unidos y buscar la

mejor clínica. El préstamo se lo devolvería con intereses al cien por ciento, para que así se realizara la cirugía de reconstrucción.

Ella, no muy convencida, accedió a entregarle casi la mitad de lo que llevaba y reagendó la cita para tres meses más, según lo que le dijo el negro, o, en el mejor de los casos, viajar a Nueva York si el negocio marchaba bien.

El hombre invirtió todo el dinero, pero ya habían pasado seis meses y el negocio no daba ninguna ganancia. La mujer, histérica al no ver resultados, estuvo por largos días reclamando que era un desgraciado e insensible de mierda, pues ella estaba hecha un payaso y a él poco le importaba. Pero este, cansado ya de aguantar y escuchar sus berrinches, se aburrió y la mandó al carajo. Así, cada uno siguió su propio camino.

Como ya no podía molestar a Agustín, decidió quedarse en Río y, con el poco dinero que le quedaba, instaló un pequeño puesto de chucherías artesanales en una playa de Copacabana, a la espera de juntar el dinero para su operación. Trataba de pasar desapercibida con sus prominentes labios de pato y mejillas infladas, arreglándose con lápiz labial y pinturas para el rostro. Lo de su seno podía camuflarlo bastante bien con un buen sostén y relleno, nivelando ambas pechugas correctamente.

Tiempo después, sabiendo Agustín lo que había sucedido por medio de sus hijos, les compró pasajes —ya que estaban en Santiago— para que pudieran visitarla y solidarizar con ella. Después de todo, era la madre de sus hijos. También, por compasión, le envió algunos dólares para ayudarla.

Agustín, por fin, pudo sentirse realmente aliviado en Santiago, porque ya no tenía ningún lazo legal con su mujer; exceptuando a sus hijos, pero eso ya era otro cuento. Ellos ocupaban la casa muy poco. Cuando su madre volvió a Río, uno fue

rumbo a Europa por un intercambio estudiantil, y el otro a una región del sur.

En su apartamento, Agustín dio por superada una etapa de su vida. Tal vez no resultó como esperaba, pero aun así trató de establecer una familia, construir un hogar y criar como se merecían a sus hijos. Ahora era un ciclo terminado y, a pesar de que no finalizó de buena manera, se sintió conforme, pues dio todo de sí.

Sin embargo, en medio de los acontecimientos se debilitó emocionalmente y se preguntó si podría realmente seguir adelante solo, en caso de que Laura lo mandara a freír monos; si tendría que terminar el resto de sus días sin un amor a su lado. Se sintió vulnerable, necesitado de amar y ser amado, pero también patético. ¿Cómo era posible que a esa edad pensara en ese tipo de cursilerías si ya no era un jovencito? Se cuestionaba si realmente quería tener algo con la vecina.

El espacio se le hizo grande y, aunque Gaspar era una buena compañía, de repente tomaba rumbo por la ciudad y lo dejaba solo. Quería correr hasta Laura desesperadamente, confesarle su amor y decirle que no había impedimento para estar juntos, que David le había dejado el camino libre. Que el universo estaba del lado de ellos. Tenían que apurarse. No por nada habían coincidido a esa altura de la vida. Tenían que caminar juntos sin ataduras ni compromisos, respetando los ideales del otro. Le diría que no la quería atar ni retener, que la amaba libre y empoderada como era ella.

Sin embargo, de pronto se daba cuenta de la realidad. Estaba en su sofá, bebiendo café en soledad, buscando algún programa de su interés en la televisión; ordenando metódicamente, una y otra vez, los libros de la biblioteca; acostado en la cama,

mirando interminablemente el techo de la habitación; oyendo música desde el parlante, sintiéndose tan poca cosa frente a esa mujer que probablemente nunca tuvo la intención de tener algo con él.

Leía, una y otra vez, aquellas hojas impresas de la novela que había empezado. Estaba completamente bloqueado. Se acomodaba en su pequeño mundo de confort y perdía el impulso de hablarle, de confesarse. Decirle sencillamente que la amaba y que le gustaría pasar el resto de sus días a su lado; sobre todo en esos grises días de otoño, con las hojas cubriendo la calle, la ventolera golpeando la ventana y la lluvia nostálgica cayendo sobre la ciudad.

En situaciones así, se preguntaba por qué diablos tuvo que nacer bajo esa condición tan particular. No era el mejor ni el peor, eso lo sabía bien, pero tenía amigos en su misma condición que eran bastante más osados en ese tipo de circunstancias; más abiertos a mostrar sus sentimientos frente a alguien que les interesaba. También sabía que cada persona dentro del espectro era distinta de la otra, y que cada quien tenía sus propias fortalezas, debilidades, intereses y necesidades. Él, como todos, contaba con características particulares para desenvolverse en sociedad y desarrollarse tanto en lo laboral como en lo sentimental. Más de una vez pensó en cómo habría sido ser un hombre común y corriente, porque lo más difícil para él siempre había sido tomar decisiones relacionadas con su vida afectiva.

Se acostumbraba tanto a sus rutinas que salir de ese metro cuadrado —de ese mundo tan pequeño— se volvía un suplicio cuando debía enfrentar nuevos desafíos. Se resistía a los cambios, incluso cuando eran de su interés y, en el fondo, beneficiosos para él. Pero esa era parte de su condición. Ya había sorteado

grandes obstáculos a lo largo de su vida, apoyado en terapias para enfrentar sus síntomas y sobrellevar las dificultades cotidianas. También seguía un tratamiento farmacológico.

Pero no. No quería ver llegar otro invierno en esas condiciones. No quería atravesar una nueva temporada encerrado, sin al menos intentar acercarse a ella, sin reunir el valor necesario para declarar sus sentimientos.

CAPÍTULO 23

Osman, líder de la secta en el Valle del Elqui, se daba privilegios carnales, como por ejemplo tomar jovencitas vírgenes para su deleite personal.

Florencia, hija de Laura, fue reclutada cuando viajó al Valle del Elqui junto a su amiga, mientras pasaban por el pueblo. Un par de veces asistió a las ceremonias de los viernes por la noche, dado que ese año estuvieron todo el verano allá.

Las jóvenes eran llevadas directamente por un colaborador de Osman hacia la mansión, ya que él gozaba de un gran poder adquisitivo. En una de aquellas oportunidades, se presentó ante Florencia, y con sus encantos y maquinaciones logró embrujarla y dormir con ella.

Además, la jovencita estaba embobada con él, pues era bastante bien parecido. Sin embargo, aquella vez lograron escapar junto a su amiga. Con el paso del tiempo, siempre estuvieron vigilando a Florencia, puesto que al hombre le llamó bastante la atención. Entre todas sus mujeres, ella fue quien lo enamoró. Por eso la llevaron aquella vez del hospital directamente al Valle en un jet privado del gran magnate.

El padre de la muchacha y Laura, su madre, finalmente llegaron a entender lo poderoso que era este hombre, quien dirigía la ostentosa secta. Con los días, la muchacha logró contactarse con su madre después de haber sido rescatada del hospital. Le comunicó, sin preámbulos, que su vida ya estaba destinada, que la dejaran en paz, ya que cada quien tenía algo que cumplir

en la Tierra. Que uno no podía resistirse a los dominios de los superiores. Ellos, sus padres, solo fueron el canal por el cual vino a nacer; ya era tiempo de buscar su rumbo y estar junto a su amante. Si ellos fueran elegidos también, algún día escucharían el llamado. En el otro mundo se volverían a encontrar para estar eternamente en otro universo.

La secta sustentaba que, para 2012, supuestamente, este plano terrenal tendría que acabar. Pero, por intermedio de un sueño revelado a Osman, los dioses habían concedido una nueva oportunidad para que los mortales de esta tierra que no habían escuchado el llamado la primera vez, lo hicieran en el transcurso de los años hasta la fecha señalada: 2030. No todos los seres humanos tendrían este privilegio, solo algunos. Estos serían convocados mediante una intervención épica en el cielo, en una noche de luna llena. La fecha puntual de aquel año está señalada en códigos en un libro sagrado, y Osman, junto a otros colaboradores, la está descifrando y pronosticando acontecimientos sobrenaturales que sucederán cercanos al evento cósmico.

CAPÍTULO 24

Victoria había tenido un par de acercamientos con David al toparse en las escaleras o en los pasillos del palacete, o como aquella vez en que acudió a solucionarle el problema de la llave del lavaplatos. A David, por uno u otro motivo, ella le llamaba la atención.

Desde hacía un tiempo hablaban con más confianza y se estaban conociendo mejor uno al otro. Algo le pasaba en el estómago cuando se la encontraba y conversaban, pues ella tenía mucho interés en hablarle. Laura y Agustín le decían que, tal vez, ella tenía otro propósito; posiblemente enamorarlo. Era una muchacha muy bella y angelical.

—Es una brutalidad —se decía David—, ya que la muchacha podría ser su hija, pues le doblaba en edad. Apenas tendría poco más de veinte años, aunque se veía bastante madura en todos los sentidos.

—Da lo mismo la edad, hombre, por Dios —decía Laura—. Es una mujercita muy bella, adiós con los prejuicios. Además, es mayor de edad y se aprecia como una mujer de bien. Aparte, tú te ves muy joven.

Ella andaba conociendo América Central. El país de Chile sería el último de su recorrido, puesto que el próximo año se iba a España a comenzar una carrera universitaria. Pero antes tenía que resolver un trámite en Santiago, según le comunicó a David. Le dijo que eso era lo único que podía contarle, pues aún era un secreto.

Misteriosamente, esto le causó una extraña sensación a David. Mediante ella lo fue conociendo, le nació un apego como de mucho tiempo; como si la conociera de hace muchos años atrás o hubiesen coincidido en alguna situación en particular. La sentía familiar. Incluso le hacía recordar a alguna mujer del pasado. Había tenido tantas conquistas que iban y venían, que quizás se parecía a alguna de ellas. Seguramente era eso lo que pasaba. Sin embargo, aquellos ojos intensos parecían tratar de decirle algo.

Andaba inquieto. Por esos días había tenido un par de sueños con Isabella. Todavía la recordaba. Podía verla frente a él, diciéndole: aquí estoy, he vuelto para siempre. Victoria, sin querer, traía aquel pasado de vuelta, aquellas relaciones fugaces. Pero Isabella había marcado su corazón más que ninguna otra. Tal vez se enamoró en tan solo una semana. Se enamoró y no quiso reconocerlo. Dejó escapar aquel amor sin imaginar que, de una u otra manera, esos recuerdos volverían casi veinte años después.

—¡Pero qué diablos! —se decía—, si solo había sido una semana. Una semana como ninguna.

Victoria, con su modo de ser tan angelical y cortés, se parecía a Isabella incluso físicamente. Llegó a imaginar que venía de parte de ella, desde Puerto Rico, para buscarlo y decirle que se encontraran nuevamente.

Se sentía incómodo y quería dejar de verla; sin embargo, era imposible, pues convivían en el mismo edificio. Él trataba de evitarla, pero ella cada vez lo buscaba más, de forma sublime y sentimental. Estaba confundido y tampoco era capaz de decirle algo incómodo que pudiera ofenderla, pues ella le inspiraba sentimientos encontrados que lo desconcertaban y lo llevaban, inevitablemente, a buscarla y volver a ella.

Ya habría tiempo de estar separados, pues tenía agendadas algunas presentaciones fuera de Chile que lo mantendrían ausente durante todo el invierno. El frío del otoño ya lo anunciaba. Esto le permitiría estar lejos y dejar aquella obsesión de buscar a la muchacha; obsesión que, sobre todo, le parecía absurda porque ella era demasiado joven para él. Más que un atractivo físico, lo que sentía era una necesidad de protección por esa muchacha tan sola en Chile y lejos de su nación.

Sin embargo, era necesario tener una conversación seria y dejarle claro que no tenía ninguna esperanza con él, que dejara de verlo como un posible candidato para emparejarse, pues él no andaba en busca del amor, y menos con una niña como ella. Tampoco podía ser tan inmoral como para engatusarla, hablarle al oído, llevarla a la cama y luego fingir que nada había pasado. A esas alturas no estaba para eso, y ella tampoco encajaba en ese tipo de relaciones.

El viaje sería un buen escape y, tal vez, cuando regresara, ella ya no estaría. Quizás habría partido después de arreglar aquel asunto por el cual había viajado, algo que le despertaba mucha curiosidad, pues la muchacha no había hablado de ello: solo había dicho que venía a solucionar un problema familiar, sin entrar en detalles. Tampoco recordaba que tuviera familiares en Chile.

Pero David no pudo más con la carga de comprender que, tal vez sin quererlo, la estaba enamorando. Así se lo habían manifestado Laura y Agustín: le decían que abriera los ojos, porque habían percibido sentimientos en la muchacha. En más de una ocasión se la habían encontrado por los pasillos preguntando por él, e incluso una noche llegó a buscarlo al apartamento de Laura al no encontrarlo en su casa.

Antes de iniciar su gira, entablaron una conversación seria. Una tarde, David la abordó en el pasillo y la acompañó hasta su apartamento. Tenían que hablar. Inició la charla preguntándole qué hacía en Chile, pues nunca se había explayado en el tema y cada vez que lo mencionaban evitaba profundizar y se ponía nerviosa. Además, era tan joven y estaba tan sola, en la cola del mundo.

La muchacha titubeó antes de decirle el verdadero motivo de su estadía, pero ya era tiempo de contarle su secreto. Si él había preguntado, era momento de poner las cosas en su lugar; para eso había venido.

Comenzaron hablando de temas comunes y corrientes, hasta que, después de un momento, ella le confesó que venía de Puerto Rico en busca de su padre. Le contó que, aproximadamente veinte años atrás, su madre había conocido a un músico en la ciudad de Viena y habían tenido un romance que duró una semana, o quizá un poco más. Aquella breve aventura terminó allí: cada uno tomó su rumbo y nunca volvieron a encontrarse, sin saber que la joven había quedado embarazada.

Con el tiempo, su madre intentó buscar al padre de la criatura. Durante un periodo siguió su rastro con los escasos datos que tenía, pero nunca logró concretar un encuentro para decirle que tenía una hija. Esa criatura nacida de aquel fugaz encuentro de amor era ella. Su madre era Isabella, y aquel músico era él: David Vergara.

David sintió que caía en un abismo mientras Victoria continuaba relatando los detalles de la historia. Perdió la noción del espacio y se desplomó sobre el sofá.

—No puede ser... esto no puede ser —repetía una y otra vez, mientras la muchacha sollozaba a unos pasos de distancia.

Minutos después, ella sacó una fotografía de un bolso que conservaba desde hacía casi veinte años. En la imagen aparecía su madre, jovial y discreta, abrazada a él frente a la Abadía de Schottenstift, en Viena. Entonces lo recordó: se habían fotografiado allí. Ahí estaban los dos.

Contempló el rostro de Isabella una y otra vez. Madre e hija eran como dos gotas de agua. Su imagen regresó a su mente de forma instantánea, como si la hubiera visto el día anterior, y recordó aquel amor vivido de manera intensa y fugaz en la habitación de un hotel. A pesar del asombro y de la magnitud de la noticia, no dudó ni por un segundo de lo que Victoria acababa de revelar.

Muchas cosas comenzaron a calzar. Desde que se habían encontrado, algo ocurría entre los dos: una sensación familiar le invadía el corazón. Sentía un instinto profundo de protección hacia la muchacha, el impulso de cuidarla, de preocuparse por cómo estaba, si algo le faltaba o podía sucederle. Esos eran los verdaderos sentimientos que rondaban su cabeza. Eran muy parecidas, y una oleada de emociones pasadas y familiares acudió a su mente al recordar aquel amor y tener ahora a su hija frente a él.

Victoria sirvió té caliente y se sentaron juntos a conversar, a hacerse preguntas. Sobre todo, cómo era posible que después de tantos años él se enterara de que tenía una hija y que su madre nunca lo hubiera contactado, aunque de alguna manera sí le había seguido la pista e intentado buscarlo. Comprendió entonces por qué había estado inquieto en los últimos días: algo le anunciaba que tenía un asunto pendiente, y la llegada de la muchacha había removido sentimientos y situaciones que comenzaron a desbordarlo.

Pasaron toda la tarde hablando, contándose cosas. Ella no había llegado en busca de nada material, solo quería conocer a su padre y comenzar a hilvanar esa relación de padre e hija que nunca tuvieron. Por eso había arrendado aquel apartamento y, más adelante, aceptado ese puesto de trabajo: necesitaba motivos para moverse con naturalidad por el palacete y poder abordarlo en cualquier momento. David ya era una figura reconocida por los medios, por lo que no le resultó difícil dar con su dirección.

Esa noche, David volvió casi aletargado a su apartamento. Con una hija veinteañera, su vida daba un giro completo. Seguía en shock, y pasarían días —quizás meses— antes de que sus sentimientos lograran acomodarse frente a aquella nueva realidad. Al día siguiente, se comunicaron telefónicamente con Isabella y conversaron durante casi dos horas, sin reproches ni culpas, solo con la certeza de que debían verse lo antes posible para hablar los tres.

Su psicóloga le había advertido que actuara con cuidado: quería asumir de inmediato su rol de padre y reparar la ausencia de todos esos años, pero estaba ansioso y apresurado. Entre el ajetreo de la denuncia y ahora la revelación de su hija, su mente apenas resistía; necesitaba tiempo para estabilizarse y no derribarse.

La gira por América Central la suspendió sin dudarlo. No tenía cabeza para pasar tres meses fuera de Chile cumpliendo compromisos. Lo urgente era lo que tenía enfrente, aquello que debía ordenar y resolver. Aun así, estuvo un mes fuera del país desde la última vez que partió junto a Victoria.

El reencuentro con Isabella, al principio, lo tuvo confundido, o quizá ilusionado. Creyó sentirse atrapado en aquella antigua aventura con la madre de su hija; sin embargo, a medida

que pasaban los días, sus sentimientos se fueron apaciguando y su corazón retomó lentamente su ritmo habitual. La euforia del reencuentro no era más que eso: el deseo de verse después de tantos años. Con el tiempo, las revoluciones bajaron y quedó en evidencia que lo único verdaderamente importante que los unía era su hija, más aún cuando Isabella tampoco mostró un interés distinto.

Por momentos, David sintió la tentación de reconstruir algo a partir de ese pasado que ahora los volvía a juntar. Llegó a creer que tal vez se habían estado esperando durante todos esos años y estuvo dispuesto a dejarse llevar por esa nueva oportunidad. Pero Isabella ya no era una jovencita: era una mujer madura, con una vida armada y con hijos adolescentes a los que aún criaba. Entonces, David perdió la ilusión.

De regreso a Chile, reprogramó algunos conciertos por países vecinos. Estando en Lima, recibió un dato sobre un tal Eugenio Díaz, posiblemente su padre. Sintió entonces la necesidad de conocerlo, independientemente de lo que pudiera suceder si llegaban a encontrarse. Tras conversar con su psicóloga, llegó a la conclusión de que el tema del padre era una herida no resuelta en su vida y que no podía seguir siendo indiferente frente a ello. Había intentado dejarlo en el olvido muchas veces, pero quizá ya era momento de cambiar de opinión. Comprendió que existía la posibilidad de encontrarlo, de conocerlo si aún vivía, o incluso de ayudarlo si lo necesitaba. Nunca había sentido rencor, pese a las condiciones en que nació, a la ausencia de su padre o a que ningún familiar hubiera intentado buscarlo.

Realizó algunas gestiones en el Registro Civil y en Carabineros de Osorno para que lo ayudaran en la búsqueda. Tiempo después lo contactaron, y apenas regresó de Perú partió hacia el

sur. Carabineros había dado con el paradero de un hombre llamado Eugenio Díaz, quien en el pasado había tenido contacto con un familiar de Rosa Vergara, luego de enterarse de que ella esperaba un hijo. Sin embargo, su rastro se perdió cuando supo que la mujer había muerto tras dar a luz, y aquel pariente desapareció sin dejar huella.

Esa era la historia que el anciano solía relatar a los cuidadores de una fundación, adonde había sido llevado tras encontrarlo enfermo y sin un lugar donde dormir. Hasta ese hogar llegó David. Allí lo encontró aún en pleno uso de sus facultades mentales, pero casi inválido, confinado a una silla de ruedas y consumido por una enfermedad progresiva. Carabineros había llegado al lugar investigando identidades de adultos mayores que pudieran tener historias de hijos perdidos, y una de las auxiliares mencionó el caso de aquel anciano que siempre hablaba de un hijo que nunca conoció. A partir de eso, sostuvieron una larga conversación con Eugenio para precisar el parentesco.

Cuando David se presentó ante él, no fue necesario hacer más preguntas ni confirmar nada: eran idénticos. Su padre le relató entonces lo poco que sabía, lo que aquel familiar de Rosa Vergara le había contado sobre el embarazo. Del resto de la historia nunca supo más. Dado lo fragmentario de los datos y lo aisladas que estaban ambas versiones, David decidió hacerse una prueba de ADN para despejar cualquier duda. El resultado confirmó lo que ambos ya intuían: Eugenio Díaz era su padre. Probablemente eso era lo único que el hombre necesitaba resolver, pues, casi un mes después de reencontrarse con su hijo, falleció una tarde.

CAPÍTULO 25

Una vez que revisaron nuevamente cada una de las fotografías, David acudió con los viejos rollos fotográficos a un local en Providencia cuyo dueño era un conocido de muchos años, uno de los pocos que aún lograba mantener su negocio a flote pese al auge de la era digital. Ante la situación, le pidió que fuera absolutamente reservado con la revelación y le comentó, de manera general, el tipo de imágenes que podrían aparecer. Su amigo le aseguró que sería discreto y que no se preocupara: no era el primer caso que veía. En todos esos años de trabajo había observado situaciones bastante singulares, cuyos dueños regresaban luego, cohibidos, en busca de sus fotografías. En miles de revelaciones habían aparecido imágenes impensadas, y frente a eso siempre había optado por hacerse el desentendido.

De los tres rollos, solo dos pudieron rescatarse; el otro, por uno u otro motivo, sucumbió al paso del tiempo. Cuando finalmente tuvo las fotografías en su poder, David llamó a Laura y a Agustín a su apartamento. Allí comenzaron a revisarlas. Eran escenas de aquellos años: algunas mostraban al sacerdote en actos sexuales con los dos muchachos; otras, tomadas de noche, correspondían a lo ocurrido en el confesionario cuando David había subido al altillo; también había imágenes captadas desde el exterior, a través de las ventanas del dormitorio de De León, junto a uno de los denunciantes, y otras del mismo estilo.

Al verlas, David volvió al pasado y recordó aquellas situaciones, así como la osadía que había tenido al tomar las fotogra-

fías sin que el cura lo advirtiera. Eran pruebas irrefutables para delatar a Felipe junto a sus cómplices, quienes, si bien no aparecían en situaciones comprometedoras ni habían sido acusados directamente de abusos, sí estaban en conocimiento de los delitos del viejo y no dieron aviso a las autoridades en su momento. Hasta esos días, además, se mantenían en silencio, ejerciendo funciones en sus respectivas iglesias.

Las fotografías serían presentadas ante el fiscal en caso de que la investigación se tornara compleja, con el fin de abrirle definitivamente los ojos. También serían entregadas a las autoridades eclesiásticas, para que estuvieran al tanto y dejaran de solapar a De León.

Las imágenes resultaron ser pruebas determinantes dentro de la investigación y permitieron al juez contar con fundamentos sólidos. A ello se sumaron los testimonios de los vicarios que trabajaron con De León en aquellos años. Uno de ellos se desempeñaba desde hacía aproximadamente ocho años como párroco encargado en una iglesia de Ovalle. Su declaración fue de vital importancia, al punto de que la policía llegó hasta el lugar para buscarlo mientras realizaba un sermón durante la misa dominical. Sin oponer resistencia, los acompañó y posteriormente declaró conforme a los hechos, pues prácticamente todo había salido a la luz y no tenía otra opción.

Aunque nunca participó directamente en los abusos, reconoció que estaba al tanto de los actos del sacerdote con los alumnos. Muchos de ellos acudían luego a confesarse y le relataban lo ocurrido con Felipe, sintiéndose culpables y pecaminosos. Él los absolvía y les imponía penitencia.

Lo mismo sucedía con el otro sacerdote, quien, al percatarse de las múltiples anomalías que ocurrían dentro del círculo de

la curia —al menos en la diócesis en la que ejercían—, renunció al sacerdocio. Se casó y formó su propia familia en Osorno, pero aun así fue citado a declarar por las acusaciones contra De León.

En 2009 se produjo el deceso de Adolf Schneider, condenado a veinte años de cárcel en la Penitenciaría de Santiago por abuso sexual infantil y posesión ilegal de armas de fuego y explosivos. Predicador luterano, había llegado a Chile escapando de Alemania, donde también fue acusado de delitos similares. Una vez instalado en el sur del país, Schneider mandó a buscar a familias alemanas con ayuda del general y creó su empresa bajo el nombre de Sociedad Benefactora y Educacional, que, por sus características, funcionaba como una secta. De manera solapada, comenzó a cometer delitos mientras los años pasaban, manipulando a los colonos y a otras familias sureñas para su propio beneficio.

Dos casos que presentan similitudes, además de coincidir en la implicación de Felipe en la dictadura de Prath. Sin embargo, las redes de apoyo de Felipe superaban cualquier obstáculo, y tanto la iglesia como sus máximos jerarcas se encargaron de silenciar las acusaciones y defender radicalmente la postura eclesiástica, desestimando los cargos presentados ante la justicia.

Una firma de abogados de renombre respondió al llamado de un poderoso empresario y, aprovechando su prestigio económico, recibieron un pago considerable para lograr el sobreseimiento del caso, que ya había prescrito. Aun así, los delitos sexuales imputados al cura fueron acreditados. La institución señaló directamente el rol del arzobispado frente a la primera denuncia realizada por el arquitecto Luis Encina. No obstante, el tribunal eclesiástico se desentendió, ofreciendo múltiples excusas y minimizando la gravedad de la situación, sin importar si los hechos eran ciertos o no.

Ante la insistencia del denunciante, el tribunal afirmó que se estaba investigando y que había que tener paciencia. La corte, sin embargo, se pronunció a favor de los afectados y criticó la actuación del arzobispado, señalando que la responsabilidad de De León era un asunto distinto de la responsabilidad institucional de la iglesia. Se esperaba que el tribunal eclesiástico actuara con diligencia e imparcialidad, independientemente de la culpabilidad del denunciado o de la veracidad de las acusaciones.

Finalmente, se ordenó al arzobispado indemnizar a los afectados, dado que la gestión eclesiástica nunca quiso esclarezcer ni investigar los hechos, sino que, con el paso del tiempo, entorpeció la propia investigación, sin considerar la posibilidad de que las víctimas dijieran la verdad.

Con el correr de los años, se esforzaban en señalar que las acusaciones no tenían fundamento, que eran habladurías de hombres con problemas mentales. Afirmaban que provenían de familias emocionalmente inestables y que los jóvenes se inventaban historias para llamar la atención. Incluso, aseguraban que, ya de adultos, solo buscaban alguna compensación monetaria y desprestigiar a la Iglesia Católica, y sobre todo a Felipe de León, un religioso importante dentro de la curia chilena, a quien, a pesar de su edad y de su estado de salud, querían perjudicar.

La corte reconoció el daño psicológico que sufrieron las víctimas por todas las falsas acusaciones y humillaciones que tuvieron que enfrentar, tanto por sectores influyentes del país como el desprecio de algunos fieles católicos. También señaló que la Iglesia, en general, es responsable de quienes están bajo su alero y dominio, por cada sacerdote de las diferentes diócesis del territorio chileno. El caso en cuestión nunca debió quedar aislado, ni ningún otro de índole similar, por más pequeño o aparentemente irrelevante que fuera.

Desde el primer momento de la denuncia, el tribunal eclesiástico dejó el tema prácticamente en el olvido, sin atender a las emociones de los denunciantes ni cuestionar mínimamente lo que escucharon. Archivar las declaraciones permitió que De León continuara ejerciendo su ministerio en Los Robles como si nada hubiera pasado, resguardándolo ante su inestabilidad emocional y encubriendo la denuncia para evitar filtraciones a los medios y que la noticia llegara al Vaticano. Peor aún, se amenazó a los afectados, advirtiéndoles que se estaban «metiendo en las patas de los caballos», porque De León contaba con el favor de políticos, empresarios poderosos, del nuncio e incluso del general en aquel tiempo. Frente a sus denuncias, les advertían que podrían sufrir desprecio y menoscabo por parte de personas influyentes tanto dentro de la Iglesia como en la sociedad en general.

A pesar del sobreseimiento del caso por la justicia civil, el Vaticano emitió su veredicto final: Felipe de León era culpable de todos los delitos sexuales que se le imputaban. Por tal motivo, fue removido de todas sus labores sacerdotales y recluido en un lugar designado por el arzobispado, donde debía cumplir penitencia. El expárroco fue llevado a un hogar de ancianos en Osorno. Allí pasa sus días mayormente en su habitación, solo sale en los horarios de comida y, de forma regular, se le ve sentado o caminando por los jardines del recinto. En su habitación lee libros religiosos, ora y, la mayor parte del tiempo, duerme.

A pesar del veredicto, un periodista logró infiltrarse en el recinto y tomar fotografías del cura celebrando misas los domingos, en las que participaban residentes del hogar, trabajadores y familiares que acudían a visitar a los ancianos.

Al tiempo de recibir la sentencia del Vaticano y ser recluido definitivamente, comenzaron a conocerse otros casos en los

que De León estuvo involucrado, tanto antes del caso principal como en los últimos años. Muchos adolescentes, internos en Los Robles, denunciaron abusos similares cometidos por el cura.

Desde Madrid, Alejandro García, joven seminarista de aquel tiempo que venía con otros a misionar durante el verano, decidió abandonar el seminario, desilusionado por la Iglesia, luego de que De León se sobrepasara con él durante un viaje a Los Robles. Con los años, Alejandro formó una familia y dejó aquel episodio en el olvido. Sin embargo, al enterarse de la investigación, desde España envió su testimonio por escrito y también de forma audiovisual a las autoridades chilenas. Gracias a esto, se reabrió el caso en la justicia chilena, ya que nuevos exalumnos comenzaron a denunciar, a pesar de que el viejo cura ya había sido apartado de la curia y de la sociedad.

Ante esta situación, un periodista decidió investigar a fondo la historia de Monseñor, recopilando testimonios de los afectados y documentando todas las implicancias de la investigación. La Editorial Alfa publicó un libro que relata de manera minuciosa los hechos, explorando todas las aristas y los detalles más mínimos que surgieron durante el proceso.

También se documentó el testimonio del condenado, quien negó tener responsabilidad en las acusaciones. Afirmó que los denunciantes se referían a los vicarios que siempre trabajaron con él, a quienes consideraba «endemoniados», y que todo sucedía a sus espaldas. Según él, estos continuaban actuando en otras parroquias. Declaró que Dios era testigo de su inocencia y que el castigo divino caería sobre quienes lo acusaron injustamente. Afirmó que algún día la verdad saldría a la luz y que todos le pedirían perdón de rodillas. Incluso culpó al Papa de la situación, alegando que el diablo se había metido en su mente, lo

que habría provocado que creyera falsos testimonios y decisiones en su contra, incluida su remoción de la curia y de sus responsabilidades como pacificador dentro de la Iglesia Católica.

Más adelante, la justicia decidió tomar nuevamente su declaración por hallazgos de armamento en Los Robles y por papeles que lo vinculaban con hechos repudiables como colaborador del régimen de Prath. Sin embargo, la demencia lo atrapó en sus propios recuerdos y, antes de poder responder completamente, murió en la soledad de su habitación, enterrado en los charcos de sus propias miserias.

CAPÍTULO 26

El frío de otoño se dejó sentir por la ciudad, y los árboles casi desnudos se alzaban por las avenidas cubiertas de hojas. Laura y Agustín seguían con sus labores habituales. Cada uno llegaba por las tardes a su departamento, a la soledad de sus cosas y rutinas, pero deseando estar juntos, fundidos el uno en el otro, y disfrutar aquella época otoñal que pronto daría paso a las lluvias del invierno. Sin embargo, todavía se resistían. Ella estaba más decidida, pero no quería cometer una locura ni quedar en ridículo frente a él, en caso de que se asustara por su reacción. A veces era tan especial e impredecible que era imposible adivinar lo que pasaba por su cabeza, aunque así lo conoció, lo quiso y lo deseaba.

Aquella noche de viernes pusieron trozos de queso en pocillos, aceitunas y unas galletas con una pasta gourmet que ella había comprado, y abrieron una botella de vino, esta vez solos, sin David. La temperatura había bajado, y Laura quiso encender un pequeño calefactor en su habitación. Sin embargo, a eso de las diez de la noche se cortó la electricidad debido a un gran accidente en una avenida central que derribó un poste del cableado. El suministro se regularizó casi al amanecer.

Ante la situación, Agustín pensó en ir a su departamento por una estufa a gas, pero Laura decidió traer unas frazadas del clóset para cubrirse mientras se sentaban en el sofá. Después encendió unas velas sobre la mesa de centro, junto a los pocillos, la botella y las copas. Afuera, la ciudad tenía un ambiente casi sobrenatural.

De pronto, el viento comenzó a rechinar contra las ventanas. El corazón de Agustín latía con fuerza, como si aquella noche estuviera preparada para ellos y el universo, con las estrellas y las constelaciones, conspirara para que se entregaran en plenitud. Ella, por su parte, se sentía segura y afortunada junto a él. Definitivamente era el hombre que siempre había esperado: tímido, particular, pero seguro y capaz de aceptar su manera de ser sin cortarles las alas. Valiente. No se imaginaba seguir adelante sola, sin al menos tenerlo como amigo; con eso ya se sentía satisfecha. Pero su alma, su corazón y su mente estaban ligados completamente a él, para ser su mujer en todo el sentido de la palabra. ¿Era aquel el momento de decidirse y entregarse?

Pensaban uno en el otro mientras saboreaban lentamente el vino y se miraban deseosos en la penumbra. ¿Era la oportunidad de dejar los prejuicios atrás y acercarse sin reservas? A veces aparecían los fantasmas del pasado, intentando echar por tierra aquellos bellos sentimientos que se tenían, acechándolos para que no volvieran a enamorarse. Era difícil arriesgarse y dejar los miedos atrás, así como tantas noches de soledad. Nadie más vendría en su ayuda para tomar una decisión.

Estar a la luz de las velas, arropados bajo las frazadas y saboreando el vino fue saludable para el alma, mientras conversaban y se amaban en silencio, como dos tímidos adolescentes descubriendo el amor. Al rato, Agustín vio la hora: casi eran las dos de la madrugada. Decidió marcharse, con la triste desilusión de no haber tenido el coraje de confesar su amor, pues ni siquiera el vino lo había ayudado. Se maldecía y sufría en silencio.

Sin embargo, Laura, perdiendo un poco la compostura y las ganas de hacer algo diferente, lo invitó a pasar la noche con ella. De hecho, casi lo obligó a quedarse y alojar con ella.

La temperatura bajó aún más, la electricidad seguía sin reponerse y al día siguiente ninguno se levantaba temprano. Él, sorprendido, no sabía qué decir. La invitación había sido repentina y no estaba preparado; no había nada entre ellos y no quería aprovecharse ni dejarse llevar solo por el deseo. Por otro lado, pensaba en volver a su apartamento, meterse bajo sus frazadas de lana y sábanas de polar, disfrutar unos confites que tenía guardados y ver algún drama por el cable. También recordó a Gaspar. No le había llenado el arenero ni el pocillo de comida.

Al instante, ella comprendió que lo había puesto nervioso o que había malinterpretado la invitación.

—Tranquilo, hombre, no te pases rollos —le dijo, casi sonriendo—. Somos adultos; a nuestra edad, dormir juntos no es solo para tener sexo. Iré por más frazadas.

Él, olvidando los confites y a Gaspar, se dejó llevar. Laura se acomodó en el rincón del sillón y él en la orilla; se cubrieron con las mantas, y ella, de frente a su espalda, lo abrazó y le dio las buenas noches. Pero, en secreto, hubiese querido tenerlo desnudo en su cama. El vino los había aturdido y pronto ambos perdieron la conciencia.

CAPÍTULO 27

Tras el encierro de De León, Policía de Investigaciones llegó a Los Robles, acompañada de periodistas interesados en investigar de manera minuciosa todo lo relacionado con el caso y las nuevas víctimas que habían aparecido con el tiempo. El Estado asumió plenamente la administración del recinto estudiantil. El arzobispado envió a un nuevo párroco y reubicó a algunos trabajadores; otros estaban en proceso de jubilarse.

Sin embargo, quienes mostraron mayor interés en indagar en las dependencias fueron los policías, tras recibir una denuncia anónima sobre un supuesto tráfico de armamento ocurrido entre 1975 y 1980. Según un viejo lugareño de aquella época, Felipe de León escondía armas provenientes de Europa en un escondite dentro del recinto.

Cuando Manuel Prath dejó el poder, las autoridades intentaron investigar, pero la extensa y poderosa red de protección del párroco impidió que las pesquisas avanzaran. Así permaneció el asunto durante todos esos años, hasta que ahora se decidió revisar las dependencias. Una veintena de policías llegó en camionetas, acompañados de perros adiestrados, aprovechando que los estudiantes estaban de vacaciones de verano.

Durante días buscaron minuciosamente, entrevistando también a antiguos trabajadores y lugareños por si sabían algo extraño. Ya casi habían perdido la esperanza, pues revisaron los mismos lugares una y otra vez, hasta que finalmente se dirigieron a la gran bodega, donde se almacenaban sacos de abono,

maquinarias, un viejo tractor y herramientas del trabajo agrícola de los muchachos.

Allí había un cuarto que habían inspeccionado varias veces. En el último intento, uno de los uniformados decidió mover un viejo mueble en una esquina y levantar la alfombra del suelo. Entonces descubrieron una abertura de casi un metro por uno, cubierta con tablones y asegurada con un candado, que rompieron con un barrote.

Al levantar la pesada tapa, apareció una escalera que descendía hacia un espacio subterráneo. Al presionar un interruptor junto a la entrada, un potente foco eléctrico iluminó el lugar. Allí encontraron cinco mesones de gran tamaño, sobre los cuales había veinte cajones similares a ataúdes, alineados uno junto al otro, todos asegurados con chapas y candados robustos, imposibles de abrir con un simple golpe.

Allí mismo, en la bodega, un policía encontró un galletero con el que fueron cortando, uno a uno, los viejos candados. Luego abrieron las cajas, que para su sorpresa contenían armamento de guerra: ametralladoras y rifles de diferentes tamaños y calibres, todos muy bien conservados. Además, en complejos envases de metal, hallaron elementos para la fabricación de armas químicas. Las etiquetas describían con precisión la sustancia contenida en cada envase, y tras una exhaustiva investigación se determinó que eran aptos para la elaboración del gas sarín, que en 1976 se usó en contra de un excolaborador del mandatario comunista de aquel tiempo. También había material para fabricar bombas y otras armas químicas dirigidas a destruir al régimen opositor y a hombres cercanos al expresidente.

Según los documentos y hallazgos de la época, aquellas armas permanecían escondidas en el subterráneo, envueltas cui-

dadosamente y trasvasijadas a las cajas. Fueron enviadas desde Alemania durante el gobierno militar y utilizadas por grupos extremistas durante el golpe de Estado y en los años posteriores. Los productos químicos se transportaban luego a Santiago, hacia un sofisticado laboratorio camuflado en un barrio céntrico, donde se elaboraban los agentes mortíferos.

La investigación determinó además que existía un nexo entre De León y la comunidad de Schneider. Trabajaban en conjunto en actividades repudiables relacionadas con el régimen, incluyendo el tráfico de armas y la detención clandestina de comunistas trasladados contra su voluntad a dependencias de Schneider.

Durante todo ese periodo, las autoridades revisaron el plantel educativo, documentos y declaraciones de antiguos funcionarios. Nadie reveló detalles. Tal vez algunos conocían algo, pero no quisieron exponerse. Los fieles, de día de domingo, todos defendían al cura. A pesar de ello, se pudieron esclarecer muchas confusiones y dar orden a la investigación de los abusos y de las situaciones ligadas al período del general.

Entre los hallazgos más significativos, se descubrió que De León había adquirido numerosas propiedades en el sur con la ayuda del presidente de la época. Todas fueron allanadas y puestas a disposición del fisco. La investigación también permitió ubicar el laboratorio químico en Santiago, situado en un subterráneo bajo el garaje de la casa de estudiantes donde estuvieron David y otros muchachos. Este lugar estaba deshabitado y cerrado con gruesas cadenas y candados.

Si bien el laboratorio ya no funcionaba, aun así se hallaron numerosas evidencias de las actividades que allí se desarrollaban, así como productos peligrosos que permanecían en sus res-

pectivos envases. También se encontraron documentos en una caja fuerte de metal, bajo siete llaves. Las pericias exhaustivas sobre estos elementos permitieron llegar hasta las dependencias de Teresa Cuevas, quien gozaba de grandes privilegios económicos en una casa del barrio alto.

La señora, aún en su sano juicio, declaró ante la justicia, pues siempre había tenido conocimiento de aquellas operaciones. La casa de estudiantes solo funcionaba como fachada, y ella recibía una remuneración considerable por saber lo que ocurría tras la fachada. Gracias a su testimonio, se logró identificar a los demás involucrados que participaron en la fabricación de las armas mortales y quienes estaban al mando de la operación: algunos aún adultos jóvenes y otros ya ancianos, todos vinculados a los hallazgos en Los Robles.

Tras el alboroto generado en Los Robles, se consideró clausurar el plantel educativo. Finalmente se decidió solo terminar el próximo año escolar y luego reubicar a los alumnos, enviando a los internos a sus casas. Sin embargo, el pueblo protestó en las calles y frente al establecimiento. Incluso llegó un bus con vecinos a manifestarse a La Moneda. Los medios cubrieron la noticia durante varios días, y los apoderados dieron declaraciones frente a las cámaras.

Finalmente, se pronunció el encargado de la Corporación de Educación de la provincia. Tras mantener serias conversaciones con el ministro de Educación, anunciaron que el Estado asumiría el control total del colegio San Francisco, aunque el internado dejaría de funcionar. Se realizó una reestructuración completa de todo el personal, tanto administrativo como docente, y se nombró como director a un destacado profesor de la zona. La iglesia y sus dependencias fueron totalmente separadas del establecimiento, y la diócesis asumió su administración.

CAPÍTULO 28

El metro hacia Providencia iba abarrotado en pleno invierno, a las siete de la tarde. La ciudad ya estaba a oscuras, y por las calles corría el agua hacia las alcantarillas producto de la lluvia que no había cesado en todo el día.

Laura había olvidado el paraguas en la sala de clases. Tendría que bajarse en su parada y caminar bajo el aguacero hasta el palacete aquel esperado viernes.

Por televisión habían anunciado lluvias para todo el fin de semana, así que compró provisiones en el minimarket de enfrente para no salir del departamento. Tenía planeado continuar con su novela, ver algunas películas que le habían recomendado y dormir mucho, ya que no supo nada de Agustín durante toda la semana. Tampoco se habían llamado ni coincidido en los pasillos. David, por su parte, tenía compromisos musicales fuera de Santiago.

En casa se cambió de ropa y se olvidó del mundo exterior. Sin embargo, aquel solitario espacio se sentía distinto esta vez, y el silencio pesaba en el alma, sin menospreciar lo tangible de su entorno, pues amaba ese ambiente tan propio de ella, tal cual. Tanto fue así que decidió arrendar su nuevo departamento en Vitacura y seguir viviendo en el piso del viejo palacete. Ahora más que nunca se sentía atada a aquel lugar.

Por un momento se sentó sobre el sofá, preguntándose si realmente valía la pena seguir viviendo en solitario y no darse otra oportunidad para reconstruir su vida amorosa. En el fondo,

todavía había tiempo y su corazón seguía latiendo; además, tenía amigos que la cortejaban e invitaban a salir. Pero se resistía, y pensaba en Agustín. Eso era lo que sentía: lo anhelaba junto a ella, que la abrazara y la contuviera, que la besara con locura y despertaran juntos en la cama en días lluviosos.

El frío le caló los huesos, así que decidió prepararse una buena sopa con la carne en trozos que tenía en el refrigerador. Para su mala suerte, solo había un par de ajos y zanahorias para condimentarla, y a ella le gustaba el caldo bien sazonado con especias. No se le ocurrió comprarlas cuando pasó por el minimarket; no quería salir de nuevo y empaparse. Tal vez algún vecino tuviera algo que prestarle.

Agustín seguramente no estaba, pues recordó que le había escuchado decir que viajaría a Isla de Maipo para tomar posesión de una propiedad heredada de una tía fallecida, hermana de su madre. La señora nunca tuvo familia, y él era uno de sus sobrinos preferidos, siempre presente en sus visitas; por eso lo incluyó en su testamento. Al no saber nada de él, probablemente ya se había dirigido hacia allá.

Abrió la puerta y se asomó al pasillo; no vio ni escuchó a nadie. La lluvia resonaba a lo lejos sobre el viejo techo. No quiso molestarse en la búsqueda de un poco de apio o caldo Maggi. Bueno, tendría que conformarse con lo que había: la carne daría un buen sabor al caldo, más el ajo y la zanahoria, pensó. O tal vez Agustín había decidido quedarse por el mal tiempo y estaba camuflado un poco más allá, en su apartamento.

Ahí estaba él, desde el otro lado, también inquieto, preparándose un café y lidiando con Gaspar, que le había derramado un vaso de agua sobre el mesón de la cocina. Decidió cancelar el viaje a Isla de Maipo, ya que los meteorólogos también anun-

ciaron lluvias para esos días. Prefirió quedarse, esperando poder viajar el próximo fin de semana. Además, era un momento perfecto para comenzar su nueva novela, pues la que estaba escribiendo había quedado atrás. Con las nuevas ideas que tenía en la cabeza, estaba bastante inspirado y durante la semana anotó algunas cosas en unas hojas.

Tres desconocidos se encuentran en la ciudad, cada uno con parte de su historia ya vivida. Comienzan a contarse sus cosas uno al otro a medida que se van haciendo los mejores amigos. Sin embargo, mientras pasa el tiempo, Cupido inevitablemente lleva por el camino del amor a dos de los personajes. Seguramente, al finalizar la escritura, la historia de los tres amigos tendría algún final, en la ficción o en la realidad.

Pensó en Laura: en ir hasta su piso, acompañarse mutuamente y pasar un buen tiempo. Pero no quiso interrumpirla, sabiendo que tal vez había tenido un día ajetreado y quisiera descansar. También entendía que cada quien respetaba su espacio e intimidad, y que amaban su libertad.

Esos detalles sociales lo dejaban bastante confundido, preguntándose cómo no ser impertinente, ya que era un trecho que los mantenía tan al margen el uno del otro, aunque se deseaban silenciosamente en el mundo de cada quien.

Qué fácil sería todo si irrumpiera en su puerta y le dijera que la amaba, estrechándola en sus brazos y besándola descontroladamente. Pero se reía de sí mismo: no tenía las agallas ni la buena fortuna para ser un hombre decidido en esas cosas, ni la valentía para aceptar que lo de ella no iba por ese camino, y que lo suyo solo eran ilusiones. Eran muy buenos amigos y compañeros de la vida, y nada más. Perdía la fe y se debilitaba emocionalmente, pues si no había sido capaz de hacer algo cuando durmieron juntos en el sillón, menos haría algo ahora.

De pronto sonó el teléfono. Desde el otro lado habló Laura.

—Hola —dijo ella, sorprendida—. ¿Agustín, eres tú? Es que marqué al vecino para conseguir un caldo Maggi. Me confundí con los números. ¿Estás acá? Pensé que habías viajado.

—Ah, no, lo que pasa —respondió él, algo confuso— es que cancelé el viaje. Está lloviendo mucho y creo que este mal tiempo seguirá durante todo el fin de semana.

—Bueno, entonces vente para acá. Estoy preparando una sopa de carne y tengo un vino tinto exquisito. Y aprovecha de traerme algo para condimentar el caldo —dijo ella, de forma decidida.

Fue así como, una vez más, tuvo que aplazar su novela. Tampoco tenía ganas de prepararse comida, y ante esto la invitación fue perfecta. Allí, al rato, estaban los dos comiendo a media luz. El caldo con la carne, al cual le agregó cabello de ángel, más papas y zapallo picado, había quedado sabroso, y el vino tinto sabía formidable.

De conversaciones triviales pasaron a temas íntimos, ahora ya en el sofá, mientras afuera el aguacero no paraba. Cercanos el uno al otro, instantáneamente y sin reservas, se besaron, pues ya a esas alturas no hacía falta conversar ni declararse. Ya eran adultos, y eso era todo. Ya no eran una pareja de jovencitos protagonistas de una novela romántica que se encuentran en el camino para construir castillos en el aire, descubrir el mundo juntos o planificar un futuro romántico, diciéndose cosas lindas y prometiéndose el cielo y la tierra. No, ya no estaban para eso.

Afuera caía la lluvia. Más tarde un vendaval comenzó a hacer rechinar las ventanas. Semanas atrás, el aire acondicionado había quedado en perfectas condiciones de uso, tras haber

reemplazado el antiguo aparato arriba en el techo por otro más práctico y sofisticado, y efectuar una exhaustiva limpieza a los conductos de cada apartamento. Laura ajustó la temperatura, y el ambiente cálido los reconfortó en esa noche de complicidad.

—¿Tú crees que esto resulte? —dijo él, sentado hacia atrás en el sillón, mientras ella descansaba sobre su pecho observando la copa de vino que tenía en la mano.

—¿Qué importa eso? —respondió ella—. Ya estamos viejos para cursilerías y gastar energía en cosas románticas. Dejémonos querer, y que cada día traiga su propia aventura. La vida es corta y ya no somos jovencitos. Estamos aquí juntos, y eso es lo que importa... A estas alturas, riámonos de nosotros mismos, vivamos el día a día y amémonos como si el mundo se fuera a acabar.

ÍNDICE

11	Capítulo 1
16	Capítulo 2
20	Capítulo 3
25	Capítulo 4
41	Capítulo 5
46	Capítulo 6
50	Capítulo 7
62	Capítulo 8
66	Capítulo 9
70	Capítulo 10
73	Capítulo 11
78	Capítulo 12
92	Capítulo 13
96	Capítulo 14
103	Capítulo 15
106	Capítulo 16
109	Capítulo 17
116	Capítulo 18
132	Capítulo 19
139	Capítulo 20
141	Capítulo 21
150	Capítulo 22

159	Capítulo 23
161	Capítulo 24
169	Capítulo 25
176	Capítulo 26
179	Capítulo 27
183	Capítulo 28

EN
ESTE LIBRO
COLABORARON BELÉN
RAMÍREZ EN EDICIÓN Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
FUE ELABORADO UTILIZANDO UNA
TIPOGRAFÍA SERIF E IMPRESO SOBRE PAPEL
BOND AHUESADO DE 80 GRAMOS. SU
ÚLTIMA CORRECCIÓN FLORECIÓ TRAS
LAS PRIMERAS LLUVIAS DE
ABRIL DE 2026.